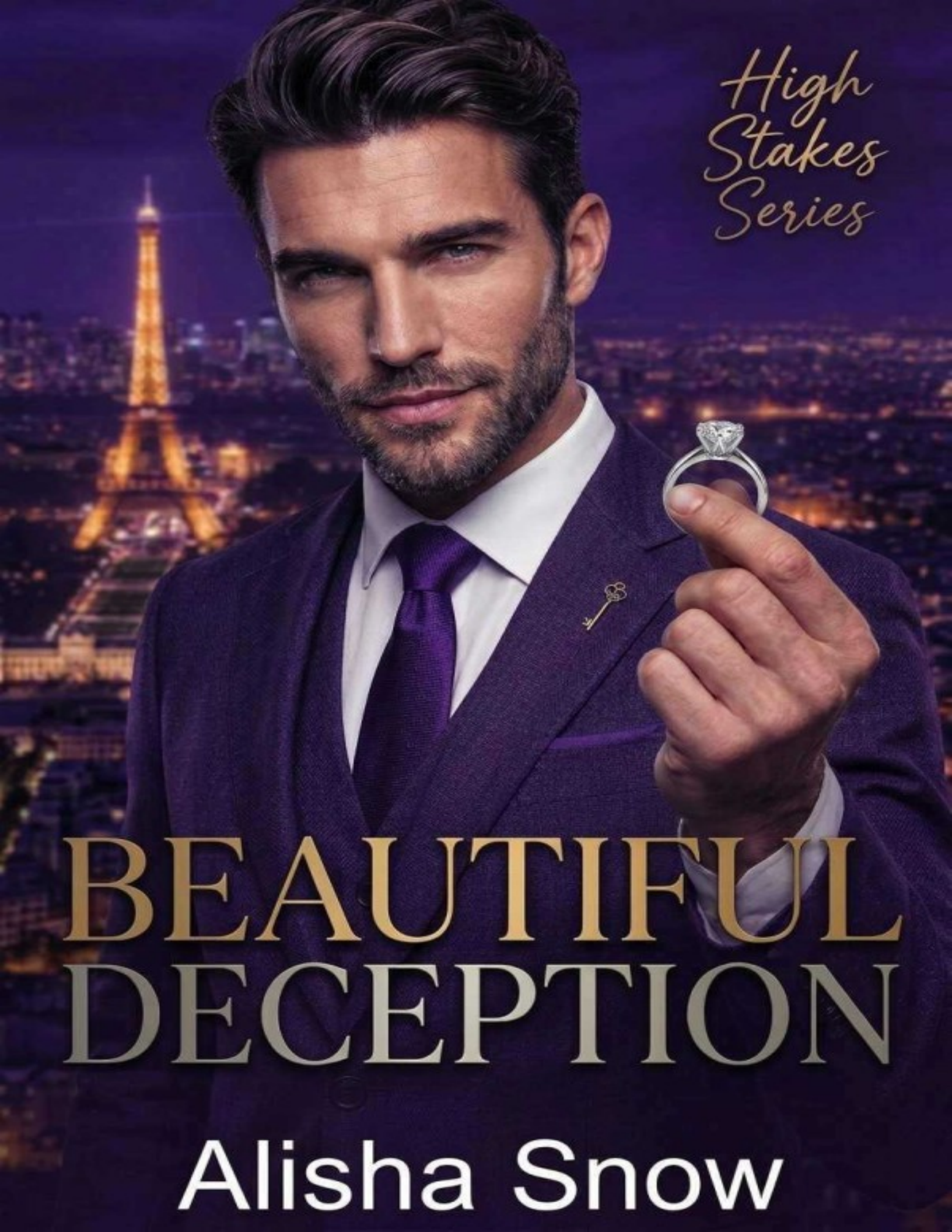

High Stakes Series
BEAUTIFUL DECEPTION
Alisha Snow

Beautiful Deception

Alisha Snow

Índice

Prolog - Val
Capítulo 1 - Val
Capítulo 2 - Adrian
Capítulo 3 - Val
Capítulo 4 - Val
Capítulo 5 - Adrian
Capítulo 6 - Val
Capítulo 7 - Val
Capítulo 8 - Adrian
Capítulo 9 - Val
Capítulo 10 - Adrian
Capítulo 11 - Val
Capítulo 12 - Adrian
Capítulo 13 - Val
Capítulo 14 —Adrian
Capítulo 15 - Adrian

Capítulo 16 - Val
Capítulo 17 - Adrian
Capítulo 18 - Val
Capítulo 19 - Adrian
Capítulo 20 - Val
Capítulo 21 - Adrian
Capítulo 22 - Val
Capítulo 23 – Adrian
Capítulo 24 — Val
Capítulo 25 — Val
Capítulo 26 — Adrian
Capítulo 27 — Val
Capítulo 28 —Adrian
Capítulo 29 — Adrian
Capítulo 30 — Val
Epílogo — Val



Prolog - Val

—Cortez. Has dejado de respirar.

Theo está de pie en el umbral entre la zona de lavado y la cocina, con la parte delantera de la camisa mojada y el delantal gris de fregar todavía puesto. Su mirada va del teléfono que tengo delante a mi cara.

—Estoy bien.

—No lo parece.

Se acerca con una botella en la mano. Una Brooklyn Lager, la marca barata que no servimos a los clientes. La posa sobre la encimera de acero inoxidable sin preguntar si quiero una. Nunca lo hace. Me lee la cara y decide.

Theo Russo, mi Sous-Chef, empezó como lavaplatos. En algún momento alguien le puso un cuchillo en la mano y, desde entonces, pica cebollas más rápido que yo.

—Bebe.

—No bebo cuando trabajo.

—El trabajo terminó hace dos horas.

Abro la botella con el borde de la encimera y la vuelvo a dejar sin dar un trago. Frente a mí está el teléfono, apoyado en vertical contra un plato sin lavar. El correo sigue ahí: tiene tres horas y no cambia.

Asunto: *ajuste de alquiler según la cláusula 7.4*. Remitente: mi casera. Una mujer que siempre parece que acaba de notar una mancha de salsa de asado en un extracto bancario.

Más un 38 por ciento a partir del final del trimestre.

La cifra no cambia. No importa cuántas veces la mire fijamente. Esa puta cifra.

Hago las cuentas por décima vez. Ahorros más el préstamo personal de Nora menos gastos corrientes menos el nuevo alquiler da como resultado: cuatro meses. Entonces se acabará la reserva. Entonces estaré sentada en una caja frente a este local pensando cómo explicarle a un padre en Queens que su hija lo ha echado todo a perder cocinando.

—¿Qué dice ahí? —pregunta Theo.

Giro el teléfono hacia él.

Lee. Sus cejas se elevan y se quedan ahí arriba. Luego suelta un juramento. Primero en inglés, luego en italiano, porque así se lo enseñó su abuela. Solo entiendo la mitad. La mitad es suficiente.

Yo no juro. Si empiezo a jurar, empezaré a llorar. Si empiezo a llorar, no podré parar. Y mañana a las siete el equipo de reparto estará ante la puerta y yo seguiré tirada detrás de la barra.

—¿Qué vas a hacer? —dice Theo.

—¿Qué quieres que haga?

—Harás algo.

Lo miro. El hombre tiene dos hijos, una mujer, un alquiler en la tercera planta de una Brownstone en Bay Ridge. Todos sus ingresos dependen de un restaurante que va a desaparecer en cuatro meses. Tendría que agarrarme por los hombros. No lo hace. Se queda ahí esperando a que yo le diga qué vamos a hacer.

—Voy a llamar a Nora —digo.

Asiente una vez. Vuelve a la zona de lavado. Sin decir ni una palabra.

Marco su número.

Nora responde al segundo tono. De fondo oigo a Julian. Oigo a Lily, su hija pequeña, que cada miércoles a la hora de dormir se levanta de nuevo y quiere agua. Noto que interrumpo. Hablo de todos modos.

—Necesito dos minutos.

—Tienes cuatro.

Se lo digo en una frase. Ajuste de alquiler, treinta y ocho por ciento, final de trimestre, cuatro meses, después nada. Con frialdad, porque conozco a Nora. Sabe manejarse con los números. No sabe manejarse con las lágrimas. No quiero consuelo esta noche. Quiero una idea.

Tres segundos de silencio.

—¿Necesitas dinero?

Así es Nora. Sin frases hechas. Solo la pregunta que va al grano.

—No.

—¿Qué necesitas entonces?

—Una idea.

De fondo Julian dice algo. Nora responde: *Un momento.* Se oye una puerta cerrarse. Ha buscado una habitación donde nadie pueda oírla. Eso también es Nora.

—Mercer —dice ella.

No respondo.

—Si te mete en la lista de los mejores del año, los inversores vendrán solos. No necesitas un crédito bancario. Necesitas una lista. Esa lista es Mercer.

—Nora.

—Juega limpio, Val. Pero juega.

Miro fijamente la superficie de acero inoxidable. Veo mi reflejo distorsionado. Un óvalo oscuro, pelo oscuro. Luego mis manos. La cicatriz de la quemadura en la base del pulgar brilla blanca. Aceite caliente, hace unos días. La piel todavía tira.

—En dos semanas sale la lista —dice Nora.

—Lo sé.

—Tienes una degustación que él todavía no ha hecho.

—Lo sé.

—Entonces prepárale una degustación que no olvide.

Espera a que yo diga algo. No digo nada.

—Cortez.

—Estoy en ello.

—Podría ampliarte el crédito. No voy a hacerlo.

—No te lo he pedido.

—Exacto. Por eso lo digo. No debes vivir de mí. Debes dirigir Saltarello de tal modo que nunca más tengas que llamar a una Vance cuando suba el alquiler. Mercer es tu palanca. Úsala.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale.

—Bien. Lily está llorando. Cuelgo.

Clic.

Dejo el teléfono. Suelto el aire. Pruebo la cerveza. Sabe a turno de noche. Vuelvo a dejarla.

Hace dos meses que Mercer empezó a comer en mi local. Cuatro degustaciones desde entonces. Cuatro. Sé que son cuatro porque he hecho una marca cada vez en un bloc al lado de la cafetera. De tres de ellas aún no ha publicado crítica. Quien viene tres veces en dos meses sin escribir nada es porque planea algo. Qué, no lo sé. Pero algo es algo.

Abro el portátil. El programa de correo tarda dos segundos de más. Tamborileo con los nudillos en la encimera hasta que arranca. En la zona de lavado se oye un estruendo. Theo increpa en italiano a alguien que no está allí. El agua corre.

Un correo nuevo arriba. Remitente: *E. Mercer, The Manhattan Plate.*

Hago clic.

Señorita Cortez:

Mi cuarta visita en dos meses. No le sorprenderá. Deseo obtener una última impresión antes de que la lista de los mejores del año entre en imprenta. Mañana, a las 13:00, mesa seis.

Si le parece bien, dejo la carta en sus manos. No le pido una recomendación. Le pido una declaración de intenciones.

E. Mercer

Lo leo dos veces.

Una declaración de intenciones.

Ningún crítico habla así. Así habla alguien que ha decidido que una degustación no es una cata. Sino una respuesta.

Pienso en su última nota. La dejó en una servilleta porque ya había cerrado su cuaderno y, aun así, quería decirme algo más. Siempre cerraba el cuaderno con la misma mano. El borde del pulgar izquierdo en la encuadernación, la mano derecha sujetando el bolígrafo. Me fijé porque me fijo en los tics manuales. Las cocineras nos fijamos en las manos. Quien cocina para ti, podría herirte.

Usted sabe transmitir valor cuando se permite ser peligrosa.

Valor.

Lo he tenido bien escondido los últimos seis meses. La carta está construida sobre la comodidad. Pasta que todo el mundo reconoce. Vino que gusta a todos. He tachado tres platos que me encantan porque mi contable dijo: *Cortez, no vendes el corzo.* Quité el corzo. Quité el Pinot del Willamette Valley. Quité el ragú de jabalí de mi madre. Los tres eran caros. Los tres eran yo.

Sigo bajando.

Boletín de Mercer. Salió este mediodía. Solo lo vi de pasada, luego llegó el proveedor. Lo abro ahora.

El Editorial tiene tres párrafos. Lo leo por encima. Me detengo.

Una línea, en cursiva, en medio del texto.

Los restaurantes que solo quieren sobrevivir, mueren. Los restaurantes que se atreven con algo, viven.

Miro fijamente la frase.

Sé que va dirigida a mí. No porque aparezca mi nombre. No aparece. Sino porque en su última visita saboreó la palabra *atreverse* una vez con la punta de la lengua, como si quisiera comprobar si encajaba conmigo. Mercer es un hombre que prueba las palabras como yo la sal. Las vuelca sobre algo. Prueba. Decide.

Ahora ha puesto *atreverse* en medio de su Editorial.

Me lo está diciendo a mí.

Me echo hacia atrás. El taburete chirría. Se me encoge el estómago. Se me calientan las manos. Mi corazón hace una pausa y luego da dos latidos seguidos, como si recuperara lo que ha olvidado.

Abro una respuesta.

Confirmado. Mesa seis.

Mi pulgar está sobre la tecla de enviar.

Sigo escribiendo.

Mañana habrá jabalí.

Me voy a atrever.

Enviar.

La pequeña nube de *Enviado* aparece abajo en la pantalla. Me parece leer *visto*. Parpadeo. Sigue siendo *enviado*.

El estómago se me encoge aún más.

—Theo.

Vuelve de inmediato. Yo llamo, él viene. Así funciona entre nosotros.

—¿Qué?

—No tenemos jabalí.

Su mirada va al portátil, luego al sudor de mi sien.

—¿Qué has hecho?

—He prometido jabalí. A Mercer. Mañana a las 13:00.

—No tenemos jabalí.

—Lo sé.

—Cortez.

—Lo sé, Theo.

Se pasa la mano por la cara y piensa. Theo piensa con toda la cara, desde la mandíbula hasta la frente.

—Bayard —dice.

—¿Bayard tiene jabalí?

—Paletillas. De la semana pasada. Aún le quedan.

—Llama.

—Es la una y media.

—Bayard no duerme.

Theo saca el teléfono del bolsillo del pantalón, se aleja unos pasos y marca. Solo oigo su parte.

—Bayard. Sí, ya sé qué hora es. Paletillas. Dos. Mañana a las seis. —Sí. —Bayard. —Cierra el pico. Buenas noches.

Se guarda el teléfono.

—Tienes jabalí.

—Vino —digo yo—. Pinot del Willamette Valley. Lo vuelvo a poner en la carta. Mañana.

—Lo quitaste hace seis meses.

—Sé lo que hice.

—Cortez.

—Theo. Recupéralo.

Me mira. Un buen rato. Luego asiente una vez. —¿Frankie?

—Frankie lo tiene todo.

Frankie lo tiene todo porque Frankie no puede vender nada de lo que tiene. El mercado negro de los vinateros en el oeste de Brooklyn. También es mi amigo por eso.

Theo se limpia las manos en la camisa. —Me voy.

—Vete.

En la puerta se vuelve una vez más.

—Cortez.

—Sí.

—Si cocinas mañana, cocina el plato que te enseñó tu madre. No el que crees que él quiere oír.

Asiento. Él me devuelve el gesto y se va.

La puerta se cierra. La cerradura hace clic. Oigo sus pasos sobre la acera, luego nada más.

Estoy sola.

En el Saltarello, con la única lámpara encendida sobre la barra de acero, con la cerveza vacía, con el teléfono en el que acabo de escribirle a un hombre que no conozco: *Me voy a atrever.*

Mentira. Durante tres visitas lo he visto: gafas de carey, raya con gomina, una barbilla más estrecha que la mandíbula que la rodea. No puedo describir sus ojos porque siempre los he visto a través de las gafas.

—Mercer no es una persona —digo. En voz alta. A la cocina vacía.

—Mercer es una lista.

Mi teléfono vibra.

Correo nuevo.

Señorita Cortez:

No estaba seguro de si esta noche seguiría sentada a la barra.

Me alegra que lo esté.

El jabalí suena peligroso.

E. M.

Leo el correo tres veces. A la tercera me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento.

Me alegra que lo esté.

¿Quién escribe algo así? ¿Quién le escribe a una cocinera, a la que mañana va a calificar, que se alegra de que esté de noche ante la barra?

El pecho se me oprime. Mi respiración se acelera un poco. Ignoro ambas cosas.

No respondo.

Cierro el portátil. Pulso el interruptor al lado del aparador. La lámpara se apaga. Saltarello se queda a oscuras, salvo por la estrecha franja de luz de la calle que entra por las ventanas superiores.

No volveré a confiar mi cocina a ningún hombre más. Se lo dije a Marco, en un piso donde la vajilla ya estaba empaquetada. Desde entonces lo he cumplido.

Pero Mercer no es una persona.

Me levanto. Me detengo ante la puerta. Poso la mano un momento sobre la madera. Lo hago siempre que cierro. Una mano en la puerta, como un animal que marca su territorio.

Mío. Al menos por ahora.

Giro la llave dos veces.

Williamsburg a la una y media no está vacío, sino silencioso. Sobre mí vibra el puente. Hace fresco fuera. El aire huele a asfalto y a las bolsas de basura del italiano que abre hasta tarde dos portales más allá.

Llevo el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Silencioso. Que así siga.

Mañana a las 13:00 cocinaré un plato que quité de la carta hace seis meses, serviré un vino que quité de la carta hace seis meses y le presentaré ambas cosas a un hombre cuyos ojos nunca he visto sin gafas.

Cuatro meses.

O el Saltarello será historia.

Camino hacia Bedford. Más rápido de lo que requiere el trayecto. Meto la mano en el bolsillo, toco el teléfono, lo dejo estar.

El que pregunta, pierde. Eso me enseñó mi padre en una cocina de Queens hace mucho tiempo. *No le preguntes a la chalota si quiere que la piquen, Vali. La picas y punto.* Mi padre no habla mucho. Cuando dice algo, te da una herramienta, no consuelo.

Giro en Bedford.

Cuatro meses.

Punto.

Capítulo 1 - Val

El corzo está sobre la tabla frente a mí por tercera vez y, por tercera vez, presiono la fibra con el pulgar, como si pudiera transformarlo en jabalí.

No puedo.

Llevo en la cocina desde las cuatro. Fuera aún estaba oscuro cuando he girado la llave en la cerradura, y el aire acondicionado ha sonado al encenderse como un motor de arranque que no quiere arrancar. Ahora todo huele a reducción y a ciruelas, el servicio de comida llena el local hasta la última silla y, en diecinueve minutos, entrará por mi puerta un hombre con gafas de carey que decidirá mi futuro.

Odio esto.

No cocinar. Cocinar es lo único que me permite respirar tranquila y, cuando digo «tranquila», me refiero a que dejo de pensar en el alquiler, en los proveedores y en los correos de la dueña del local para tener en la cabeza solo cuchillos, calor y tiempos. Odio que un hombre con gafas y una libreta decida sobre mi restaurante. Que haya venido cuatro veces, que haya probado todo otras cuatro veces y que yo siga sin saber si Saltarello acabará

en su lista o no. Odio haber escrito *jabalí* en mi correo de ayer porque quería arriesgarme, y que esta mañana mi proveedor me haya llamado para decirme que no hay jabalí. Corzo. Tiene corzo. Buen corzo, sí, pero el corzo no es lo que le anuncié a Elias Mercer, y Elias Mercer no es un hombre al que se le sirva algo distinto de lo prometido.

O tal vez sí. Tal vez sea precisamente el tipo de hombre para el que lo importante es lo que hay en el plato y no lo que pone en el correo. Pero no lo sé, porque llevo ocho semanas observándolo y sigo sin estar segura de si evalúa a la cocinera o a la cocina. Ocho semanas. Cuatro degustaciones. Cuatro veces seis platos. Y cada vez el mismo ritual: despliega la servilleta, saca la libreta, coloca el bolígrafo en paralelo, primer bocado, mastica, reflexiona, escribe o no escribe. Conozco el proceso mejor que mi propia Mise en Place.

—Jefa. —La voz de Theo a mi espalda—. Estás mirando fijamente la carne.

—La estoy comprobando.

—Llevas comprobándola cinco minutos.

Tiene razón. El corzo está perfectamente preparado, la fibra es tierna y el marinado ha penetrado durante seis horas. Lo he comprobado tres veces, y a la tercera me he dado cuenta de que la comprobación no tiene nada que ver con la carne y todo con mis nervios.

—Las trece horas —digo.

Theo asiente. Sabe lo que significan las trece horas. Cuarta degustación. La última antes de la decisión sobre la lista. Mesa seis.

La puerta del salón se abre y el estruendo del servicio me golpea. Local lleno. Todas las mesas ocupadas menos una. La mesa seis espera, puesta

con la cubertería buena que no suelo sacar porque las puntas son delicadas y Theo casi se corta un dedo una vez al pulirla.

A las trece horas en punto, se abre la puerta de entrada.

Entra como siempre. Pelo rubio oscuro, peinado hacia atrás, gafas de carey que le dan el aspecto de un hombre que prefiere leer a hablar. Americana gris, sin pañuelo, la libreta en el bolsillo interior, donde siempre está guardada como si fuera un órgano. Un encanto discreto que se siente como calculado, y no sé si eso me impresiona o me enfurece.

Me he imaginado más de una vez cómo será sin la americana. Sin las gafas de carey. Cómo ríe cuando nadie mira, o si es que ríe siquiera, porque en ocho semanas no lo he visto reír ni una sola vez. Luego aparto el pensamiento, porque Mercer no es una persona, Mercer es una lista, y el puesto en la lista lo necesito. Al hombre no.

Se sienta en la mesa seis. Despliega la servilleta sin mirar. Coloca la libreta a la derecha del plato, el bolígrafo en paralelo. El ritual. Podría recitarlo mientras duermo.

Y entonces mira hacia la cocina, una vez, brevemente, y sus ojos me encuentran en la barra como si hubiera sabido dónde estaba. Siento que me arden las mejillas sin mi permiso.

Desvío la mirada. No lo bastante rápido.

El servicio funciona como la seda, y no es una frase hecha, es trabajo, el mío y el de Theo, y los trescientos movimientos que realizamos entre nosotros sin necesidad de mediar palabra. Saco el primer plato. Calamar sobre burrata con vinagreta de chile verde. Theo decora, yo controlo y, al llevarlo fuera, me quedo un segundo más de lo necesario en la barra porque quiero ver cómo da el primer bocado.

Mastica despacio. No asiente. No escribe nada.

Segundo plato. Tartar de remolacha con espuma de queso de cabra y *crumble* de pan negro. Vuelvo a mirar. Escribe una línea. Una sola. Eso puede significar cualquier cosa.

Tercer plato. Pera con apio y aceite de nuez.

Aquí ocurre algo.

Mastica. Más tiempo que con los dos primeros platos. Estoy en la barra, con el trapo de cocina en la mano, contando los segundos como una idiota. Tres, cuatro, cinco. Entonces suelta el tenedor, coge el bolígrafo y escribe. Seis líneas, sin parar, sin levantar la vista de la libreta.

Seis líneas. En las últimas degustaciones ha escrito como mucho dos por plato.

Siento algo en el estómago que no tiene nada que ver con el hambre.

El teléfono vibra en el bolsillo de mi delantal. Es Maggie. Voy al almacén, paso por delante de las latas y la harina, y respondo.

—¿Ya lo has envenenado o lo has seducido?

—Estoy trabajando, Maggie.

—Llevas ocho semanas trabajando, Cortez. Y siempre me hablas de él. Bésalo de una vez o mándalo a paseo.

Cuelga.

Me quedo mirando el teléfono. Maggie tiene la costumbre de decir en voz alta lo que yo solo pienso, y eso la convierte en una buena mejor amiga y en una persona terrible a la que dejar que te llame durante un servicio de comida.

Me guardo el teléfono y vuelvo a la barra. Sale el cuarto plato, el quinto y luego el principal. Mi corzo. El corzo que debería ser jabalí y no lo es. Lo he glaseado con una reducción de ciruela y le he puesto mantequilla de salvia y, cuando Theo termina el plato, contengo la respiración, aunque me digo a mí misma que no lo estoy haciendo.

Mercer corta. Mastica. Escribe.

Tengo los nudillos blancos de tanto apretar la barra. Suelto, sacudo los dedos y me los limpio en el delantal, como si pudiera quitarme la tensión de encima como si fuera harina.

Vuelve a escribir. Tres líneas esta vez, luego deja el bolígrafo y se recuesta con esa expresión facial que no soy capaz de leer. ¿Satisfecho? ¿Decepcionado? ¿Reflexivo? Con cualquier otro cliente sabría decirlo. Con Mercer, no. No me da nada, y eso es precisamente lo que me vuelve loca.

Entonces Theo se me acerca. Tiene un papel arrugado en la mano.

—Jefa. Mercer se ha dejado esto en el suelo. Al levantarse para ir al servicio hace un momento; creo que ha sido sin querer.

Cojo el papel. Es la letra de Mercer, pequeña y apretada. Tres líneas tachadas, una rodeada con un círculo y subrayada.

Si escribiera para su carta de forma tan honesta como cocina, esta ciudad tendría una estrella más. Se contiene.

Leo la frase dos veces. La primera vez, el calor me sube a las mejillas, tan rápido y de forma tan intensa que me doy la vuelta para que Theo no lo vea. La segunda vez, aprieto el puño alrededor del papel.

Serás capullo. Capullo rematadamente educado, guapo y con gafas de carey. Te sientas a mi mesa, en mi local, comes mi comida y luego escribes sobre mí como si fueras mi terapeuta y no mi crítico. *Se contiene.* Dos palabras, subrayadas, como si fueran un diagnóstico. Como si supieras algo sobre mí más allá de lo que hay en el plato. Como si tuvieras el más mínimo derecho a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer mientras garabateas en tu libretita fingiendo que todo esto es un experimento.

Y lo peor de todo: tiene razón. Me contengo. Con la carta, con los precios, con el riesgo que Saltarello necesitaría para pasar de la categoría de «bueno» a la de «imprescindible». Pero eso no le da derecho a dejarlo por escrito.

Aliso el papel sobre la barra. Me tiemblan las manos. No es de miedo.

Theo me mira. Espera.

—Lleva el postre —digo.

Él asiente.

Preparo el sexto plato. Ganache de chocolate con gel de frambuesa y caramelo de sal marina. Cojo el plato con una mano, el papel arrugado con la otra y salgo al salón.

Mercer está sentado erguido, con la libreta cerrada y las manos cruzadas. El salón se ha despejado, los clientes del almuerzo casi se han ido todos, solo queda una pareja junto a la ventana y un hombre con un portátil en la esquina. La mesa seis es ahora como un escenario, y yo soy la idiota que sube a él por voluntad propia.

Me ve venir y algo cambia en su rostro, no mucho, una ligera contracción en la comisura de los labios que, en cualquier otro hombre, habría sido una sonrisa.

Le pongo el postre delante y dejo el papel junto al plato.

—Se le ha caído esto.

Mira el papel. Luego a mí. Sus ojos tras las gafas de carey están tranquilos, demasiado tranquilos para un hombre cuyas notas privadas acaban de aparecer frente a él sobre la mesa.

—No ha sido un descuido, señora Cortez. —Su voz es tan baja que solo yo puedo oírla—. Ha sido una prueba.

—¿Cuál?

—Si me lo devolvería o si lo leería usted misma.

El corazón me late en la garganta. —Lo he leído.

—Bien. —Se echa un centímetro hacia atrás—. Entonces ya no tenemos que hablar de la carta. El jabalí estaba excelente.

Las siguientes palabras salen antes de que pueda frenarlas. Quizá porque acaba de decirme a la cara que me está poniendo a prueba, y nadie me pone a prueba en mi propio local. Quizá porque llevo en esta cocina desde las cuatro de la mañana y he comprobado tres veces un corzo que debería haber sido jabalí, y ningún hombre en este mundo me dice impunemente que me estoy conteniendo.

—Por cierto, el jabalí era corzo.

Silencio.

Entonces suelta una carcajada. Fuerte. Por primera vez desde que lo conozco, Elias Mercer ríe de tal modo que echa la cabeza hacia atrás y las gafas de carey se le desplazan un milímetro. Suena real y nada calculado, y el vuelco en mi estómago ya no tiene absolutamente nada que ver con los nervios.

Coge el bolígrafo, anota algo y me mira con una sonrisa que hace que se me mueva el suelo bajo los pies.

—Corzo —dice—. Por supuesto.

Me doy la vuelta y regreso a la cocina; mi corazón martillea tan fuerte que imagino que Theo tiene que oírlo. Él está en la barra, con el trapo al hombro, y me mira como si lo hubiera observado todo por el pasaplatos.

—No digas nada —le digo.

—No se me ocurriría, jefa.

Veinte minutos después, la mesa seis está vacía. La libreta en el bolsillo interior, las gafas de carey limpias y puestas de nuevo, la puerta cerrada tras él. No he visto cómo se ha ido porque me he prohibido mirar, y porque estaba ocupada preparando las estaciones para el servicio de cena, aunque todavía faltan cinco horas para que empiece.

La cuenta está sobre la mesa. Pagada, en efectivo, con una propina lo bastante generosa como para resultar descortés. Y bajo el dinero, una nota manuscrita en un papel que ha arrancado de su libreta.

Su carta de temporada es la más honesta de la ciudad. Pero ¿quién le enseñó a subestimarse así? Si quiere responderme: martes, medianoche, después del servicio. En su restaurante. A solas.

—E.M.

Me quedo junto a la mesa seis, con la nota en la mano. La cocina resuena tras la puerta, Theo recoge platos, en algún lugar se pone en marcha el lavavajillas y no oigo nada de eso. Solo mi pulso y el zumbido de la lámpara de pared sobre la barra.

Quién me enseñó a subestimarme. Eso me pregunta. Como si tuviera derecho. Como si fuera una pregunta que se escribe en una cuenta, entre la propina y el agradecimiento.

Arrugo la nota.

Vuelvo a alisarla.

Paso el pulgar por la tinta, que no se corre, porque por supuesto utiliza una pluma estilográfica.

Luego guardo la nota en el bolsillo de mi delantal, donde esta mañana todavía estaba el teléfono cuando ha llamado Maggie, y siento el papel contra mi cadera mientras vuelvo a la cocina.

Martes. Medianoche. A solas.

Capítulo 2 - Adrian

Ocho semanas.

Ocho semanas, y aquí estoy, sentado en mi despacho de la planta cuarenta y siete, con el perfil de la ciudad a mis espaldas y un escritorio de cristal frente a mí, escribiendo un párrafo sobre una mujer que no sabe que existo.

Corrección. Sabe que Mercer existe. Lo que no sabe es que Mercer soy yo.

Me echo hacia atrás y leo lo que he tecleado. Notas para la próxima columna de Plate, Saltarello, degustación número cuatro. Las palabras suenan objetivas, analíticas, exactamente como el lector espera que sean. La pera con apio se ha llevado seis líneas en mi cuaderno. El corzo, que en realidad debió ser jabalí hasta que ella me lo soltó a la cara, se merece una página entera.

Pero lo que estoy escribiendo ahora mismo no tiene cabida en la columna.

Val Cortez cocina como si estuviera luchando. Cada plato es un asalto. Cada presentación, toda una declaración de intenciones. Hay chefs en esta ciudad que cocinan para los críticos, y hay chefs que cocinan para sí

mismos. Cortez cocina contra algo que aún no he identificado, y eso la hace más interesante que cualquier local que haya reseñado en los últimos cuatro años.

Interesante. Como si eso fuera todo.

Como si llevara ocho semanas sentándome en la mesa seis porque su pera con apio me parezca fascinante y no porque esa mujer tenga un cuerpo que el delantal no logra ocultar, por mucho que tire de él. Curvas de las que probablemente ni ella misma se da cuenta cuando se inclina sobre el mostrador para revisar los platos. Pechos que presionan bajo la chaquetilla de chef; no me engaño pensando que no los veo, porque los veo, cada vez que sale de la cocina para traerme el siguiente plato. Su pelo, que se recoge durante el servicio y que me imagino suelto cuando me siento por la noche en mi Penthouse a pensar en cosas que un crítico gastronómico no debería pensar.

Val Cortez es una mujer explosiva. Eso no es un diagnóstico analítico, es una realidad que me quita el sueño desde la primera degustación. Veintinueve años, mexicano-estadounidense, cicatrices de quemaduras en las manos que no oculta, una boca que suelta tacos, ríe y ladra órdenes, a veces todo en menos de tres segundos. Y unos ojos que hoy me han mirado fijamente cuando me ha dicho que el jabalí era corzo, y en los que ardía algo que no tenía nada que ver con la cocina.

Cocina como si su cuchillo fuera un arma y el plato un campo de batalla, y es precisamente esa combinación de fuego y control lo que me tiene desquiciado, porque lo quiero todo. A la cocinera y a la mujer. Solo que la cocinera está hablando ahora mismo con un hombre llamado Mercer, y la mujer no conoce a ningún Adrian Wolfe. Mercer tiene permiso para mirarla. Adrian no. Mercer se sienta en la mesa seis y escribe seis líneas sobre su pera con apio. Adrian se sienta en su despacho y escribe párrafos que nadie leerá jamás, porque son demasiado honestos para una columna y demasiado cobardes para un mensaje.

Me quedo mirando la pantalla y luego la caja de los gemelos que hay junto al portátil. De plata, grabados: A.W. Un regalo de mi padre cuando me cedió la dirección operativa. La caja lleva ahí desde el primer día. No me he puesto los gemelos ni una sola vez.

Borro el párrafo. Vuelvo a escribirlo. Vuelvo a borrarlo.

La puerta se abre. Dom entra, como cada tarde, con la tableta en una mano y la carpeta informativa en la otra. Deja la carpeta sobre mi escritorio, ve el portátil, ve las notas. Su mirada se detiene un segundo de más en el encabezado. *Saltarello — Notas (no para la columna).*

—Te estás pasando, Adrian.

—Lo sé.

Dom no se sienta. Se queda de pie junto al escritorio esperando, como hace siempre que quiere decir algo que no quiero oír. Dom es mi asistente personal desde hace seis años, conoce cada uno de mis puntos débiles y no aprovecha ninguno. Eso lo convierte o bien en la persona más leal de mi vida, o en la más peligrosa.

—Hoy ha sido la cuarta degustación —digo.

—Lo sé. Tenías la cita en el calendario desde hace una semana. Pospuesta tres veces, confirmada dos.

—¿Resumen para mañana?

Dom entiende el cambio de tema. Abre la carpeta. —Diez de la mañana: jefe de departamento digital. Once y media: almuerzo con Henderson, de la agencia de publicidad. Quince horas: teleconferencia sobre licencias en Asia —cierra la carpeta—. Y tu padre ha llamado tres veces.

Se me tensa la mandíbula. Tres veces. Garrett Wolfe nunca llama tres veces a menos que quiera algo que no estoy dispuesto a darle.

—Pásame con él.

Dom asiente y se marcha. La puerta se cierra y, por un momento, vuelvo a estar a solas con las vistas, el escritorio de cristal y la pregunta de por qué me preparo para hablar con mi padre como si fuera una negociación en lugar de una llamada telefónica. Pero así funcionan las cosas con Garrett Wolfe. Cada conversación es una negociación, aunque solo dure treinta segundos. Me cedió la dirección operativa, aunque «ceder» es un término demasiado amable. Él preside la junta directiva, posee la mayoría de las acciones y me recuerda en cada ocasión que Wolfe Media es su nombre. No el mío. Él levantó esta empresa durante treinta años y luego me la puso en las manos, no porque confíe en mí, sino porque quería ver si me la merecía.

Suena el teléfono. Un número, sin nombre. Mi padre, por norma, no guarda su nombre en mi teléfono porque da por hecho que me sé su número de memoria.

Me lo sé.

—Adrian —ni un saludo, ni un «cómo estás». Solo mi nombre, pronunciado como quien hace un inventario.

—Garrett.

—Reunión trimestral la semana que viene. La junta directiva espera un plan quinquenal que convenza. No que impresione. Que convenza.

—Estoy preparado.

—Eso dices cada trimestre —hace una pausa. De fondo oigo perros sobre grava. Greenwich—. Si no quedo satisfecho, la junta directiva

reestructurará la junta directiva de nuevo. Ya lo sabes.

Clic.

Mantengo el teléfono pegado a la oreja diez segundos. La pantalla está oscura, la línea muerta, pero lo sostengo como si pudiera venir algo más. Un comentario final. Un «cuídate». Algo.

Nada.

Mi padre no me ha preguntado cómo estoy. Me ha enseñado las cartas. Como siempre. Garrett Wolfe te enseña la mano y te pregunta si vas o si te retiras. Y lo peor de todo no es la amenaza. Lo peor es que siempre voy, porque una parte de mí sigue esperando que algún día diga algo distinto a «si no quedo satisfecho».

Dejo el teléfono sobre el escritorio, junto a los gemelos que nunca me pongo, y exhalo.

La puerta se abre. Sin llamar.

Bryce entra como si la estancia le perteneciera. Mi hermano, COO, dos años más joven, siempre medio paso por detrás de mí y un paso entero por delante en sus planes. Se sienta en el borde de mi escritorio como si fuera el suyo propio.

—Acabo de hablar con padre. El plan quinquenal suena complicado, ¿verdad?

—Está bajo control.

—¿Seguro? —me estudia con esa mirada tranquila que confunde el cálculo con la serenidad—. Si necesitas ayuda... tengo algunas ideas.

Me echo hacia atrás. No digo nada. Las ideas de Bryce nunca son solo ideas. Las ideas de Bryce son ofertas, y las ofertas de Bryce tienen intereses.

Se levanta, se alisa la chaqueta y camina hacia la puerta con la naturalidad de un hombre que sabe que puede volver a entrar en la habitación cuando quiera. En el umbral se da la vuelta, con aire casual, como si se acabara de acordar.

—Por cierto, a padre le gustaría verte con alguna mujer. Antes del próximo informe trimestral. Ya sabes cómo se pone con el tema de la imagen.

Lanza una risa seca. Luego se marcha.

Oigo cómo sus pasos se pierden en el suelo de mármol y me pregunto si irá directo a Greenwich para informarle a Garrett de cómo he reaccionado. Probablemente. Bryce colecciona reacciones como otros coleccionan sellos, y cada una es una moneda que canjeará en algún momento.

Me quedo mirando la puerta cerrada. *Con una mujer.* Como si fuera un punto en una lista de tareas pendientes entre el plan quinquenal y el reparto de dividendos. Como si una mujer fuera algo que se encarga para el próximo informe trimestral como quien pide un traje nuevo. Garrett Wolfe me enseñó a los diecisiete años lo que ocurre si dejo que se me acerque una mujer que no encaja en sus planes. La humilló delante de su padre, públicamente, en una gala, para salvar un acuerdo que valía más que los sentimientos de su hijo. Yo tenía diecisiete años y me limité a mirar porque no sabía cómo frenar a mi propio padre. Después aprendí dos cosas: Garrett lo sacrifica todo por el grupo, y nadie a quien yo deje acercarse está a salvo de él.

Así que inventé a Mercer. Un hombre sin apellido, sin herencia, sin un patriarca al acecho. Un hombre que puede entrar en un restaurante sin que nadie susurre: «Es el hijo de Wolfe, tercera mesa a la izquierda». Mercer es la única parcela de mi vida que Garrett no posee.

Abro de nuevo el portátil. No la columna. La app de correo de Mercer. Una bandeja de entrada que solo Dom e Inés conocen, en un servidor que no pertenece a Wolfe Media.

Un mensaje nuevo. Remitente: V. Cortez.

Mañana habrá jabalí. Esta vez de verdad. Le reservaré una ración. Las 24:00 me va bien.

Leo el correo tres veces. La primera sonrío, porque se burló de mí cuando elogié el corzo y ahora me promete jabalí como si fuera una compensación. La segunda vez me doy cuenta de que leo la frase *Le reservaré una ración* como si tuviera un segundo sentido que probablemente no tiene. La tercera vez ya no estoy tan seguro.

Mis dedos planean sobre el teclado. Escribo: *Si de verdad quiere verme a solas... ¿qué más piensa hacer?*

Lo borro.

Demasiado. Demasiado directo. Mercer no debe escribir así, y Adrian Wolfe mucho menos, porque Adrian Wolfe oficialmente no existe cuando se trata de Valentina Cortez. Mercer es el hombre de las gafas de carey y el cuaderno, no el CEO cuyo padre acaba de amenazarle con la junta directiva.

En su lugar escribo: *Confirmado. Tengo curiosidad.*

Enviar.

El ordenador emite ese pequeño sonido de satisfacción. Me echo hacia atrás y pienso en Val Cortez, que ahora mismo estará en su cocina en algún lugar de Williamsburg sin saber que el hombre que califica su comida es el mismo cuyo nombre figura en el edificio donde estoy sentado. Que él piensa en sus curvas cuando escribe «columna», y se refiere a su escote

cuando anota «presentación», y que tiene que controlarse cada vez para no soltar el bolígrafo y simplemente verla cocinar, ver cómo se inclina sobre el mostrador, cómo desliza el pulgar por la fibra de un trozo de carne como si fuera lo más importante del mundo.

Dom llama. Esta vez sí lo hace.

—Forbes ha enviado el material de la entrevista. Para firmar.

Deja la carpeta sobre mi escritorio. La abro. *Adrian Wolfe: El rostro detrás de Wolfe Media.* Historia de portada con fotos; se publicará dentro de un mes. Dom lleva medio año preparándolo todo porque una portada de Forbes es buena para la cotización y a Garrett le encantan las portadas de Forbes, aunque nunca lo admita.

Alcanzo el bolígrafo.

—¿Se mantiene la condición? —pregunto.

—Sí, nada de prepublicación ni adelantos antes de la fecha de lanzamiento.

Firmo.

Tiempo suficiente. Si surge algo entre Val y yo, tendré tiempo de decirle la verdad antes de que mi cara esté en todos los quioscos de Manhattan.

Dom recoge la carpeta pero se queda allí. Tiene esa mirada que ya conozco. La mirada que dice que está a punto de soltar algo que no quiero oír, y que aun así lo va a hacer porque es su trabajo.

—Sabes que esto no va a acabar bien de forma indefinida.

—¿A qué te refieres?

—A Mercer. A Saltarello. A ella —me mira, tranquilo, sin reproche—. En algún momento tendrás que decirle quién eres. Nunca habías ido tantas veces a por degustaciones. A ningún sitio.

—Lo sé.

—Y sabes lo que pasará si se entera por otra persona.

No digo nada. Dom asiente como si de todas formas hubiera oído la respuesta y se marcha.

La puerta se cierra. Vuelvo a estar solo.

Frente a mí, sobre el escritorio, descansa la carpeta de Forbes firmada, junto a la caja de gemelos con mis iniciales y el portátil con el correo de Mercer en el que una mujer me ha escrito que me reserva algo.

Tres semanas más un mes. Tiempo suficiente para contarle la verdad a Val Cortez.

Siempre y cuando encuentre el valor para hacerlo.

Capítulo 3 - Val

—Cortez. Ese hombre te tiene.

Maggie lee la nota por segunda vez, más despacio esta vez, como si examinara cada palabra a contraluz. Bagel, el carlino, yace entre nosotras en el suelo del salón, con el hocico apoyado en mi pie, y ronca suavemente, como si hubiera decidido que nada en este mundo puede perturbar su siesta. La manta bajo nosotras huele a suavizante de lavanda y a pelo de perro, y la copa de vino tinto de Maggie está sobre el parqué, junto a su rodilla, porque le ha dado pereza estirarse hasta la mesa auxiliar.

—Tiene mi restaurante en sus manos. Al menos su futuro —digo yo—. Nada más.

—Ya. —Maggie dobla la nota, la despliega de nuevo y da golpecitos con el índice sobre la frase subrayada—. «¿Quién le enseñó a subestimarse?». Eso no te lo escribe un crítico gastronómico. Eso te lo escribe un hombre que se queda despierto por la noche preguntándose por qué eres como eres.

—Maggie.

—Y quiere verte a solas. A medianoche. En el restaurante. —Me mira, y en sus ojos brilla ese destello que siempre le sale cuando le parece que otra persona vive su vida de forma más interesante que ella misma—. Ese hombre ya no hace reseñas de postres, Cortez. Te está haciendo la reseña a ti. Y probablemente sobre tu mostrador. Desnuda.

Cojo mi copa de vino y doy un sorbo que dura más de lo necesario. Mi estómago hace algo que le atribuyo al vino, aunque apenas he bebido media copa. Bagel gruñe en sueños y se pone boca arriba. Le rasco la barriga porque me da un segundo en el que no tengo que responder.

—Lleva ocho semanas viniendo de vez en cuando a mi local —digo, aunque sé que con eso le estoy siguiendo el juego—. Cuatro degustaciones. Seis platos cada una. Es su trabajo.

—Ocho semanas. —Maggie deja la copa de vino y encoge las piernas bajo el cuerpo, como si se estuviera posicionando para una larga argumentación —. Si solo fuera trabajo, vendría tres veces, escribiría una vez y no volvería jamás. Pero vuelve. Una y otra vez. Y te escribe cartas de amor en forma de críticas.

—Es su trabajo —repito, y suena más débil incluso para mis propios oídos que la primera vez.

—Es su excusa.

No digo nada. Maggie me conoce desde hace dos años y reconozco su tono cuando se obsesiona con algo. Este es el tipo de fijación en el que no suelta prenda hasta que yo claudico o cambio de tema a la fuerza.

Así que cambio de tema.

—La casera ha subido el alquiler un treinta y ocho por ciento.

Maggie deja de juguetear con la nota. Su rostro cambia, el destello desaparece y lo que queda es la mirada que debe de tener en el trabajo cuando una estrategia no sale y alguien pone las cifras sobre la mesa. Halberd & Crane no la contrató por ser divertida, sino porque sabe echar cuentas.

—¿Cuánto margen tienes?

—Cuatro meses. Quizá cinco si sigo sin pagarme un sueldo.

—Entonces necesitas a Mercer, o mejor dicho, su lista. Y sin condiciones.
—Sin dudarlo. Sin un «ya saldremos de esta». Maggie no ofrece consuelo. Maggie piensa en opciones, y ahora mismo solo tiene una—. La Shortlist te traerá inversores. Sin la Shortlist, el negocio muere en cuatro meses. Y que le gustes o no, entonces será irrelevante.

—Lo sé.

Hago girar la copa en mi mano y me quedo mirando el vino, que bajo la luz de la lámpara parece casi negro. La parte que aún me guardo me deja un mal sabor de boca porque nunca le oculto nada a Maggie, jamás, y ahora estoy aquí sentada reteniendo algo que llevo toda la noche rumiando como un nudo en el estómago.

—He aceptado —digo.

—¿Has aceptado? —Maggie levanta las cejas—. ¿A qué exactamente?

—A las doce de la noche, después del servicio. En mi local. A solas. Él preguntó, yo respondí. Y él confirmó.

Silencio. Maggie me mira fijamente durante tres segundos, con los labios entreabiertos, y veo cómo la analista que lleva dentro lucha contra la amiga, y la amiga gana.

—¿A solas? ¿Después del servicio? —Se echa hacia atrás, y la mirada que me lanza me indica que va a paladear la siguiente frase antes de soltarla—. Eso es una cita, Cortez. ¡Te quiere a ti!

—Es una reunión de negocios con apariencia de cita. —Me encojo de hombros, aunque se me encoge el corazón de una forma que nada tiene que ver con los negocios—. Él decidirá en qué se convierte.

—Él no decide nada. Tú decides. Y ya has decidido. —Coge su vino—. Si no, no habrías respondido.

No digo nada porque tiene razón y no quiero dársela. Maggie bebe, espera, y noto su mirada en la sien como un dedo que señala algo que no quiero ver.

En su lugar, pienso en el tic de la comisura de su boca cuando le llevé el postre. En la forma en que me miró cuando dejé la nota junto a su plato, tranquilo, demasiado tranquilo, y en sus ojos tras las gafas de carey había algo que se sentía como una promesa que ninguno de los dos había pronunciado. Mis mejillas se calientan sin que yo lo permita, exactamente igual que en el mostrador, cuando miró hacia la cocina y me encontró, como si hubiera sabido dónde estaba. Doy un sorbo para tener algo en la mano.

Bagel se despierta como si hubiera sentido que el ambiente cambiaba, se desliza desde mi pie hasta el muslo de Maggie y se acurruca allí como un ovillo plano y resoplante. Maggie le rasca detrás de las orejas sin mirar.

—Escucha —dice, y su voz es más baja ahora, más seria—. Necesitas la lista. Necesitas el dinero. Si Mercer puede ayudarte, deja que lo haga. Y si de paso está bueno y te mira como si fueras su sexto plato... deja que pase también.

—No voy a dejar que pase nada.

—Claro.

—Maggie.

—Yo solo digo.

Su teléfono suena. La pantalla se ilumina en el parqué, entre la botella de vino y el borde de la manta, y veo cómo la mirada de Maggie cae sobre ella, rápida, aguda, y luego cómo algo en su rostro se cierra. No mucho, un matiz que otra persona quizás no habría notado. Pero yo lo noto porque conozco a Maggie desde hace dos años y sé qué cara pone cuando una llamada la pilla por sorpresa.

Pulsa rechazar. Rápido.

—¿Quién era?

—Un cliente. —Demasiado rápido. Demasiado fluido—. Nada importante. —Sacude la cabeza, como si el tema estuviera zanjado, y se lleva la copa de vino a la boca. Su mano está firme, pero algo en la forma en que sujeta el tallo no lo está.

Lo dejo pasar. No porque no me interese, sino porque Maggie acaba de cerrar una puerta, y cuando Maggie cierra puertas, no se abren desde fuera. No con ella. Algún día me contará qué ha sido eso, o no, y ambas opciones tendrán que valerme, porque así es como funciona la amistad.

—¿Qué te vas a poner? —pregunta, como si el último minuto no hubiera ocurrido.

—Ropa de trabajo. ¿Qué si no?

—¿Tu delantal?

—Evidentemente.

—¿El delantal negro o el que tiene la mancha?

—Maggie, quiere hablar conmigo de mi carta, no voy a desfilar por una pasarela.

—O sea, el delantal negro —decide ella—. Y el pelo suelto.

Bagel levanta la cabeza, me mira como si tuviera una opinión al respecto y luego vuelve a apoyarla en el muslo de Maggie. Me bebo el último sorbo de vino y miro el reloj. Poco más de las once. Debería irme, porque mañana a las cinco estaré en la cocina y Theo pasará media hora explicándome por qué el corzo de hoy era mejor que cualquier cosa que haya puesto en un plato en los últimos tres meses, y yo le miraré y asentiré mientras pienso en secreto que un hombre lleva un cuaderno en el bolsillo interior de su americana como si fuera un arma.

Capullo. Maldito capullo de gafas de carey con tus seis líneas sobre mi pera con apio.

Me levanto, abrazo a Maggie, beso la cabeza chata de Bagel y recojo la nota del suelo antes de metérmela de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. La tinta se siente suave bajo mis dedos. Pluma estilográfica. Por supuesto.

—¿Cortez?

Me doy la vuelta en la puerta.

—Mercer escribe seis líneas sobre tu pera con apio y te pregunta quién te enseñó a subestimarte. —Maggie me mira, con Bagel en el regazo y la copa de vino en la mano, y por un momento no hay rastro de broma en su rostro —. Esas no son preguntas de crítico gastronómico. Lo sabes.

No digo nada. Cierro la puerta tras de mí.

Es pasada la medianoche cuando estoy en mi cama y no puedo dormir.

El apartamento de Maggie queda a tres paradas de metro y yo estoy tumbada en mi piso, con la manta hasta la barbilla y el teléfono en la mano. Mi cabeza no deja de dar vueltas.

Abro The Manhattan Plate. La columna de Mercer. Sus últimas reseñas, que ya he leído todas, algunas dos veces, lo que me convierte en una acosadora o en una mujer de negocios que conoce su mercado. Me decido por lo segundo y sigo bajando con el dedo de todos modos, porque la verdad se encuentra en algún punto intermedio y no quiero admitirlo esta noche.

La reseña tiene tres semanas, un bistró italiano en el Lower East Side que conozco porque la dueña me prestó trufa hace un tiempo cuando mi proveedor no llegó. El texto de Mercer es objetivo, preciso, con su tono habitual.

Luego leo una de mis reseñas. Ya me la sé. O eso creo. Pero entonces, en el penúltimo párrafo, una frase en la que no me había fijado en lecturas anteriores porque entonces no sabía que debía prestarle atención.

Una cocinera que protege su mano de sí misma nunca podrá darlo todo.

Leo la frase otra vez. Y otra.

Mis dedos se quedan quietos sobre la pantalla. Sé exactamente lo que hice el día que salió esa reseña. Le dije a un cliente habitual que su plato favorito ya no estaría en la carta porque no encajaba con mi línea. Quité el plato a pesar de que se vendía bien porque era una concesión y no quería hacer más concesiones. El cliente se encogió de hombros, dijo que lo entendía y aun así volvió. El plato no.

Mercer no estaba en el restaurante esa noche. Yo misma comprobé la lista de reservas, la compruebo cada noche, y su nombre no aparecía por ninguna

parte. La mesa seis estaba asignada a un habitual, una pareja de ancianos que viene cada semana y siempre pide el mismo vino blanco.

Mercer no estaba allí.

Y aun así, escribe sobre una cocinera que protege su mano de sí misma en la misma semana en que quité un plato de la carta porque lo consideraba una concesión.

Dejo el teléfono sobre el colchón, a mi lado, boca abajo, y me quedo mirando al techo. Hay una mancha de humedad de la última rotura de tubería que parece el mapa de algún lugar en el que nunca he estado. Se me encoge el estómago, y no es por el alquiler, ni por el vino, ni por la llamada rechazada de Maggie.

¿Cómo lo sabe?

La idea se me clava. Me giro de lado, me subo más la manta, intento quitármela de la cabeza porque es tarde y mañana me levanto a las cinco y porque hay cien explicaciones que no tienen nada que ver conmigo. Quizá habló con el cliente habitual. Quizá conoce a alguien que conoce a alguien. Quizá fue casualidad y estoy viendo en una frase algo que no existe porque llevo ocho semanas observando a un hombre que supuestamente no me interesa, y leo sus reseñas por la noche en mi cama como otra gente lee los mensajes de alguien a quien echa de menos.

Quizá me observa más de cerca de lo que pensaba.

Cierro los ojos y tras mis párpados veo su caligrafía, pequeña y apretada, con tres líneas tachadas y una rodeada con un círculo, y sus ojos tras las gafas de carey, tranquilos, cuando puse sus propias palabras sobre la mesa. Y su risa, esa única vez, con la cabeza hacia atrás y las gafas torcidas, cuando dije que el jabalí era corzo.

Me giro hacia el otro lado. Luego vuelvo otra vez. En su lugar, me vienen a la cabeza imágenes de cosas que él haría conmigo si se quitara las gafas de carey. Y lo mucho que me gustarían esas cosas.

Manos que están por todas partes. Un delantal que cae al suelo.

Nada de esto ayuda precisamente a que me duerma. En absoluto.

Capítulo 4 - Val

Theo se ha ido hace una hora y yo estoy en mi cocina, convenciéndome de que estoy recogiendo.

No estoy recogiendo. Todo está limpio, las estaciones repasadas, la última carga del lavavajillas ya se ha enfriado y está guardada. Lo que hago es limpiar la encimera por tercera vez con el mismo trapo mientras miro fijamente el aplique de la pared sobre la mesa seis, que es el único que sigue encendido porque he apagado todos los demás para autoconvencerme de que esto es una iluminación normal para una conversación de negocios normal y no la ambientación para algo que no quiero admitir.

Al final me he cambiado de ropa y me odio por haberle dado tantas vueltas. Vaqueros negros, camisa oscura, mangas remangadas. Nada de aspecto de delantal, pero tampoco un look de cita. Sin pintalabios. Ha sido una decisión consciente y he tardado cuatro minutos en el baño para tomarla, lo que significa que no ha sido una decisión consciente, sino una sobre la que he reflexionado demasiado.

Pronto llegará el momento.

Suelto el trapo y miro el reloj. Las veintitrés y cuarenta y siete. Quedan trece minutos. Se me encoge el estómago y le echo la culpa al expreso que me he tomado hace una hora, a pesar de que no bebo café después de las veintiuna porque si no no puedo dormir; y, aun así, me he preparado uno porque necesitaba tener algo en la mano.

La puerta de entrada se abre. Diez minutos antes de tiempo.

Mercer entra e inmediatamente noto que algo es distinto. No hay libreta. Lleva la mano en la que suele llevarla libre al costado, y la otra sostiene una botella de vino. Se detiene un momento, mira a su alrededor, registra el local vacío, la única lámpara encendida, a mí en la barra, y luego se dirige a la mesa seis como si nunca se hubiera sentado en otro lugar.

Pero sin la libreta parece otro. Más humano. Como si hubiera dejado un arma y supiera que yo me doy cuenta.

Me doy cuenta.

Posa la botella sobre la mesa y veo la etiqueta antes de que diga nada. Willamette Valley Pinot Noir. Lo tuve en mi carta, pero lo quité porque la mayoría de los clientes no lo piden, ya que es demasiado caro para un local de Williamsburg que no es un restaurante con estrella. La botella no es mía. La ha traído él, preseleccionada, y eso significa que conoce mi antigua carta mejor que la actual.

—Ha hecho sus deberes —digo.

—Siempre. —Aparta la silla. Se sienta—. ¿Y usted?

No respondo. En su lugar voy a la cocina, saco el jabalí del calientaplatos que he guardado para él, monto el plato: reducción de ciruela, mantequilla de salvia, una rama de romero porque queda bien y porque me da dos minutos en los que no tengo que mirarle a la cara.

Cuando pongo el plato ante él, me mira.

—Siéntese.

—No me siento con los clientes.

—Yo no soy un cliente. —Empuja la segunda silla un poco hacia fuera con el pie—. Y esta no es una noche de libreta de notas.

Me quedo ahí de pie, con un plato en una mano y el trapo de cocina en la otra; mi cabeza me dice que debería volver a la cocina y limpiar la encimera por cuarta vez, pero mi cuerpo se sienta.

Él corta. Mastica. Cierra los ojos por un segundo y veo algo en su rostro que nunca percibí en las cuatro catas anteriores, porque entonces siempre estaba escribiendo en lugar de mostrar qué le provocaba el bocado. Ahora lo muestra. No mucho. Un matiz alrededor de la boca que, en otro hombre, habría sido una sonrisa.

—El jabalí es incluso mejor que el corzo —dice.

—El corzo también estaba bueno.

—El corzo era un compromiso. Esto no.

Cojo la botella, la giro en mi mano. Willamette Valley, 2018, una añada que es mejor de lo que debería.

—¿Quiere que la abra?

—Para eso la he traído.

Traigo dos copas y un sacacorchos. Mis manos están tranquilas al abrirla, lo cual me sorprende porque el resto de mí no lo está. El vino respira, de un rojo oscuro, y sirvo, primero a él, luego a mí, y me vuelvo a sentar porque ya estoy sentada y levantarme ahora sería de cobardes.

Bebemos. Él come. Y por primera vez en ocho semanas hablo con él como con un ser humano, no como con una decisión de inclusión.

No sé cómo empieza. Quizá porque el vino es bueno y el local está vacío y el aplique emite la luz justa para dejar de mirar el reloj. O porque, tras el tercer bocado, él deja el tenedor, me mira y pregunta:

—¿Por qué cocina usted misma en lugar de contratar a alguien que lo haga por usted?

—Porque no confío mi cocina a ningún hombre.

—Confía en su Sous-Chef.

—Theo es la excepción.

—¿Por qué?

Hago girar la copa de vino en mi mano y reflexiono sobre cuánto debo decirle a un hombre al que conozco desde hace ocho semanas y al que, desde hace dos horas, ya no considero una decisión de inclusión. Demasiado, probablemente.

—Porque el último hombre en el que confié me enseñó que confiar es un error.

Eso ha sido demasiado. Las veintitrés y cincuenta y siete de un martes por la noche, y aquí estoy sentada diciendo cosas que ni siquiera le he dicho así

a Maggie.

Él no dice nada. Bebe. El silencio no es incómodo, lo cual me sorprende porque el silencio con hombres a los que no conozco suele sentirse como un ascensor que se ha quedado atascado. Con él se siente como una frase que aún no ha terminado.

—¿Por qué se esconde usted tras unas gafas? —pregunto.

Arquea una ceja. Veo cómo sus dedos se aprietan alrededor de la copa, un segundo, luego se relajan de nuevo.

—Quizá porque me he dado cuenta de que mi rostro no tiene nada que ver con lo que escribo.

Es lo más sincero que me ha dicho nunca. Y no sé si ha sido sincero, no de verdad, porque con este hombre cada respuesta suena como una confesión y, al mismo tiempo, como una maniobra de evasión. Pero algo en su voz es diferente a las catas, como si por primera vez estuviera diciendo una frase que no ha editado previamente en su cabeza.

Siento calor en las mejillas. Bebo para tener algo en la mano.

Dos horas pasan como si fueran diez minutos.

Hablamos sobre el Saltarello. Sobre por qué llamé así al local a pesar de no ser italiana, y le hablo de mi madre de Oaxaca y de mi padre de Sonora, que se casaron en una Cocina del Bronx y todavía viven en Queens. Pregunta si mi padre cocina y yo digo que mejor que yo.

Se ríe, brevemente, como si no hubiera esperado que yo admitiera eso. Le cuento que mi padre es la razón por la que hago todo a mano y no tengo aparatos de cocina al vacío, y por la que prefiero afilar mi cuchillo tres veces al día antes que comprar uno nuevo. Él escucha. Me refiero a que

escucha de verdad, no esa espera educada por el propio turno para hablar que la mayoría de los hombres confunden con escuchar.

Luego le pregunto por sus padres. Él dice:

—Complicado.

Una palabra. Sin frase posterior. Sin intento de explicación. Solo «complicado», y la forma en que lo dice suena como una puerta que se cierra, pero no se echa con llave. Su mirada se desvía hacia la botella, como si fuera más interesante que la pregunta. Veo cómo se tensa su mandíbula, medio segundo, antes de que beba.

Lo dejo pasar. No porque no me interese, sino porque sé cómo suena cuando alguien abre un tema y se arrepiente al instante.

Hablamos de las manos. Surge porque alargo la mano hacia la botella y él ve mis cicatrices de quemaduras, las líneas blancas en el dorso y la marca redonda entre el pulgar y el índice donde me alcanzó una sartén hace tres años. No dice nada, pero gira su propia mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba, y ahí hay cicatrices. Diferentes a las mías. Más lisas, más viejas, como si llevaran ahí décadas.

—¿De cocinar? —pregunto.

—Estupidez juvenil.

Le miro. Me mira. Y sé que miente. No por las palabras, que suenan lo bastante plausibles, sino por la forma en que sus ojos se desvían medio segundo a la izquierda antes de responder, y porque «estupidez juvenil» es la frase que la gente dice cuando la verdad cala demasiado hondo. Nuestras manos están lo bastante cerca sobre la mesa como para que casi pueda sentir el calor de su piel. Casi. No retiro la mía. Él tampoco.

Miente al menos una vez por respuesta. He ido contando en estas dos horas. Con lo de sus padres. Con las gafas. Con las cicatrices. Y no sabría decir dónde empieza exactamente la mentira y dónde termina la verdad, porque mezcla ambas con tanta habilidad que se sienten como una sola frase.

Dejo mi copa. Le miro.

—Usted no es quien finge ser.

Silencio.

El aplique de la pared zumba suavemente sobre nosotros, la botella está medio vacía y sus ojos tras las gafas de carey están de pronto tan quietos que se siente como lo opuesto a la tranquilidad. Me mira. Un segundo. Dos. Demasiado tiempo para alguien que no tiene nada que ocultar.

—No —su voz es baja—. No lo soy.

El pulso me late en la garganta.

—¿Quién es entonces?

—¿Esta noche? —Hace girar la copa entre los dedos, despacio, como si necesitara tiempo para la siguiente frase—. Elias Mercer. Mañana de nuevo una lista.

Me río, porque es la reacción adecuada y porque una parte de mí piensa que la frase suena bien, y otra parte sabe que me acaba de decir la verdad a medias y sabe que yo sé que lo sabe. Eso lo hace más peligroso, no más inofensivo. Un hombre que miente y se deja pillar es, o bien malo mintiendo, o bien muy bueno siendo sinceramente controlado. En el caso de Mercer, apuesto por lo segundo.

Termina su vino y se reclina. Hace tiempo que se ha acabado el jabalí, la botella está vacía en sus tres cuartas partes y la luz del aplique proyecta su sombra sobre el mantel. Debería levantarme. Son más de las dos y mañana a las cinco estaré en la cocina, pero mi cuerpo no hace amago de moverse porque mi cuerpo tiene ahora mismo otras prioridades antes que el sueño.

Se limpia la boca con la servilleta, la dobla, la deja junto al plato. Despacio. Como si tuviera toda la noche por delante.

—El jueves me alojo en el Carlyle Hotel —dice. Tono relajado, casi casual, como si se le acabara de ocurrir—. Por negocios. Si se toma una copa en el bar a las nueve, no la ignoraré.

Una invitación como una no invitación. No dice «venga». No dice «quiero verla». Dice que no me ignoraría, como si mi presencia fuera algo que pudiera notar por casualidad, y ambos sabemos que es mentira, y ambos fingimos que no lo sabemos.

No respondo. Le miro y tardo más de lo que debería, y mi mirada dice algo que mi boca se niega a pronunciar.

Él se levanta. Se alisa la chaqueta. Camina hacia la puerta y sus pasos sobre el suelo son el único sonido además de la lámpara y mi pulso. En la puerta, con la mano ya sobre el pomo, se gira una vez más.

—¿Señora Cortez?

—¿Sí?

—Si viene... no lo haga por mí. Hágalo por usted.

Luego se marcha y la puerta se cierra tras él.

Me quedo un minuto en el local vacío. El aplique zumba. El vino sigue en la mesa seis y su copa tiene una marca en el borde, allí donde estuvieron sus labios. Me quedo mirándola, me hormiguean los dedos y mi cabeza le da vueltas a la frase que ha dicho al despedirse, una y otra vez, y no encuentra ningún lado que se sienta inofensivo.

«Hágalo por usted». Como si supiera que llevo ocho semanas convenciéndome de que se trata de la lista y del Saltarello y de todo menos de lo que siento cuando este hombre me mira.

Entonces saco el móvil del bolsillo del pantalón y abro el chat de Maggie.

Escribo. Borro. Vuelvo a escribir.

Jueves Carlyle. Puede que tenga una cita. Puede que necesite tu vestido negro.

Pulso enviar antes de que mi cabeza vuelva a procesar la frase y sé perfectamente lo que va a pasar si voy allí. Perfectamente.

Y lo que es peor: ¡quiero que pase!

Capítulo 5 - Adrian

Las gafas están sobre el borde del lavabo y las observo fijamente, como si me hubieran hecho algo.

¿Me las acabo de quitar o me las he puesto? Ya no lo sé, porque he hecho ambas cosas tres veces en los últimos diez minutos, y mi reflejo empieza a devolverme una mirada de fastidio. Traje gris oscuro, corte slim, camisa negra, el botón superior desabrochado. La corbata cuelga del toallero porque he probado tres nudos diferentes y ninguno parecía algo que un hombre llevaría a una copa que no fuera una cena de negocios. Hacer elecciones es normalmente por lo que la gente me paga. Evidentemente, no de este tipo.

Vuelvo a coger las gafas. Me las pongo. En el espejo veo a Elias Mercer: preciso, inofensivo, el hombre del cuaderno. Alguien por cuyo lado pasas en una calle de Manhattan sin volverte. Alguien que se sienta en los restaurantes y anota lo que otros cocinan, fingiendo mientras tanto que es invisible.

Me las quito de nuevo.

Adrian Wolfe me devuelve la mirada. Los mismos ojos, el mismo rostro, pero las gafas marcan una diferencia que en cuatro años nunca he tenido que explicar a nadie, porque nadie conoce ambas versiones. Con las gafas soy el crítico que busca en sus bolsillos interiores y escribe en cuadernos negros. Sin ellas, soy el hombre que pronto protagonizará la Forbes, el que se sienta en las salas de juntas y evita a su padre. Dos vidas, separadas por ocho gramos de titanio y dos cristales sin graduación.

Hoy toca sin ellas.

Guardo las gafas en el estuche, lo cierro y lo meto en el cajón superior, al lado del lavabo. Luego me paso ambas manos por el pelo, deshaciéndome del estilo engominado que Mercer lleva desde hace cuatro años, hacia atrás, más suelto. Ni muy peinado, ni descuidado. Simplemente mi pelo, como cae cuando salgo de la ducha por la mañana y no tiene que representar ningún papel. Contemplo el resultado, ladeo un poco la cabeza, y el hombre del espejo parece alguien a quien veo raras veces.

Sigo siendo Mercer. Si ella pregunta, me llamo Mercer, pido como Mercer, pago como Mercer. Solo cambio el aspecto exterior, no el nombre. Un matiz, no una confesión.

Me autoconvenzo de que es una medida de precaución. Si Val ve alguna vez una foto de Adrian Wolfe en un periódico o en una pantalla, no reconocerá inmediatamente a Mercer en ella, porque Mercer lleva gafas y tiene la raya del pelo en otro lado. Si busca en Google, si alguien hace una foto, si el mundo se vuelve más pequeño que la distancia entre Williamsburg y el Carlyle... entonces habrá una diferencia que ella pueda recordar, algo que separe ambos rostros.

Esa es la explicación razonable. La explicación que le daré a Dom si pregunta. Y Dom preguntará, porque Dom siempre pregunta.

La verdad es mucho más difícil. Quiero que me vea a mí. No al cuaderno. No a la decisión de inclusión. No a Mercer, que escribe, evalúa y observa. A

mí. Un hombre que bebe vino con ella, que la escucha y que lleva dos horas en el baño porque, por primera vez en años, contempla su propio rostro sin atrezzo.

Suena el timbre.

Echo un último vistazo al espejo, me coloco el cuello de la camisa y cruzo el pasillo hacia el salón. Dom ya está en la puerta, con una carpeta de cuero bajo el brazo y esa mirada que pone cuando quiere decir algo que yo no quiero oír.

Entra sin esperar invitación, pasa por mi lado hacia la sala y se detiene. Aún lleva el abrigo puesto, aunque sabe que se va a quedar, porque Dom solo se quita el abrigo cuando las noticias son buenas. Luego se da la vuelta. Me examina de arriba abajo, una vez, despacio, como si estuviera precintando la escena de un crimen. Su mirada se detiene en mi pelo, viaja hacia la ausencia de gafas, luego al cuello abierto de la camisa, y veo cómo se le tensa la mandíbula.

Se sienta en el sofá. Sin que se lo pida. Cruza las manos y me mira con la expresión que tiene cuando debe decirme algo que no quiero escuchar.

—Adrian —su voz es tranquila, controlada, la voz con la que envuelve las malas noticias—. ¿Sabes que esto no es menos peligroso, sino más?

—¿El qué exactamente?

—Esto. —Hace un gesto que incluye toda mi apariencia.

—Si busca tu nombre en Google, y buscará tu nombre en Google, bastará con una foto. Las fotos de Wolfe son públicas, Adrian. Hay cientos. Galas, juntas directivas, Forbes. No hay fotos de Mercer. Precisamente esa ha sido tu protección durante cuatro años.

—Hoy me llamo Mercer —digo—. Como siempre.

—Como siempre, pero sin las gafas ni el peinado que definen a Mercer. —Dom deja la carpeta de cuero sobre la mesa de centro, pero no la abre—. Te vas a ver con una mujer que te ha dicho a la cara que no eres quien pretendes ser. Y tu reacción ante eso es quitarte otra capa más.

No digo nada porque tiene razón y porque no tiene sentido llevarle la contraria a un hombre que me conoce mejor de lo que mi padre jamás quiso conocerme. Dom estaba allí cuando a los diecisiete años me planté en el despacho de Garrett y escuché por qué los hijos de los Wolfe no muestran sentimientos, y menos aún por las hijas de los competidores. Dom fue el único que siguió ahí después.

Dom mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y deja una memoria USB sobre la mesa. —Bryce ha estado hoy dos veces en la oficina.

Se me encoge el estómago. —¿Cuándo?

—Por la mañana y después de comer. Ha preguntado por los manuscritos de Mercer. Quería acceso a los archivos editoriales de Plate.

—¿Ines?

—Lo ha echado a los quince minutos. La segunda vez ha llamado a seguridad.

Ines. Durante años ha sido la mujer que se interpone entre Mercer y el resto del mundo, junto con Dom. Años en los que nunca ha hecho una pregunta que no tuviera que hacer, y nunca ha dado una respuesta que no quisiera dar. Si Bryce cree que puede pasar por encima de Ines, es que la conoce poco.

Pero el hecho de que lo esté intentando es nuevo. Que lo intente dos veces en un día es una escalada.

—¿No ha encontrado nada? —Me apoyo contra el alféizar de la ventana y cruzo los brazos, porque de lo contrario mis manos harían algo que no quiero mostrar ante Dom.

—No a través de Ines. —Dom señala la memoria USB—. Ahí está el registro de accesos. Ha contactado con el servidor de Plate tres veces, una a través de su propio usuario y dos mediante una cuenta de invitado. He rastreado los accesos de invitado. Ambos desde su oficina. —Se echa hacia atrás—. Bryce te sigue la pista, Adrian. La cuestión no es si lo logrará, sino cuándo.

Silencio. En el salón no suena ningún reloj porque no poseo ninguno, pero el silencio se siente como si estuviera contando los segundos.

Bryce. Mi hermano, que no quiere serlo y me lo hace sentir en cada oportunidad. COO bajo mi mando porque Garrett lo dispuso así para que uno de nosotros controlara al otro, y Bryce entendió desde el principio qué papel se le había asignado. No el de controlador. El del que espera. El sillón de CEO en el que me siento es el sillón que Bryce quiere, y Mercer es la palanca con la que podría derribarme de él.

Todo lo que necesita es una prueba de que el CEO de Wolfe Media escribe críticas gastronómicas bajo un nombre falso mientras los accionistas creen que se dedica a la gestión operativa.

—No vayas hoy. —La voz de Dom es más baja ahora, más directa—. Da igual por qué. Si te pilla con una mujer desconocida en el Carlyle, ya tendrá su foto.

—Él no está allí. ¿Por qué iba a estarlo? —pregunto.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque tú te encargarás de ello.

Dom me mira. Un segundo, dos, luego asiente una vez. —Puedo intentarlo.

Nada de «por supuesto». Nada de «claro, jefe». Y tratándose de Dom, eso significa que hará todo lo que esté en su mano y que, aun así, quizá no baste, y quiere que yo lo sepa.

Lo sé.

A pesar de todo.

Dom se levanta, coge la carpeta y deja la memoria USB sobre la mesa. Se detiene en la puerta, se vuelve una vez más y me mira con esa expresión que dice que lleva diez años esperando el momento en que haga algo que él no pueda arreglar.

—Sabes lo que te aconsejaría —dice.

—Sí.

—Y vas a ir de todos modos.

—Sí.

Asiente, abre la puerta y se marcha. La puerta se cierra suavemente tras él y me quedo solo en el salón, con la memoria USB sobre la mesa, las gafas en el cajón y noventa minutos por delante hasta encontrarme con una mujer que hace dos días me preguntó quién soy, y a la que le dije la verdad a medias.

Dile la verdad. Ahora. Antes del bar, antes del vino, antes de todo lo que pudiera pasar esta noche. Llámala, dile que eres Adrian Wolfe y que Mercer es un seudónimo, y que llevas ocho semanas yendo a su local porque no puedes dejar de pensar en ella, y que la decisión de incluirla en la lista es una excusa en la que ya ni tú mismo crees. Y que llevas semanas queriendo acostarte con ella.

Vale, la última parte debería omitirla.

¿Pero el resto?

El pensamiento flota en el aire, claro, razonable y correcto. Exactamente lo que haría una persona decente, y exactamente lo que Dom lleva semanas diciéndome.

Y lo aparto. Como siempre. Hoy no. Hoy quiero que me mire y no vea el imperio Wolfe, ni al hijo del CEO que decepciona a su padre y tiene a su hermano como enemigo. Quiero que vea a Mercer, pero al verdadero Mercer, el que no lleva gafas, el que se sentaba en su local y por primera vez en años pronunció una frase que no había editado previamente en su cabeza.

Una noche en la que ella sepa que el hombre que tiene enfrente es un ser humano, no una lista.

Y la deseo. Esa es la parte que no puedo tratar de embellecer y que tampoco intento. Desde la noche del martes, desde la botella de Pinot y sus cicatrices de quemaduras y la forma en que me miró cuando dije que no soy quien pretendo ser, hay algo en mi pecho que se siente como hambre, solo que no está en el estómago. He pasado dos noches en vela pensando en el momento en que dijo: —Usted no es quien finge ser —, y yo, por primera vez en cuatro años, no tuve una respuesta preparada. Pienso en sus manos. En la línea blanca entre el pulgar y el índice. En el momento en que nuestras manos estuvieron casi juntas sobre la mesa y ninguno de los dos retiró la suya.

La deseo, y no tengo derecho a ello porque le miento, y eso no cambia el hecho de que la desee.

Me apoyo con ambas manos en el borde del lavabo, porque después de la charla con Dom he acabado aquí de nuevo, y clavo la mirada en el estuche del cajón. Las gafas se quedan aquí. La decisión está tomada. Y si todo sale mal, si en algún momento ve una foto de Wolfe y nota el parecido, quizá la ausencia de la raya del pelo y de las gafas le concedan un momento de duda, un segundo en el que piense que tal vez no fuera el mismo hombre después de todo.

Tal vez eso baste. Probablemente no.

Cojo mi americana de la silla, me la pongo y reviso los bolsillos. Llaves. Teléfono. Ningún cuaderno. Eso se queda aquí, junto con las gafas, junto con el resto de Mercer que ella no necesita.

El ascensor llega en cuatro segundos, porque siempre llega en cuatro segundos, y las puertas se abren, entro y me veo en el espejo.

Mi propio rostro. Sin gafas, sin la raya marcada, sin el papel. Durante cuatro años este rostro ha interpretado a Mercer, se ha escondido tras unas gafas de carey, se ha sentado en restaurantes y ha llenado cuadernos fingiendo que eso era una vida. Un refugio que me construí a los diecisiete años, cuando Garrett me mostró qué ocurre cuando un Wolfe se abre a alguien.

Esta noche no habrá refugio.

Las puertas del ascensor se cierran y mi reflejo baja conmigo. Treinta y seis pisos en los que pienso en cómo miró mis cicatrices de quemaduras, sin compasión, sin apartar la vista por cortesía, solo con la mirada tranquila de una mujer que conoce sus propias cicatrices. El rostro del espejo parece el

de un hombre que ha tomado una decisión de la que no sabe si es la correcta. Pero, al menos, se parece a sí mismo.

Abajo me espera el coche. Me subo, el conductor asiente, no dice nada. Mi teléfono vibra. Dom.

—Carlyle asegurado. Nada de ojos de Bryce esta noche.

—Gracias.

—Aun así, es una mala idea.

—Lo sé —respondo.

¡Porque la deseo! ¡A toda costa!

Capítulo 6 - Val

—Si hoy no te besan, dejo de ser tu amiga.

Las últimas palabras de Maggie me resuenan en la cabeza mientras empujo la pesada puerta del Carlyle Bar y me sumerjo de inmediato en una luz tenue y música de piano. Madera oscura, murmullos bajos, un camarero que pule copas como si no tuviese nada mejor que hacer en toda la noche. Me aparto el pelo sobre el hombro y echo un vistazo a mi alrededor.

Ni rastro de gafas de carey. Ni rastro de cuaderno. Ni rastro de un hombre con aspecto de guardarse críticas a escondidas en el bolsillo interior de la chaqueta.

Me siento a la barra. —Un Negroni, por favor.

El camarero asiente, se da la vuelta y yo me quedo mirando mi reflejo en el fondo de cristal entre las botellas. El vestido negro de Maggie. Los tacones negros que me probé en su baño hace una hora mientras ella estaba detrás de mí subiéndome la cremallera. El pelo suelto, porque ella ha dicho que, si me lo recogía, parecería una camarera en un funeral.

¿Qué estoy haciendo aquí?

La pregunta me atormenta desde hace dos horas, desde que estaba en el metro y mi cara parecía un cuerpo extraño entre todos esos viajeros cansados. Demasiado arreglada para el metro. Demasiado nerviosa para una mujer que, supuestamente, solo va a tomar una copa.

Maggie ha dicho tres veces que era una mala idea. Tres veces. Y luego me ha subido la cremallera y me ha preguntado si llevaba condones.

Llega el Negroni. Doy un sorbo y el Campari quema justo como debe.

Tal vez no venga. Tal vez un jueves a las veintiuna fuera una prueba y yo he sido la única lo bastante tonta como para aparecer. Tal vez en cinco minutos esté sentada sola en un bar del Upper East Side, con un vestido prestado, bebiendo un cóctel por el que en realidad debería estar comprando una junta nueva para el aire acondicionado.

O tal vez simplemente quiero que me echen un polvo.

Doy otro sorbo. El pensamiento me parece más honesto que todo lo que me he estado intentando convencer durante las últimas dos horas.

Entonces alguien se desliza en el taburete a mi lado.

Un traje a medida. Rubio oscuro, pero diferente a lo habitual, más relajado, engominado hacia atrás. Hombros anchos bajo la tela de color antracita. Y luego gira la cabeza y le veo los ojos.

Azul grisáceo gélido. Sin gafas.

Dos segundos. No necesito más. La forma de los ojos que estudié durante seis platos mientras él estaba en la mesa seis fingiendo que evaluaba mi

comida y no a mí. La voz cuando asiente al camarero y dice: —Whiskey Sour—. Esa expresión facial determinada, el leve arqueo de la ceja al asentir.

Mercer.

Se me da la vuelta el estómago. Mitad sorpresa, mitad algo que no voy a nombrar en voz alta, ni aquí ni ahora. Está impresionante. No guapo. No atractivo. Impresionante. Como alguien que ha estado bajo un disfraz todo este tiempo y ha decidido quitárselo esta noche.

—Mercer. —No es una pregunta. Es una afirmación.

Se gira hacia mí y ahí está, esa sonrisa ladeada que también tenía en Saltarello, pero sin las gafas delante parece más directa. Más peligrosa.

—Elias —dice él—. Solo Elias esta noche, por favor. Sin gafas y sin cuaderno.

Lo observo. Tres segundos en los que pienso en levantarme e irme, y en los que mi cuerpo no hace el menor amago de moverse ni un milímetro.

—Entonces yo soy solo Val —digo.

Le tiendo la mano. Como saludo. O como para sellar un pacto.

Su mano se cierra sobre la mía, cálida y firme, y siento su piel. Sus yemas están ásperas, y ahí están las cicatrices que vi en la no-cita. Estupideces de juventud.

Estoy perdida.

—Pareces otro —digo y retiro la mano, aunque cada fibra de mi ser protesta.

—Me siento a gusto así —responde él. Esta vez sin sonrisa—. Por primera vez en mucho tiempo.

Hablamos. Sobre bares en Manhattan, sobre el Carlyle, que al parecer conoce desde niño, sobre el dinero que se tiene y del que no se habla, y sobre el dinero que no se tiene y aun así se gasta. Es el mismo Mercer que en el restaurante. La misma voz, el mismo humor, la misma forma de tomar mis preguntas y darles una vuelta completa antes de responderlas. Pero aquí, sin la mesa de por medio, todo es más físico. Su rodilla roza la mía cuando se inclina. Su brazo está apoyado en la barra y huelo su aftershave, algo amaderado que no percibí la última vez.

Entre la segunda y la tercera copa, se inclina hacia mí y lo dice. En voz baja, como si fuera un secreto, aunque nadie aquí nos conoce.

—La recomendación ya ha salido. Hace dos horas. Estás en la lista de los mejores del año. Cinco estrellas.

Me quedo petrificada. Mi copa queda suspendida entre la barra y la boca, y por un momento solo escucho el piano y los latidos de mi propio corazón.

—Podrías haber vuelto al restaurante y haber pedido algo para decirme eso —digo.

—No estoy aquí para catar tu cocina, Val.

Su mirada es tan directa que tengo que tragar saliva.

—Bien —digo—. Entonces yo tampoco estoy aquí para convencerte de lo contrario.

Bebemos. Hablamos. En algún momento pido el siguiente Negroni y no me doy cuenta de lo que se está gestando hasta el segundo sorbo. Noto que su mano lleva minutos sobre la barra, a milímetros de la mía. Noto que su dedo meñique casi roza el mío. Noto cómo el aire entre nuestras manos se vuelve más cálido que el resto de la sala.

Y noto que soy yo la que mueve su mano.

Sobre la suya. Mis dedos sobre sus nudillos. No él. Yo.

Él mira nuestras manos. Luego a mí. No dice nada. Gira su mano para que nuestras palmas se toquen y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Quieres otra copa? —pregunta en voz baja—. ¿Arriba?

Sé lo que eso significa. Y cada pensamiento sensato que he tenido en mi vida se desprende de mí en este instante como un paño de cocina que se resbala del hombro.

—Sí.

Deja dinero en la barra sin esperar a la cuenta y le tomo la mano al levantarnos. Sus dedos son cálidos y firmes, y no lo suelto mientras cruzamos el vestíbulo, pasamos por delante del conserje, que ni siquiera levanta la vista, y vamos hacia el ascensor.

Las puertas se cierran y quiero decir algo sensato, lo que sea, pero él se gira hacia mí, me pone una mano en la mandíbula y me besa.

Con fuerza. Con hambre. Como si llevara semanas esperando este momento.

Mi espalda choca contra la pared del ascensor, le agarro de las solapas y lo atraigo hacia mí, su lengua encuentra la mía y su cuerpo me presiona contra el espejo frío; me mareo, pero no es por las copas.

Se separa. Me mira. Respiración agitada, los labios húmedos, los ojos más oscuros que antes.

—Solo esta noche —digo. Mi voz suena ronca y apenas la reconozco—. Solo una vez. Nada de entrevista para el listado. Nada de menciones en tu próxima crítica. Mañana Mercer volverá a ser Mercer y yo seré Cortez. ¿Entendido?

Él asiente.

Lo empujo contra la pared opuesta del ascensor. Mis manos en su pecho, su corazón latiendo bajo mis palmas.

—De acuerdo con todo menos con lo de una sola vez —dice.

Me río. Por primera vez en semanas.

La puerta se abre. Recorremos el pasillo a toda prisa. Él pasa la tarjeta, entramos tropezando en la suite y oigo cómo la puerta se cierra tras nosotros; entonces sus manos están en todas partes.

Me baja los tirantes del vestido y yo tiro de su corbata y de los botones de su camisa. Uno sale volando y tintinea en algún lugar del suelo de mármol. Su boca está en mi cuello y mis dedos se abren paso por el resto de los botones; entonces se queda frente a mí, con la camisa abierta, el pecho desnudo, y deslizo la tela por sus hombros dejando que mis manos bajen por su abdomen.

Él busca a mi espalda, encuentra la cremallera y la baja despacio. El vestido cae y me quedo frente a él en sujetador y bragas negros; su mirada me

recorre lentamente, como si tratara de memorizar cada centímetro.

—¡Maravillosa! —No dice nada más, pero la forma en que lo dice es suficiente.

Me pongo de rodillas. Sus manos se hunden en mi pelo y yo le abro el cinturón, bajo la cremallera y le deslizo los pantalones y los calzoncillos por las caderas. Su polla está dura, la tomo con la mano, la siento y luego me la meto en la boca.

Él gime. Un sonido profundo, ronco, que me recorre todo el cuerpo. Sus dedos se crispan en mi pelo, no me hace daño, pero aprieta lo suficiente para que sepa cuánto se está conteniendo. Succiono, hago círculos con la lengua, lo tomo más profundamente y sus caderas se agitan.

—Para —dice con voz ronca—. Para, o esto se acabará antes de empezar.

Me levanta, me besa y sus manos abren mi sujetador. Deja que caiga y su boca viaja desde mis labios por mi barbilla, mi cuello, mi clavícula, y luego sus labios se cierran alrededor de mi pezón y jadeo. Succiona, lame, muerde ligeramente y mis rodillas flaquean.

Me coge en vilo. Así de fácil. Mis piernas se enroscan en sus caderas y me lleva a la cama; me tumba y, antes de que pueda decir nada, está entre mis piernas, aparta mis bragas y se queda con la cara justo ahí.

Mi espalda se arquea sobre la cama. Su lengua es caliente y precisa, conoce el ritmo como si lo hubiera leído en alguna parte, y sus dedos se deslizan dentro de mí, dos, luego tres, mientras su lengua sigue trazando círculos. Me agarro al edredón y gimo su nombre.

—Elias… joder…

No para. Acelera y el pulso interno se intensifica, más caliente, más apretado, más rápido, y entonces me corro con fuerza, con un grito que no puedo controlar, y mis piernas tiemblan alrededor de su cabeza.

Él se incorpora. Se limpia la boca. Me mira como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Date la vuelta —dice.

Y me doy la vuelta.

Me quita las bragas por los pies por completo. Luego lo siento detrás de mí, la punta de su polla en mi entrada, y se desliza dentro. Despacio. Centímetro a centímetro. De forma que siento cada fibra.

Hundo la cara en la almohada y gimo. Es grande. Más grande de lo que esperaba, y la dilatación es casi excesiva y, al mismo tiempo, perfecta.

—¿Estás bien? —pregunta. Su voz suena tensa.

—Muévete —le digo.

Se mueve. Despacio al principio, luego más rápido, y sus manos me agarran las caderas; me folla con un ritmo que me hace olvidar toda la noche. Cada copa. Cada regla. Todo.

—Más fuerte —le pido, y él hace exactamente eso.

Y es simplemente maravilloso.

Se inclina sobre mí, con los labios en mi oreja. —Te sientes tan jodidamente bien, Val.

Me aprieto contra él y gime, y sus embestidas se vuelven más rápidas, más descontroladas, y siento cómo se avecina el siguiente orgasmo, más caliente que el primero, más profundo; él me rodea con el brazo y encuentra justo el punto exacto, y me corro por segunda vez, y esta vez me lo llevo conmigo.

Después nos quedamos tumbados en la cama revuelta. Su traje está por el suelo, un zapato debajo de la ventana y el otro por la zona del televisor. El vestido de Maggie es un montón negro junto a la puerta.

En algún momento me pone boca arriba y empieza de nuevo. Esta vez nos miramos a los ojos mientras lo hacemos.

Y así seguimos. Una y otra vez.

Perdemos la noción del tiempo. En algún momento se hace tarde, muy tarde, y mi cuerpo se siente como si alguien hubiera sustituido todos mis huesos por cera caliente. Estoy en sus brazos, con la cabeza en su pecho, y su ritmo cardíaco se ralentiza bajo mi oído.

Dice algo. En voz baja, casi un murmullo. Una pregunta que no capto del todo, porque se me cierran los ojos y su voz suena demasiado lejana para que las palabras tengan sentido.

Respondo cualquier cosa. Fragmentos. Mitad sonrisa, mitad murmullo contra su clavícula.

Mañana ya no recordaré qué me ha preguntado. Pero ahora, en este momento, con su brazo sobre mi hombro, el olor de su piel y el silencio de la suite, me da igual.

Me quedo dormida. Físicamente agotada, en sus brazos, en una habitación de hotel en el Upper East Side.

Capítulo 7 - Val

—¡Eso ha estado bien!

Ese es mi primer pensamiento al abrir los ojos y quedarme mirando el techo blanco de la Carlyle Suite. Bien. He tenido sexo. Buen sexo. El mejor sexo que he tenido nunca, si soy sincera, y soy sincera porque es viernes por la mañana y no hay nadie aquí que pueda juzgarme por ello.

El lado de la cama junto a mí está vacío. El hundimiento en la almohada sigue ahí, su olor sigue en las sábanas, algo amaderado que olí anoche en su cuello cuando mi boca estaba allí. Pero no hay ningún traje sobre el sillón. Ni zapatos bajo la ventana. En la mesita de noche hay un vaso de agua y, al lado, una nota doblada.

Me incorporo. Sin dolor de cabeza. Sin resaca. Tres Negroni y un Whiskey Sour que probé de su vaso, y me siento mejor que después de la mayoría de los días en los que solo bebo agua y me voy pronto a la cama. Mi cuerpo tiene esa agradable sensación de cansancio, de una manera que me recuerda que fue real. Que sus manos estuvieron en mis caderas y su boca en mi oreja, y que su voz dijo: «Te sientes tan malditamente bien, Val».

Dejo la nota donde está. Todavía no. Primero quiero levantarme, vestirme y tomar una decisión que no esté influenciada por su caligrafía.

Me levanto, recojo el vestido de Maggie del suelo, junto a la puerta, lo sostengo en alto y lo sacudo una vez. No falta ningún botón, no hay ningún desgarrón, a pesar de que recuerdo cómo me bajó la cremallera, despacio, como si hubiera querido memorizar cada centímetro. Me meto en él y me subo la cremallera yo misma. También se puede hacer sola. Incluso es mejor hacerlo sola, porque no tengo a nadie respirándome en el hombro y murmurándome cosas al cuello que me den ganas de volver a quitarme el vestido de inmediato.

En el baño enciendo la luz y me miro en el espejo. Pelo suelto, revuelto, pero de la forma buena. La máscara de pestañas un poco corrida bajo el ojo derecho, lo mínimo. Labios hinchados. Una piel que parece que alguien la ha estado tocando toda la noche, porque alguien la ha estado tocando toda la noche. En mi cuello, justo debajo de la mandíbula, hay un moratón que dejó su boca cuando me empujó contra la pared del ascensor.

Tengo pinta de haber pasado una noche de sexo increíble.

Y me veo bien así.

Le sonrío a mi reflejo, y mi reflejo me devuelve la sonrisa, y por un segundo soy simplemente una mujer que ha tenido una buena noche. Ni una cocinera cuyo restaurante aparece en una lista. Ni una mujer que se acuesta con su crítico. Solo Val.

Me lavo la cara, me la seco con una toalla que huele a hotel y cuesta trescientos dólares la noche, y me retiro el pelo hacia atrás con los dedos. Sin pintalabios. Sin remordimientos. He tenido sexo y ahora me voy a casa. Listo. Sin dramas.

Vuelvo a la habitación y cojo la nota de la mesita de noche. La desdoblo. Una caligrafía pequeña y limpia que reconozco de la nota de Mercer, de la nota arrugada que me enseñó Theo.

—Val. ¿Desayuno a las 11 en la suite? Estaré de vuelta a las diez y media. —E.

La hago una bola. Luego vuelvo a alisarla porque la leo otra vez, y entonces la arrugo definitivamente y la dejo sobre la mesita de noche, junto al vaso de agua que me ha dejado, porque al parecer es el tipo de hombre que te deja agua por la mañana.

¿Un desayuno juntos? ¿Qué significa eso?

No estoy segura de si es algo bueno.

Pospongo la decisión y decido tomar antes un poco de aire fresco y dar una vuelta. Quizá entonces sepa si debería desayunar con él —o no.

Cojo los zapatos con una mano, el bolso con la otra y voy hacia la puerta. El pasillo está vacío. El ascensor llega de inmediato, como si el Carlyle hubiera decidido concederme una salida rápida. Mi reflejo en la pared del ascensor me mira. La misma pared contra la que me empujó hace unas horas. Su boca sobre la mía, su cuerpo contra el mío, y yo le devolví el empuje porque quería. Ahora estoy aquí sola, con un vestido prestado, y el ascensor huele a metal y a nada.

El vestíbulo está tranquilo. Viernes por la mañana, poco después de las nueve y media, y la mayoría de los huéspedes probablemente estén desayunando o sigan durmiendo. El conserje me saluda con la cabeza sin levantar la vista, y camino hacia la entrada porque necesito aire fresco y diez minutos para decidir si vuelvo o cojo un taxi a Brooklyn.

Entonces veo el revistero.

Está a la derecha de la entrada, de latón, discreto, tres filas de revistas en sus compartimentos. Y en la fila superior, recién colocada, con la portada hacia delante, está Forbes.

Me detengo en seco.

No por Forbes. Sino por la cara de la portada.

ADRIAN WOLFE. CEO de WOLFE MEDIA.

Las letras son blancas sobre un fondo oscuro, y la foto de debajo es nítida y profesional, y el hombre de la foto lleva un traje de color antracita y no tiene sonrisa ni lleva gafas de carey, y su pelo está peinado hacia atrás, desenfadado, exactamente igual que anoche cuando se sentó en el taburete de la barra a mi lado y pidió un «Whiskey Sour».

Ojos azul hielo grisáceo. Mandíbula marcada. La pequeña cicatriz en la mano derecha, que apenas es visible en la foto, pero que yo conozco porque anoche sostuve sus dedos entre los míos.

Mi mano busca la revista. No porque quiera leerla. Sino porque mi cuerpo lo comprende antes que mi cabeza.

Hojeo. El titular interior: Wolfe Media — el imperio silencioso al que pertenece la escena gastronómica de Manhattan. Página tres, el párrafo que leo dos veces porque las palabras no tienen sentido la primera vez y tienen demasiado sentido la segunda:

Wolfe Media edita, entre otras, «The Manhattan Plate», la revista gastronómica más influyente de Nueva York.

«The Manhattan Plate».

Mercer escribe para Plate. Eso lo sé. Me lo dijo él, en Saltarello, comiendo jabalí y bebiendo vino, mientras se limpiaba las gafas y fingía ser un crítico, no el dueño del negocio para el que supuestamente trabaja. Y me lo creí, porque por qué iba a mentirme un hombre que se pide seis platos y toma notas en las servilletas.

Plate pertenece a Wolfe Media.

Wolfe Media pertenece a Adrian Wolfe.

Adrian Wolfe es el hombre de esta portada.

Adrian Wolfe es el hombre que anoche estaba sentado a mi lado en la barra y dijo: «Esta noche solo Elias, por favor».

Adrian Wolfe es Elias Mercer.

Una sola persona. Un seudónimo. Ocho semanas. Seis platos. Una noche. Un imperio. El hombre al que pertenece la revista que decide sobre mi restaurante se ha hecho pasar por su propio crítico y se ha acostado conmigo.

«Elias Mercer» no existe.

Se me revuelve el estómago. No es un movimiento lento ni una sensación de náuseas, sino una sacudida, como si alguien me hubiera quitado el suelo bajo los pies. Me tiemblan las manos. La revista Forbes se me resbala de los dedos y la vuelvo a meter en el compartimento porque ya no puedo tocarla. Se me enfría la piel, desde las manos hacia arriba, como si mi cuerpo decidiera que la sangre hace falta en otra parte ahora mismo.

Llego hasta el aseo del vestíbulo. La puerta se cierra, mis rodillas golpean el suelo de mármol y me inclino sobre la taza, y mi cuerpo decide por mí. Tres

Negroni y los restos de una noche que hace dos minutos todavía era la mejor de mi vida y ahora es la peor.

Tiro de la cadena. Me levanto. Me lavo las manos, y el agua está fría, y la dejo correr hasta que se me entumecen los dedos. Luego me miro al espejo, y la mujer que me devuelve la mirada no es la mujer de hace diez minutos. La de hace diez minutos tenía aspecto de haber pasado una noche increíble de sexo y estaba orgullosa de ello. Esta parece alguien a quien le han quitado algo que no sabía que tenía.

Salgo. Cruzo el vestíbulo, descalza, con los tacones en la mano izquierda, y me arden los ojos, pero no lloro. No aquí. No en este hotel en el que tiene una suite porque es Adrian Wolfe y puede permitirse suites en las que se lleva a la cama a mujeres a las que ha dado un nombre falso durante ocho semanas. El conserje me mira esta vez. Yo le devuelvo la mirada. Él aparta los ojos.

Que te. Den. Adrian. Wolfe.

La puerta giratoria me escupe a la acera. Aire. Humos. Bocinazos. El Upper East Side un viernes por la mañana, y yo estoy descalza en la acera con un vestido prestado y con los zapatos en la mano como una mujer que se ha escapado de una mala película.

Levanto la mano y un taxi se detiene.

—Driggs Avenue. Williamsburg.

El conductor asiente y arranca, y yo apoyo la cabeza contra el cristal y cierro los ojos. El puente vibra bajo los neumáticos. Manhattan desaparece detrás de mí y Brooklyn se acerca, y en medio queda el East River, gris e indiferente. No pienso en nada, porque pensar no es seguro ahora mismo. Pensar significaría recordar cómo me miró cuando me bajó la cremallera. Cómo preguntó «¿Todo bien?». Cómo dije «Muévete». Cómo agarré sus

hombros, arqueé la espalda y gemí su nombre; y el nombre que gemí ni siquiera era el suyo.

Mi teléfono vibra.

Un mensaje. Remitente: E. Mercer. Asunto: «¿Desayuno?».

Del hombre que hace seis horas gimió mi nombre. Que me dejó un vaso de agua por la mañana como alguien que se preocupa. Que en realidad es Adrian Wolfe y que ha fingido durante ocho semanas ser un crítico llamado Mercer.

Lo borro.

Luego abro los ajustes. La dirección de Mercer: bloqueada. El número que me dio cuando supuestamente debía tenerlo «para emergencias»: bloqueado. Si hay otro, uno que pertenezca a Adrian Wolfe en lugar de al hombre que no existe, entonces no lo conozco.

Mercer fuera. Adrian fuera. Ambos una misma persona. Una mentira. Borrados en un solo movimiento.

El taxi para frente a mi casa. Pago, me bajo y subo los tres escalones hasta la puerta de entrada sin mirar a izquierda ni a derecha. Un hombre pasa con su perro y no me mira, y eso está bien, porque no tengo el aspecto de alguien a quien debas mirar. Abro, subo al segundo piso, cierro la puerta del apartamento tras de mí y echo la llave por dentro.

Dejo el vestido de Maggie en el suelo del pasillo. Los tacones a un lado de una patada, el bolso apoyado en la pared. El apartamento huele a mí, al café de ayer por la mañana, a nada en especial, y es la mejor sensación de las últimas dos horas.

Abro el agua, tan caliente como puedo soportarla. Me meto bajo el chorro, apoyo la frente contra los azulejos y me quedo ahí. Diez minutos, quizá más. Mi cuerpo no sabe qué sentir, así que simplemente siente el agua. Luego cierro el grifo rojo. Solo queda el frío. Me golpea como un impacto y es exactamente lo que necesito. El frío te obliga a estar en tu propio cuerpo. El frío no permite ensueños. Me quedo debajo hasta que mis labios están entumecidos y mi respiración se entrecorta.

Salgo, me envuelvo en una toalla y voy a la cocina.

Mi cocina no es grande. Una estrecha franja de encimera, un fogón de gas con tres fuegos que funcionan, una nevera que zumba demasiado fuerte. Pero es mía. Aquí sé dónde está cada cuchillo y qué cajón se atasca.

Abro el cajón que se atasca y saco la tabla de cortar. En el cajón de la nevera hay tres cebollas, grandes, blancas. Cojo las tres.

El cuchillo está donde siempre. Mi Santoku, que tengo desde hace seis años y que está más afilado que cualquier otra cosa que posea.

Corto. De forma uniforme, fina; la hoja golpea la tabla con un ritmo que mi cuerpo conoce desde que tenía quince años y partí por primera vez una cebolla en la Cocina de mis padres en Queens. Mi madre decía que quien puede cortar cebollas sin llorar, puede con todo. Corte. Corte. Corte. Los aros se deshacen y mis manos están tranquilas, aunque el resto de mí no lo esté.

Al segundo corte de la tercera cebolla, llegan las lágrimas. Primero una. Luego más. Me corren por la cara y gotean sobre la tabla, y sigo cortando porque parar no es una opción. Parar significaría ponerme a pensar en lo que acaba de pasar. En pensar quién es él. En repetir su verdadero nombre en mi cabeza y comprender que me he pasado toda la noche llamándolo por el falso.

No lloro porque lo quiera. Eso sería más fácil. Eso sería un dolor limpio con un nombre limpio.

Lloro porque me ha follado una mentira.

Capítulo 8 - Adrian

Mierda, ya es el tercer borrador y la frase que necesito no existe.

Estoy sentado en mi escritorio en el Penthouse, con Tribeca a mis pies, es viernes por la mañana y frente a mí tengo dos papeles arrugados y un tercero en el que, de momento, pone: «Val, mi nombre real es Adrian Wolfe. Soy el propietario de Wolfe Media y, por tanto, el dueño de la Manhattan Plate. Mercer es un seudónimo que utilizo desde hace cuatro años porque...».

¿Porque qué?

Porque mi padre me mostró a los diecisiete años lo que sucede cuando un Wolfe se permite ser vulnerable. Porque necesitaba un refugio que no tuviera nada que ver con juntas directivas ni cotizaciones de acciones. Porque estaba sentado en tu restaurante y, por primera vez en años, escribí una frase que no era mentira, y porque no podía decírtelo mientras pensaras que yo era un crítico que decidía el destino de tu local.

Tacho la última parte de la frase. Demasiado larga. Demasiada explicación, poca verdad. La verdad es corta y fea: te mentí porque tenía miedo. Durante

ocho semanas. Seis platos. Una no-cita después de medianoche. Una noche en el Carlyle en la que gemiste un nombre que no es el mío.

Suelto el bolígrafo y me quedo mirando los restos de los dos primeros borradores. El primero era demasiado largo, cuatro párrafos, parecía una nota de prensa. El segundo era demasiado corto, dos frases, parecía una confesión ante un tribunal. Y el tercero está aquí y no es nada de eso, sino un hombre que lleva una hora intentando reparar con un bolígrafo algo que ha destrozado con cuatro años de mentiras.

La adrenalina de esta mañana todavía me recorre el cuerpo. Despertar a su lado, su aliento en mi hombro, su pelo esparcido por media almohada, y esa sensación en el pecho que se sentía, a la vez, como la mejor y la peor mañana de mi vida. Me he levantado a las siete. Sin hacer ruido, porque ella aún dormía y porque no quería ver sus ojos antes de tener las palabras adecuadas.

He hecho llamadas de negocios, cosas que no podían esperar, pero si soy sincero: he estado ganando tiempo. He dejado la nota en la mesilla de noche —«¿Desayuno a las 11 en la suite? Vuelvo a las diez y media»—, he puesto un vaso de agua al lado porque no se me ha ocurrido nada mejor, y me he ido.

El plan: brunch en la suite. A las once. Me sentaré frente a ella, diré su nombre y luego el mío. Adrian Wolfe. Los cuatro años. El seudónimo. Por qué precisamente ahora, por qué no hace ocho semanas. Y después, que ella decida. Si se va o se queda, si me da una bofetada o me echa el vaso de agua por la cabeza, está en su derecho. Pero quiero que se entere por mí. No por un periódico. No por una pantalla en el vestíbulo de un hotel. Por mí, frente a ella, mi cara, mi boca, mi nombre real.

Cojo el tercer papel, leo la frase una vez más, lo rompo y dejo caer los trozos sobre la mesa. No existe la frase adecuada. Solo existe la verdad, y tengo que decirla de viva voz, no escribirla.

Mi teléfono está al lado de la taza de café. Las nueve y cuarenta y siete. Suena.

Dom.

Respondo y él ya está hablando antes de que pueda decir su nombre.

—Forbes ya ha publicado la web. La entrevista de portada. Hoy. Y también los artículos. Estás en la portada.

Tres segundos de silencio. Luego: —¿Qué?

—La edición impresa estaba prevista para más adelante, la prepublicación iba a salir online la semana que viene. Lo han adelantado. Sin aviso, sin autorización. Desde las ocho y media.

Me levanto. La silla rueda contra el gran ventanal y el impacto suena como el punto final de una frase que nunca quise escribir.

—Esa portada está en todos los vestíbulos de hotel de la ciudad —mi voz suena tranquila, pero mi mano aprieta el teléfono con tanta fuerza que se me han quedado los nudillos blancos—. También en el Carlyle.

—También en el Carlyle.

La portada. Mi rostro. Sin Mercer, sin gafas, sin la raya del pelo engominada. Adrian Wolfe, CEO, con el traje que llevaba en la sesión de fotos que había olvidado hace semanas. Ahora está en expositores de latón junto a las entradas, en salas de espera, en salones y en el vestíbulo de un hotel donde duerme una mujer a la que anoche le dije que me llamaba Elias.

Cuelgo. Marco su número. Suena una vez, luego salta el contestador automático. Rechazado. Escribo un correo, tres líneas, lo mínimo que

tendría que decirle, y lo envío. La respuesta llega al instante, sobria, mecánica: entrega fallida. Dirección bloqueada.

Lo ha visto.

Cuarenta y tres minutos. Eso es lo que ha tardado. Despertarse, leer la nota, vestirse, bajar al vestíbulo, ver la portada de Forbes, reconocer mi cara, bloquearme, marcharse. En el tiempo en que yo he estado sentado aquí rompiendo el tercer borrador de una confesión, ella ya ha dado la respuesta.

Cojo las llaves del coche del gancho junto a la puerta y doce minutos después estoy ante el Carlyle. Doce minutos en los que cada semáforo en rojo es una afrenta personal y mis manos se aferran al volante como si pudiera dar marcha atrás al tiempo si apretara con suficiente fuerza. Hablo conmigo mismo, en voz alta, durante todo el camino. Frases que quiero decirle, frases que debería haberle dicho, y entre medias, insultos que no van dirigidos a nadie más que a mí mismo.

La recepcionista me mira cuando entro por la puerta giratoria. Sin sonrisa, sin «bienvenido de nuevo».

—La mujer de la suite —digo—. Vestido negro.

—Sí. Descalza. Con los zapatos en la mano. Se ha ido sobre las nueve y media —mira su pantalla—. ¿Desea usted...?

Ya estoy fuera.

Descalza. Con los zapatos en la mano. Como alguien que quería salir tan rápido que ni siquiera se tomó el tiempo de ponérselos. Y yo soy el motivo.

En el coche marco el número del Saltarello. Tres tonos y alguien responde. Theo. Reconozco la voz, el ligero acento.

—Theo, soy...

—Sé quién es usted —cortante. Seco. Sin preguntas, sin vacilaciones—. Ella no va a ponerse.

La línea se corta antes de que pueda responder.

Me quedo sentado en mi coche frente al Carlyle y golpeo el volante con los puños. Una, dos, tres veces, hasta que el dolor en los nudillos se vuelve más agudo que lo que tengo en el pecho, que no tiene un nombre definido. Una entrega de la verdad fallida. El universo me ha quitado la opción de elegir. Forbes me la ha quitado. Y yo mismo me la quité hace ocho semanas, cuando me senté por primera vez en su restaurante y decidí que con Mercer bastaba.

Tengo el pulgar sobre la rellamada. Saltarello. Podría ir allí. Veinte minutos cruzando el puente y plantarme ante su puerta para decirle todo lo que ponía en los tres papeles que he roto. Pero la voz de Theo aún resuena en mis oídos. No estaba furioso. No estaba a la defensiva. Estaba serio, como alguien que cierra una puerta y espera que lo aceptes. Si aparezco allí ahora, seré el hombre que no entiende cuándo no es bienvenido. Val me demostró anoche que pone límites —«Nada de entrevistas para el listado. Mañana Mercer volverá a ser Mercer»— y espera que se respeten.

Dejo el teléfono en el asiento del copiloto y conduzco de vuelta a casa.

Por la tarde viene Dom. Sin llamar, porque tiene llave y porque Dom nunca llama cuando sabe que las noticias son malas. Me encuentra junto a la ventana, con las mangas de la camisa remangadas y un vaso de agua en la mano que no he probado en una hora.

Se sienta en el sofá. Con el abrigo puesto. Malas noticias.

—Primero dejas que respire —dice—. Luego dejas que hable. No al revés.

—Se lo habría dicho hoy. Esta mañana, Dom.

Silencio. Él entrelaza las manos.

—Lo sé —dice—. Pero ella no lo sabe.

La frase duele porque es cierta. Val no sabe que hay tres papeles arrugados sobre mi escritorio. Val no sabe que llevo desde las siete buscando las palabras adecuadas mientras ella encontraba mi cara en la portada de una revista. Val solo sabe lo que le ha mostrado el expositor de latón del vestíbulo: una foto, un nombre, un imperio. Y que el hombre con el que se acostó no era ninguna de las dos personas que pretendía ser.

Dom se levanta, va a la cocina, vuelve con un segundo vaso de agua y lo pone junto al primero. No dice nada más. Dom nunca añade nada más cuando la primera frase ha sido suficiente.

Suena el timbre.

Dom me mira. Yo le miro a él. Él va a abrir.

Bryce. Traje azul oscuro, maletín bajo el brazo, esa amplia sonrisa que luce desde que lo conozco. Entra sin esperar invitación, reconoce a Dom con un gesto como si fuera el portero y pasa al salón. Se detiene. Mira a su alrededor como si estuviera inspeccionando el piso para comprarlo.

—Los resultados trimestrales —dice, y deja el maletín sobre la mesa de centro—. He pensado en traértelos personalmente.

—Tienes secretaria.

Él ignora el comentario. Me observa, desde las mangas remangadas hasta el vaso que tengo en la mano, y su sonrisa se ensancha un poco más.

Despacio, como un cuchillo al que alguien da la vuelta.

—Hermano, tienes el aspecto de alguien que tiene algo que perder.

—Entonces mira para otro lado.

No vuelve a coger el maletín. Se gira hacia la puerta y se detiene. Con la mano ya en el pomo, como si se acabara de acordar de algo. Con tal naturalidad que es imposible que sea casual.

—Por cierto, padre ya ha reenviado la portada de Forbes dos veces esta mañana. Con comentario incluido.

Se me tensa la mandíbula. —¿Qué comentario?

—Buena pose. Para alguien que está a punto de provocar un escándalo de Plate.

Se marcha. La puerta se cierra, suave y controlada. Me quedo ahí de pie y algo en mi espalda se pone rígido; no es solo tensión muscular.

¿Escándalo de Plate? Bryce sabe algo. No todo, de lo contrario no habría sido una insinuación, sino una exigencia. Pero lo suficiente como para soltar el cebo y observar si muerdo el anzuelo.

Dom está en el umbral de la cocina con los brazos cruzados. Su silencio lo dice todo. Escándalo de Plate. Tres intentos de inicio de sesión. Y un hermano que trae personalmente los resultados trimestrales, aunque tenga secretaria, porque lo que le importa no son las cifras, sino leerme la cara.

Por la noche.

El Penthouse está en silencio. Dom se ha ido, el maletín con los resultados trimestrales sigue sin abrir sobre la mesa de centro, y yo estoy sentado al escritorio abriendo la cuenta de correo de Mercer. Por costumbre, o por el resto de algo que ayer por la mañana todavía era una vida y ahora es una ruina.

La dirección de Val: bloqueada. Ahí está la confirmación, fría, tres líneas de texto del sistema. Una puerta cerrada de un portazo, con la llave echada por dentro. Me quedo mirando esas tres líneas como si a través de ellas pudiera ver algo que no está. Una respuesta. Una señal. Lo que sea.

Sigo bajando. El registro del servidor, automático, porque hace años configuré la cuenta para que quedara constancia de cada intento de acceso. Paranoia, lo llamó Dom. Previsión, respondí yo. Y ahora está ahí, y no es ninguna de las dos cosas, sino una alarma.

Tres intentos de inicio de sesión. IP desconocida. Todos en las últimas doce horas. A las diez de la mañana. A las dos de la tarde. A las nueve de la noche. Todos fallidos, todos desde la misma ubicación. El identificador de posición dice: Wolfe Tower.

Se me encoge el estómago. No ha sido Val. Val bloquea números, borra direcciones, se va descalza a Brooklyn y cierra su puerta. Val reacciona con silencio, no intentando adivinar contraseñas. E incluso si lo hiciera, no tendría ni idea de que esta cuenta existe, y mucho menos desde qué servidor se accede a ella.

Alguien en la Wolfe Tower está intentando abrir el correo de Mercer. Alguien que sabe que la cuenta existe y tiene la suficiente paciencia para intentarlo tres veces el mismo día. Mañana, mediodía y noche; de forma sistemática, como si estuviera forzando un cajón cerrado y esperara a que la cerradura cediera. Y la única persona en la Wolfe Tower que tendría un motivo para entrar en el correo de Mercer es la persona que hace un rato estaba en mi salón usando los resultados trimestrales como pretexto.

Marco el número de Dom. Responde al segundo tono.

—Lo estoy viendo —dice. Sin saludos. Sin preámbulos—. Esa no es Val.

—Sé quién es.

Silencio al otro lado. Tres segundos. Cuatro.

—Bryce.

Capítulo 9 - Val

Estoy en el Saltarello a las seis de la mañana del día siguiente. Y me odio por ello.

Me odio porque no he podido quedarme en casa. Ni siquiera después de la ducha y de las cebollas de ayer, tras una noche en la que he estado tumbada boca arriba mirando al techo y viendo su cara cada vez que cerraba los ojos. La de verdad. La de la portada de Forbes. No la de las gafas de carey, la que durante ocho semanas tomé por auténtica como una idiota que cree que un hombre que le pide seis platos y toma notas en las servilletas es exactamente quien dice ser.

La puerta trasera del Saltarello chirría cuando la empujo. Dentro, la luz brilla sobre la línea de acero inoxidable y Theo ya está en la barra, con un trapo de cocina sobre el hombro y una taza de café en la mano que deja a un lado en cuanto me ve.

No dice nada. Me mira tres segundos, cuatro, y no dice nada.

Nunca hace eso. Theo lo comenta todo. Lo que cocino, lo que me pongo, cómo respiro, si las chalotas están demasiado gruesas o demasiado finas, si

el aire acondicionado vuelve a traquetear o si el proveedor ha traído la harina que no era. Que ahora no diga nada es más ruidoso que cualquier cosa que pudiera decir.

Ayer no estuve aquí. Todo el viernes. Le escribí que no podía venir y le pedí que no estuviera localizable para Mercer si llamaba. Eso fue todo. Sin motivos, sin explicaciones, solo: no estoy, no disponible, aguanta el fuerte. Theo respondió: —Vale, jefa—. Ni una palabra más de las necesarias. En su caso, eso es casi una carta de amor.

Voy a la nevera, saco las chalotas y las pongo sobre la tabla. Mi cuchillo está donde siempre, tercer estante a la izquierda, filo hacia dentro, y mi mano lo agarra antes de que mi cabeza decida si es una buena idea. La hoja golpea la tabla con el ritmo que mi cuerpo conoce desde hace quince años, desde que partí por primera vez una chalota por la mitad en la Cocina de mis padres en Queens. Corte. Corte. Los aros se separan, limpios, regulares, y mis manos hacen el trabajo del que mi cabeza es incapaz.

Termino la primera chalota. La segunda. La tercera. En algún momento hay más de las que necesitamos para el servicio del sábado, y no me detengo. Tengo los dedos entumecidos de tanto apretar y la tabla está llena, y los aros se amontonan por encima del borde, y sigo cortando porque parar significaría pensar, y pensar ahora mismo no es una opción. Pensar significaría recordar cómo se veía sin gafas cuando se sentó a mi lado en la barra. Cómo sus ojos eran distintos, más abiertos, y cómo pensé: «ahí está, ahí está el ser humano real bajo el crítico». Me equivoqué. Bajo el crítico no había un ser humano real. Bajo el crítico había un CEO con un imperio y un seudónimo y el plan firme de joderme mientras me susurraba un nombre falso.

La mano de Theo se posa sobre la mía. Ni con fuerza, ni con suavidad, simplemente está ahí. Me quita el cuchillo y lo deja sobre la superficie de trabajo, fuera de mi alcance.

Silencio. El aire acondicionado traquetea sobre nosotros.

—¿Qué pasa? —Su voz es tranquila. Sin compasión, sin presión.

—Mercer.

—¿Qué pasa con Mercer?

Lo miro. Me escuecen los ojos, pero están secos. No he vuelto a llorar desde ayer por la mañana en el Carlyle. Las cebollas de mi cocina se llevaron las últimas lágrimas y, desde entonces, no queda nada. Solo este escozor seco, como si alguien hubiera echado sal sobre una herida abierta y esperase a que dejara de doler. No deja de doler.

—Es Adrian Wolfe.

Theo no se mueve. Ni un gesto, ni un parpadeo. Se queda ahí, con la mano aún sobre la encimera al lado del cuchillo, y el silencio se prolonga hasta que oigo el tictac del reloj sobre la puerta y el leve zumbido de la nevera y mi propia respiración, que es más superficial de lo que debería.

—Mierda.

—Peor.

Se lo cuento en tres frases. Carlyle. Una portada en el vestíbulo, su cara verdadera junto al nombre de un hombre que es el dueño de Manhattan Plate. Y la noche anterior, que ahora parece una escena de una película en la que la protagonista no sabe que el guionista es otro distinto al que afirma ser. Tres frases que resumen ocho semanas y una noche, y cada una de ellas quema como si me las estuviera grabando con el cuchillo en la palma de la mano, que ya tiene cicatrices.

Theo se cruza de brazos. Respira hondo una vez, despacio, de forma controlada, como antes de un servicio de sábado noche cuando la lista de reservas está completa y el aire acondicionado pasa a mejor vida.

—Vete a casa.

—No puedo. Tengo que cocinar.

—Jefa. —Lo dice en voz baja, sin levantar el tono, y precisamente eso lo hace peor, porque el Theo silencioso es el Theo honesto y el Theo gritón es solo el que le chilla al proveedor—. No puedes cocinar si no puedes respirar. O ve a ver a Maggie. Yo me encargo.

Intento replicar. Quiero decir que no voy a abandonar mi restaurante por un hombre que me ha mentido. Pero mis manos están apoyadas en la superficie de acero inoxidable y tiemblan, levemente, de forma casi imperceptible, y Theo lo ve, porque Theo lo ve todo, y no dice nada al respecto porque sabe que yo misma lo estoy viendo.

Me quito el delantal. Lo cuelgo en el gancho junto a la puerta. Theo me pone una taza de café sobre el mostrador sin preguntar si quiero una. Me lee la cara y decide. Siempre lo hace.

—Gracias.

Él asiente. Un gesto con el que lleva dos años diciéndome «aguanta» sin pronunciarlo.

Me voy. La puerta se cierra tras de mí y el olor a chalotas, a acero inoxidable y a mi propio fracaso se queda dentro.

Williamsburg un sábado por la mañana a las seis y media. Las calles están casi vacías, salvo por un repartidor que deja cajas frente a una cafetería y una mujer que pasea a su perro mientras mira fijamente el móvil. Llamo a Maggie mientras camino hacia el metro. Responde al segundo tono y su voz suena como si ya estuviera despierta, aunque es sábado y Maggie los sábados duerme hasta las diez.

—Voy para allá.

Silencio al otro lado. Dos segundos. Luego: —La llave está debajo del felpudo.

Eso es todo. Maggie no pregunta por qué. Maggie nunca pregunta por qué cuando mi voz suena así. Cuelga, guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta y me subo a la L-Bahn.

El trayecto no dura mucho. Apoyo la cabeza contra el cristal y veo pasar las estaciones sin leer sus nombres. El vagón está casi vacío: un hombre con auriculares al otro extremo, una mujer revolviendo en una bolsa de papel buscando algo. Nadie me mira. Nadie tiene por qué. Mi reflejo en el cristal parece el de alguien que no ha dormido, lo cual es cierto, y el de alguien que no ha comido, lo cual también es cierto, y el de alguien que ayer por la mañana todavía tuvo la mejor noche de su vida y ahora no sabe qué parte de aquello fue real.

Hago transbordo, camino tres manzanas por el West Village, pasando por delante de gente que compra cruasanes y bebe café y disfruta de su sábado como si el mundo no se hubiera hecho pedazos anteayer por la mañana en el vestíbulo de un hotel.

El piso de Maggie, tercera planta. La llave está debajo del felpudo. Abro, entro y el apartamento huele al café de Maggie y a su carlino, Bagel, que ronca en algún lugar del salón, un sonido suave y húmedo que solo un carlino con la nariz chata puede producir.

Maggie está en la cocina, descalza, con el pelo recogido, y se da la vuelta hacia mí cuando la puerta se cierra. Me ve la cara. Su mano, que hace un momento sostenía una taza de café, la posa lentamente. Ni un comentario. Ni una broma. Maggie sin bromas es Maggie en modo emergencia. Señala el suelo de la cocina.

Me dejo caer allí mismo, con la espalda contra el armario bajo el fregadero y las piernas encogidas. El suelo está frío a través de mis vaqueros, y eso es bueno. El frío te mantiene en el cuerpo. El frío no permite que te evadas.

Maggie sirve café y deja la taza a mi lado, en el suelo. Se sienta frente a mí, con la espalda contra la nevera y encoge las rodillas. Bagel viene trotando, con las uñas repiqueteando sobre las baldosas, y se tumba a mi lado apoyando su hocico cálido y húmedo contra mi pie. Su aliento atraviesa mi calcetín de forma rítmica, y es lo único que se siente real en este momento.

Empiezo a hablar.

No de forma cronológica. No de forma estructurada. Las palabras salen como quieren: Carlyle, su boca en mi cuello, la barra, el Negroni, su sonrisa sin gafas, el ascensor, sus manos en mis caderas, su polla en mi boca, todo el sexo, la nota doblada por la mañana, el desayuno a las once, el vaso de agua que me dejó como alguien que se preocupa, y luego el atril de latón en el vestíbulo, la portada de Forbes, su nombre en letras blancas y mi estómago sobre el suelo de mármol del aseo del vestíbulo, y el viaje en taxi descalza hasta Brooklyn, y la ducha tan caliente que mi piel estaba roja, y las cebollas, y la noche mirando al techo, y esta mañana las chalotas que Theo me ha tenido que quitar de las manos porque no podía parar.

Maggie escucha. De vez en cuando asiente, agarra su taza, bebe, la deja. En algún momento se levanta, me rellena el café y vuelve a sentarse sin decir una sola palabra. Pero no dice nada. Ni una pregunta, ni un comentario, ni un juicio. Se queda ahí sentada, manteniendo el espacio abierto, y de vez en cuando acaricia a Bagel en el lomo; el sonido de su respiración y el leve gorgoteo de la cafetera son los únicos ruidos además de mi voz, que con el tiempo se vuelve ronca y luego más baja hasta que se apaga.

Una hora. Quizá más. Me duele la espalda por el armario y tengo las manos frías alrededor de la taza de café, que hace rato que está vacía. Bagel se ha mudado en algún momento desde mi pie a mi muslo, está ovillado sobre mi

pierna y su peso es un ancla que me mantiene en este suelo de cocina, porque de lo contrario todo naufragaría.

En algún momento termino. No porque no quede nada más, sino porque las palabras se acaban, y Maggie se da cuenta antes que yo.

—Cortez.

La miro.

—Primera pregunta. ¿Te lo pasaste bien?

Abro la boca para decir algo que suene a ira, a indignación, a cómo-puedes-preguntar-eso-ahora. Pero Maggie me mira, y su mirada no es cínica. La mirada de Maggie es quirúrgica. Corta y sabe dónde.

—Sí.

—Segunda pregunta. ¿El sexo fue bueno?

—Maggie.

—Limítate a responder a la pregunta.

—Oh, sí.

—Tercera pregunta. —Se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas, y sus ojos son afilados; no fríos, sino afilados, y no me deja ninguna ruta de escape—. ¿Fue sincero en el segundo en que te estaba follando?

El silencio es largo. Más largo que el silencio de Theo esta mañana en el Saltarello. Bagel levanta la cabeza como si él también quisiera oír la respuesta, y la pregunta de Maggie flota en el aire entre nosotras como algo que no se puede volver a guardar.

Pienso en sus ojos. Sin gafas. En el Carlyle, sobre mí, cuando pronunció mi nombre. No Mercer, que interpreta un papel. No Wolfe, que dirige un imperio. Solo un hombre que me miraba como si yo fuera lo único en la habitación; y en ese instante, todo era real. En ese único y maldito instante.

—Sí. —Mi voz es más tenue de lo que pretendo—. Ahí. Justo ahí. Y en ningún otro lugar.

Maggie asiente. Una vez, despacio.

—Entonces tienes dos problemas. Uno: te ha mentido desde el primer día. Dos: todavía quieres follártelo. —Espera a que no le lleve la contraria—. Tenemos que separar una cosa de la otra antes de que tomes una decisión.

La miro fijamente. El café a mi lado está frío. El hocico de Bagel presiona contra mi rodilla.

Maggie tiene razón. Ambas cosas son ciertas, y las dos al mismo tiempo, y no puedo librarme de una sin tocar la otra.

Y ese es exactamente el problema que me está destrozando.

Capítulo 10 - Adrian

Un día después

Seis frases. Nada más.

Llevo tres horas sentado al escritorio y ante mí yacen los restos de doce intentos de escribirle a una mujer que ha bloqueado mi número, rechaza mis correos y cuyo Sous-Chef me cortó la palabra por teléfono antes de que pudiera pronunciar su nombre. Papeles arrugados, media docena, se reparten por el tablero de la mesa. Domingo. Dos días desde la portada de Forbes. Dos días en los que no he cogido el teléfono ni una sola vez para llamarla, porque el bloqueo no es accidental. Val no bloquea por error. Val bloquea como cocina: con precisión, de forma definitiva, sin margen de interpretación.

Mi bolígrafo descansa atravesado sobre la decimotercera hoja. Papel de tina que compré hace años porque Dom dijo que las cartas manuscritas parecen más sinceras que los correos electrónicos. Entonces se trataba de socios comerciales. Ahora se trata de la mujer cuyo nombre gemí mientras ella gemía otro, porque fui demasiado cobarde para decirle el mío.

Idiota. Eres un idiota patético, estratega y calculador. Tuviste ocho semanas. Seis platos, una no-cita después de medianoche, una noche en el Carlyle, y en todo ese tiempo no fuiste capaz de pronunciar ni una sola frase honesta. Y ahora estás aquí sentado con un bolígrafo, creyendo que el papel podría reparar lo que cuatro años de mentiras han roto.

El primer intento, hoy a las siete de la mañana, empezaba con —Querida Val—. Me detuve en «Querida», arrugué la hoja y la tiré a la esquina. No tengo derecho a dirigirme a ella así. El segundo empezaba con —Valentina, le debo una explicación—. Formal. Distante. Como si estuviera escribiendo a una accionista y no a la mujer que anteayer por la noche me susurró al oído que quería quedarse. Rompí el papel después de la tercera frase.

El cuarto fue el peor, porque empezaba con sinceridad y luego derivaba en justificaciones: —Val, te he mentido. No porque no me importaras, sino porque...— ¿Porque qué? ¿Porque mi padre me enseñó a los diecisiete años lo que ocurre cuando un Wolfe se muestra vulnerable? ¿Porque necesitaba un refugio? Eso suena al alegato de defensa de un hombre que se compadece de sí mismo, y Val no tiene motivos para leer mi autocompasión.

El sexto, o el séptimo, en algún momento los intentos se desdibujan: —Todo lo que escribí como Mercer era verdad. Todo lo que oculté como Wolfe era miedo—. Demasiado poético. Demasiado pulido. Val leería esa nota y pensaría que he contratado a un redactor publicitario.

Cojo el bolígrafo. Lo suelto de nuevo. Vuelvo a cogerlo.

Mi mano escribe antes de que mi cabeza decida: —Val, mi nombre es Adrian Wolfe. El resto era real—. Luego, cuatro frases que no puedo planear porque surgen de un lugar que he mantenido oculto durante cuatro años bajo pseudónimos y gafas de pasta. Sin disculpas, porque una disculpa sobre el papel no vale nada mientras no se la diga a la cara. Sin explicaciones, porque toda explicación suena a excusa cuando se escribe en

lugar de decirse de viva voz. Solo la verdad, tan breve que cabe en una nota que se puede sostener en una mano.

Leo las seis frases. No son buenas. No son malas. Son lo que queda cuando has tachado doce veces todo lo falso, y lo único que aún permanece es aquello que no has podido borrar porque es cierto.

El bolígrafo descansa sobre la mesa. Los doce borradores muertos yacen al lado. Y el decimotercero está frente a mí, con sus seis frases de largo, y no sé si es mejor que los otros o simplemente el último que he sido capaz de soportar.

Doblo la carta. Una vez, dos veces. La meto en un sobre, escribo su nombre en él, y mi caligrafía parece la de un hombre que no ha dormido en dos días, lo cual es cierto. Luego dejo el bolígrafo sobre el escritorio, junto a los restos arrugados de los borradores que no lo han logrado, y me levanto.

Poco después de las nueve, cojo el abrigo y agarro la llave del gancho. El ascensor me lleva al garaje subterráneo, y me quedo sentado en el coche mirando el sobre en el asiento del copiloto. Williamsburg está a veinte minutos de aquí. Menos un domingo por la noche, cuando el tráfico es escaso. Veinte minutos para decidir si esto es valiente o patético. Si le doy espacio o si me escabullo.

Arranco el motor. Las manos al volante se sienten como antes de una negociación en la que sé que la otra parte tiene mejores cartas. Solo que aquí no hay otra parte. Solo hay una mujer que decidirá si lee seis frases y un hombre que espera que lo haga y, al mismo tiempo, se pregunta si tiene derecho a esperarlo.

El trayecto por el puente transcurre en silencio. Sin radio, sin teléfono, solo el zumbido del motor y el sobre deslizándose un centímetro en cada curva. Mis manos permanecen quietas sobre el volante, más quietas de lo que deberían, y el pensamiento da vueltas, el mismo que lleva rondando dos días: ¿Y si lo lee y no cambia nada? ¿Y si lo lee y lo cambia todo? ¿Y si ni

siquiera lo lee, sino que rompe el sobre encima del cubo de la basura y las seis frases terminan donde merecen, entre los restos de chalotas y los posos de café del sábado por la mañana?

Giro en su calle. Williamsburg, domingo por la noche. Las calles están tranquilas, unas pocas personas frente a un bar dos manzanas más allá, música saliendo de una ventana abierta, y entonces veo el Saltarello. Encuentro aparcamiento dos casas más abajo y apago el motor.

Recorro los últimos metros a pie. Mi aliento forma pequeñas nubes en el aire, mis zapatos crujen sobre la acera y oigo mi propio pulso, lo cual es ridículo, porque dirijo juntas directivas, concedo entrevistas a Forbes y dejo que Garrett Wolfe me diga a la cara que soy una decepción sin pestañear; pero esto, este camino hacia una puerta lateral con una ranura para el correo, hace que mi corazón martillee como nada en los últimos diez años.

La puerta lateral del Saltarello está a oscuras. No hay luz tras los cristales, ningún sonido proveniente de la cocina. La ranura del buzón es una estrecha solapa de latón, deslucida, y emite un leve chasquido cuando la empujo hacia arriba. Deslizo el sobre por ella. Desaparece al otro lado, la solapa vuelve a caer y el sonido es más tenue que un suspiro y más fuerte que todo lo que he dicho en los últimos dos días.

Sin timbrar. Sin llamar. Sin esperar ante la puerta como un hombre que busca la absolución. Me doy la vuelta, camino las dos manzanas de vuelta al coche, entro y mis manos descansan sobre el volante; me quedo ahí sentado, treinta segundos, un minuto, viendo la fachada oscura del Saltarello por el retrovisor antes de arrancar el motor y marcharme. Toda la acción no ha durado ni cinco minutos y, sin embargo, mis hombros se sienten como si me hubiera quitado un gran peso de encima y, al mismo tiempo, hubiera cargado con otro aún mayor.

En el coche, marco el número de Dom.

—He entregado una carta. No haré nada más. O la lee o no la lee—.

Silencio al otro lado. Dos segundos. Tres.

—Buena decisión. Por fin—.

Cuelgo y me quedo mirando a través del parabrisas. Por fin. Como si él hubiera estado esperando dos días a que dejara de calcular y empezara a hacer algo que no puedo controlar. Quizá tenga razón. Quizá echar una carta en un buzón sin timbrar, sin contacto visual y sin la oportunidad de leer su rostro sea lo más cobarde que he hecho nunca. O quizá sea lo único que puedo hacer sin traspasar el límite que ella marcó el viernes, cuando salió descalza del Carlyle con los zapatos en la mano y yo ni siquiera tuve la oportunidad de pronunciar su nombre.

Cruzo el puente de vuelta a Manhattan. El horizonte se acerca y me pregunto si la valentía y la cobardía a veces tienen exactamente el mismo aspecto. Si la diferencia no radica en la acción, sino en lo que uno siente al realizarla. Y lo que siento mientras entro en el garaje subterráneo, apago el motor y miro el asiento vacío del copiloto donde hace un momento estaba el sobre, es algo que no tiene un nombre claro. Alivio, tal vez. O el miedo a que el alivio sea lo único que quede.

El Penthouse está en silencio cuando Dom llama al timbre a las diez y media de la noche. Tiene llave, pero llama, lo que significa que algo huele mal. Abro. Dom está allí, con el portátil bajo el brazo, y su rostro parece el de antes de una reunión de la junta directiva en la que los números están en rojo.

—Pasa—.

Pasa de largo por el salón hacia la cocina, deja el portátil sobre la encimera y lo abre. Esta vez no se quita el abrigo. Ni un vaso de agua. Ni una frase introductoria que suavice las malas noticias.

—Adrian. Tenemos un problema—.

Me apoyo contra el marco de la puerta y me cruzo de brazos. Mi estómago lo sabe antes de que mi cabeza lo escuche.

—Bryce ha solicitado a gran escala trabajos tuyos. Textos, borradores, correspondencia con la redacción de Plate. Ines se los ha entregado—. Gira el portátil hacia mí. Listas, nombres de archivos, marcas de tiempo, tres páginas de pantalla. —Ella no sabía por qué eso podía ser perjudicial. Para ella, era una solicitud interna del COO. Rutina—.

Ines. Que sabe desde hace años que Mercer es mi pseudónimo y que lleva años editando manuscritos sin decir ni una palabra a nadie. Ines, en quien confié porque nunca preguntó por qué, y que ahora le ha entregado a Bryce una pila de mis textos porque no podía imaginar que el COO los necesitaba como munición. No puedo reprochárselo. El reproche es para mí, por no haberle dicho nunca a Ines que mi propio hermano es una amenaza.

—Creo que quiere hacer una comparación estilística mediante IA—, dice Dom. —Tus correos como Wolfe, tus memorandos internos, tus textos de Plate bajo el nombre de Mercer. El algoritmo necesita veinte páginas de cada fuente para crear un perfil, y Bryce tiene ahora más que suficiente de ambas partes—.

—Y demostrar que Wolfe y Mercer son la misma persona—.

—Exacto—.

Miro los nombres de los archivos. Columnas que escribí por la noche. Borradores que Ines devolvió con anotaciones en rojo. Textos en los que fui más honesto que en cualquier acta de la junta directiva. Y ahora están en el escritorio de mi hermano, ordenados por fecha, listos para ser pasados por un algoritmo que debe demostrar lo que Bryce sospecha desde hace semanas.

—¿Y qué hacemos?—

Dom me mira. Sin prisas, sin pánico. Dom ha aprendido en diez años conmigo que el pánico es la reacción más cara que uno puede permitirse.

—Nada. Esperamos a ver qué hace. No lo filtrará de inmediato. Eso no va con él—. Cierra el portátil. —Bryce retiene las pruebas hasta que le resultan útiles. Hasta entonces, solo tiene un elemento de presión. Y los elementos de presión no se usan tirándolos a la basura—.

Asiento. No porque esté de acuerdo, sino porque no tengo una respuesta mejor. Bryce, que es paciente. Bryce, que espera. Bryce, que hace dos días estaba en mi salón usando los resultados trimestrales como pretexto y leyó mi rostro como un informe comercial en el que las cifras interesantes aparecen entre líneas. Y ahora no solo tiene una sospecha, sino datos. Textos. Material que un algoritmo puede convertir en un resultado con validez ante una junta directiva.

Dom camina hacia la puerta, se detiene y se da la vuelta. —No llames a Ines. No esta noche. Ya se siente bastante culpable. Dile que todo irá bien —.

Luego se marcha y me quedo solo en el Penthouse, y el silencio, que antes era tolerable, ahora presiona desde todos los lados.

Voy hacia la ventana. Tribeca se extiende bajo mis pies y, más allá, el horizonte, luces en ventanas tras las cuales viven personas que no tienen dos frentes abiertos al mismo tiempo. Mi reflejo se proyecta tenue sobre el cristal, y el hombre que me devuelve la mirada ha perdido en las últimas cuarenta y ocho horas a la mujer que quería y el control sobre el secreto que lo protegía desde hace cuatro años. Dos bombas, activadas simultáneamente. Val guarda silencio. Bryce tiene la identidad de Mercer en sus manos. Probablemente. Una de las dos estallará primero.

Solo puedo decidir qué preparar mientras espero.

|END|

Capítulo 11 - Val

5 semanas después

Tampones. Tres cajas, apiladas una tras otra como una broma de mal gusto, me caen encima desde el armario del baño cuando intento coger el cepillo de dientes.

Atrapo una al vuelo. Las otras dos aterrizan sobre los azulejos y me quedo ahí, descalza, con el cepillo en una mano y una caja de tampones sin abrir en la otra, y mi cabeza empieza a echar cuentas antes de que yo se lo permita. ¿Cuándo fue la última vez? Dejo el cepillo en el borde del lavabo y cojo el móvil, que está sobre la tapa del váter.

La aplicación de seguimiento del ciclo tarda tres segundos en cargar. El icono es un círculo rosa y lo odio desde el día en que lo descargué, pero funciona, y lo que funciona se queda.

El número en la pantalla dice: siete días de retraso.

Dejo el móvil. Recojo las cajas de tampones del suelo, las vuelvo a guardar en el armario y cierro la puerta. Mi estómago se siente como un puño que se

cierra desde dentro, despacio, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Siete días. Una semana.

Y eso que acababa de empezar a sentirme normal otra vez. Había vuelto a cocinar, aunque la mirada de Theo decía que sabía que no estoy bien, pero que espera, porque Theo siempre espera.

En los últimos días por fin había dejado de pensar en él a diario. Y mucho menos en que mi cuerpo pudiera estar pasándome la factura de una noche que ocurrió hace cinco semanas y que solo quiero olvidar.

Me cepillo los dientes. El agua está fría y la menta escuece; escupo y veo mi cara en el espejo. Ojeras oscuras que llevan ahí semanas y que ya ni cuento, porque contar no cambia nada. Mi pelo cae suelto sobre mis hombros; lo echo hacia atrás y pienso: vas a ir ahora mismo a la farmacia. Vas a comprar tests. Y entonces lo sabrás, o no lo sabrás, pero no te quedarás aquí plantada mirando una caja de tampones como si no supieras contar hasta tres.

La farmacia está a dos calles. Me pongo las zapatillas de deporte, sin chaqueta, solo con la camiseta con la que he dormido y el pantalón del chándal; el aire fuera está lo bastante fresco como para mantenerme despierta y lo bastante cálido como para no darme la excusa de volver a entrar. La calle está tranquila, algunas personas van de camino al trabajo, hay una furgoneta de reparto frente al Deli, y camino rápido, no porque tenga prisa, sino porque caminar despacio significaría pensar, y pensar no es una opción ahora mismo.

La farmacia huele a desinfectante y a algo dulce que no sé identificar. Voy hacia el estante que nunca antes he necesitado y me quedo delante, leyendo los envases como si fuera una carta de vinos, y mis manos agarran tres, de tres marcas distintas, porque uno no basta y dos podrían ser casualidad, pero tres son una certeza.

En la caja, la farmacéutica coloca los tres paquetes uno al lado del otro, los escanea y me mira, brevemente, con profesionalidad, sin juzgarme. Sus dedos son rápidos y rutinarios, y me pregunto cuántas mujeres habrán estado aquí antes que yo, con los mismos paquetes y los mismos ojos, y si lo nota cada vez o si llega un momento en que deja de ser llamativo.

—Buena elección. Tres son más seguros que uno.

—Solo quiero estar segura.

Ella asiente, teclea el importe y pago en efectivo, porque el pago con tarjeta deja rastro, y los rastros son algo que no necesito ahora mismo; ni en mi cuenta, ni en mi móvil, ni en nada que pueda decirle a otra persona qué estoy comprando un lunes por la mañana, antes de que el sol haya terminado de salir. La bolsa es blanca y pequeña y no pesa casi nada, y aun así siento como si cargara hacia casa con algo más pesado que cualquier cosa que haya comprado jamás.

Ya estoy en casa. De vuelta en el baño. Cierro la puerta y echo el pestillo, aunque no hay nadie que pueda entrar. Rompo el primer envoltorio, luego el segundo, luego el tercero; leo las instrucciones completas en el primero y en los otros dos solo compruebo el tiempo de espera, porque el resto es idéntico. Mis manos trabajan con precisión, como cuando cocino y entra un pedido, cuando la cabeza se desconecta y los dedos toman el mando. Tres palitos sobre el borde del váter, uno al lado del otro, como soldados en fila. Pongo el temporizador en el móvil. Tres minutos. Ciento ochenta segundos. Me siento sobre la tapa del váter y me quedo mirando los azulejos; no cuento, porque contar hace que el tiempo pase más despacio y quiero que esto se acabe.

El temporizador pita. Lo apago con el pulgar y el silencio que sigue es tan repentino que oigo mi propio suspiro al tragar.

Tres rayas rojas. Una en cada palito, paralelas e idénticas, como si se hubieran puesto de acuerdo.

Inspiro profundamente una vez. Inspiro otra vez.

Dejo de respirar.

Tengo las manos apoyadas en las rodillas, y las rodillas están frías a través del chándal. Los tres palitos descansan en el borde del váter y me dicen algo que mi cuerpo sabe desde hace una semana y mi cabeza desde hace tres minutos, y entre ambos hay un abismo que ahora mismo no puedo saltar. Cinco semanas. Carlyle. Sus manos en mis caderas, mi espalda contra su pecho, su boca en mi cuello y su nombre, que no era su nombre. Y ahora esto: tres rayas rojas sobre plástico blanco que dicen que no fue solo una noche. Que tiene consecuencias. Y que las consecuencias tienen latido.

Se me revuelve el estómago y no sé si son los nervios o si eso ya forma parte de lo que está creciendo dentro de mí. La idea de que mi cuerpo esté haciendo cosas que yo no he planeado, con material de un hombre cuyo nombre real descubrí en una revista, es tan grotesca que casi me daría la risa si reír fuera una opción ahora mismo.

Llaman a la puerta. Luego suena el timbre. Fuerte, decidido, como si alguien supiera que estoy ahí y que no quiero abrir.

—¿Quién es? —Mi voz atraviesa la puerta del baño y la de la entrada, sonando tan débil como yo me siento.

—Soy yo.

Maggie.

Me levanto, voy a la puerta de la vivienda y la abro. Allí está ella con el pelo recogido, el bolso al hombro y unos ojos que buscan los míos; lo que encuentra en ellos hace que abra la boca y vuelva a cerrarla sin decir nada.

—Habíamos quedado para desayunar, ¿se te ha olvidado...? —Se detiene—. ¿Qué ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

Me doy la vuelta y regreso al baño, porque no puedo quedarme ahí parada en la puerta, no con lo que hay sobre el borde del váter. Maggie me sigue, oigo sus pasos en el pasillo y de pronto aparece en el umbral y me ve; ve los tres palitos, ve los envoltorios arrancados en el suelo y sus rodillas flaquean, no porque sea débil, sino porque se arrodilla en el suelo, despacio, con control, y se sienta a mi lado.

Pasa un minuto. Quizá más. Maggie no dice nada. Yo no digo nada. Los azulejos están fríos bajo mis pies y la luz sobre el espejo zumba, y los tres palitos esperan en el borde del váter una reacción que no tengo.

—Vale. —La voz de Maggie es baja, tranquila, sin rastro de temblor. Solo esa palabra—. Vale. Respira.

Respiro. Por primera vez desde que sonó el temporizador.

—Una pregunta. Solo una. ¿Lo quieres?

El silencio que sigue es distinto al anterior. El de antes estaba vacío. Este está lleno, lleno de todo lo que no sé, de lo que no puedo decidir y de lo que no siento, porque sentir no es posible ahora mismo, porque entre las tres rayas rojas y una respuesta hay un precipicio más ancho que cualquier cosa que haya tenido que cruzar jamás.

—No lo sé.

—Entonces consúltalo con la almohada esta noche. Mañana lo sabrás.

—¿Y si no lo sé?

—Entonces vuelve a preguntártelo pasado mañana.

Maggie pone la mano sobre mi rodilla. Ni con fuerza ni con suavidad, simplemente ahí, como la mano de Theo sobre la mía cuando me quitó el cuchillo, y me pregunto si las personas que me conocen tienen todas ese mismo instinto de tocarme cuando mi cabeza deja de funcionar.

En algún momento Maggie se levanta, prepara un té que no me bebo y recoge los tres palitos del borde del váter para meterlos en una bolsa de plástico; le hace un nudo y la deja en el suelo del baño sin preguntarme si quiero conservarlos. Sabe que no quiero mirarlos y que, aun así, no soy capaz de tirarlos. Luego se sienta a mi lado en el sofá y no hablamos, y con eso basta.

Esa misma noche.

El reloj de la mesilla marca poco después de la una; Maggie duerme en el sofá del salón, tapada con una manta que ella misma ha sacado del armario sin preguntar. Yo estoy tumbada en la cama con el móvil sobre el pecho; la pantalla brilla y voy pasando mis correos sin saber qué busco, hasta que lo encuentro.

El mensaje de Theo. Reenviado hace semanas, una mañana en la que revisé la bandeja de entrada como quien hace limpieza, archivándolo todo porque olía a él, a Mercer, a Wolfe, a la noche que quería olvidar y no podía. El correo de Theo estaba por ahí en medio y lo aparté sin abrirlo, porque el remitente decía lo que el contenido confirmaría y yo no quería escucharlo.

Lo abro ahora.

—El domingo estaba esta carta suya en la ranura del buzón. No la he roto. Le he hecho una foto. Decide tú misma. —T.

Debajo aparece una foto. Pulso sobre ella y la pantalla se llena con la mano de Theo sosteniendo una hoja de papel, papel de tina, algo arrugado por los bordes, y en ella una caligrafía que no reconozco, porque solo he visto sus letras de imprenta en servilletas, y esta es distinta, más inclinada, más apresurada, como si la mano hubiera escrito más rápido de lo que la cabeza permitía.

—Val. Debería habértelo dicho hace semanas. Antes del bar. Antes de la suite. Antes de todo lo que ahora no podemos deshacer. Mi nombre era lo único que no era real; todo lo demás, sí. Si alguna vez quieres hablar, llama. Si no, dejaré de plantarme ante tu puerta. —Adrian, que también es Elias.

Leo la carta. La leo otra vez. Y otra más, porque dos veces no bastan y tres tampoco, pero tres es todo lo que puedo soportar antes de que las letras se emborronen, mis ojos se humedezcan y mi cuerpo haga lo que ha estado negándose a hacer durante cinco semanas.

Lloro. No bajito, ni con control, ni como lloré en el Carlyle, en el aseo del vestíbulo, donde fue breve e intenso y luego terminó. Esto viene de un lugar más profundo, y no es por las tres rayas rojas en el borde del váter, ni por el niño que quizá crece dentro de mí, sino por seis frases escritas en papel de tina por el hombre que ni siquiera es capaz de decir su maldito nombre sin presentarse dos veces.

Maggie aparece en la puerta. No la he oído llegar. No dice nada, va hacia la cama, se sienta en el borde y me rodea los hombros con sus brazos; me abraza, sin más, sin preguntar, sin comentar nada, y lloro contra su camiseta, que huele a su detergente y a su perro carlino, Bagel.

En algún momento, no sé cuándo, me tranquilizo. Mi respiración se vuelve más lenta. La mano de Maggie descansa en mi nuca; me recuesto y veo el móvil sobre la manta, con la pantalla aún encendida y las seis frases todavía allí.

—Algún día tendré que decírselo.

Maggie me mira. Su rostro está sereno y sus ojos están húmedos, pero no llora, porque Maggie no llora cuando lloro yo, porque una de las dos tiene que mantenerse en pie.

—Algún día. No hoy.

Tiene su mano sobre mi brazo, fuera todo está en silencio y las seis frases brillan en la pantalla entre nosotras; cierro los ojos y pienso en tres rayas rojas, en su carta y en el hecho de que ambas cosas van juntas, aunque no sé cómo.

Capítulo 12 - Adrian

A la mañana siguiente

Catorce rostros, y ninguno es el suyo.

Estoy de pie a la cabecera de la mesa, con el mando en la mano derecha, y en la pantalla que tengo a mis espaldas brilla la primera diapositiva de la reestructuración: barras azules sobre fondo blanco, cifras que me sé de memoria desde hace tres días. Mi boca articula frases sobre los ingresos publicitarios y el crecimiento trimestral, mientras mi cabeza echa cuentas. Cinco semanas. Treinta y cinco días desde lo del Carlyle, desde su número bloqueado y su correo bloqueado. Treinta y cinco días en los que he escrito la carta, la he enviado y no he recibido nada a cambio. Ni una llamada. Ni un mensaje. Ni siquiera el desbloqueo que me indicaría que ha leído esas seis frases y que nada ha cambiado.

—Ingresos publicitarios de Plate, primer trimestre frente al año anterior —hago clic para avanzar. La barra azul crece un once por ciento, y tres miembros de la junta directiva situados a la izquierda asienten, sincronizados, como si lo hubieran ensayado. Un once por ciento es una cifra que invita a asentir. Yo asiento internamente también, como si tuviera

algo que ver con ello, como si fuera mérito mío y no de una redactora que lleva cuatro años editando mis textos sin sospechar que su COO utiliza precisamente esos textos como munición.

La mesa de conferencias es lo bastante larga para veinte personas, pero Garrett insiste desde hace años en que sean catorce, porque catorce es el número exacto de miembros con derecho a voto de la junta directiva, y porque para Garrett Wolfe una silla vacía significa que alguien ha perdido su puesto. Las catorce están ocupadas. Veo sus manos sobre el tablero de la mesa, bolígrafos, botellas de agua, el reflejo de tomar notas cuando el CEO habla, aunque luego recibirán las diapositivas en PDF y las notas acabarán desapareciendo en un cajón.

La mirada de Garrett está fija en mí. En el otro extremo de la mesa, con el cuello rígido y la espalda tan recta como el respaldo de la silla. Sus ojos no revelan nada. Nunca han revelado nada. Conozco ese rostro desde hace treinta y cinco años, y ni una sola vez lo he visto de otra manera: controlado, sereno y lo bastante frío como para congelar la leche.

Bryce está sentado a la derecha, en la tercera silla, y toma notas. O lo finge. Su bolígrafo se mueve sobre el bloc, de forma rítmica, concentrada; la viva imagen de un COO que se toma en serio su trabajo. En la boca tiene esa sonrisa que se pone cuando sabe que tiene ventaja y que puede permitirse esperar.

—Crecimiento del streaming —siguiente diapositiva. Una curva ascendente, una línea verde sobre fondo blanco—. Plateview ha superado la marca de los cincuenta mil suscriptores de pago. Tres nuevas Verticals en la hoja de ruta, con el vídeo gastronómico como buque insignia y un modelo de cooperación con críticos independientes. —Mi voz suena como debe sonar. Tranquila. Precisa. Mi pulgar presiona el mando, diapositiva tras diapositiva, y los próximos cinco minutos pertenecen a las cifras, a los gráficos y al hombre que represento ante esta junta. El hombre que dirige empresas. El hombre que no piensa en una mujer en Williamsburg que ha bloqueado su número y cuyo Sous-Chef le ha colgado el teléfono antes de que pudiera pronunciar su nombre.

Anoche, poco antes de medianoche, volví a abrir la bandeja de entrada. La cuenta de Mercer. Vacía. Sin respuesta a la carta. Sin respuesta a nada. Cerré el portátil, me acosté, me quedé mirando el techo y me pregunté si esperar cinco semanas por una señal es paciencia o cobardía, y si hay alguna diferencia cuando el resultado es el mismo. Val. Su cara cuando vio la edición de Forbes en el vestíbulo del hotel, antes de comprender lo que estaba viendo, y luego, un segundo después, cuando lo entendió. Esa expresión. No era ira. No era tristeza. Era algo intermedio, algo que no tiene un nombre claro y que me mantiene despierto por las noches porque soy el responsable y no puedo deshacerlo.

—Y ahora pasemos al segmento de Plate en detalle —hago clic en la siguiente diapositiva. Honorarios de autores, estructura de colaboradores externos, cinco nombres con su correspondiente asignación de ingresos. El nombre de Mercer aparece en tercer lugar, en negrita, porque su cuota de ingresos merece estar en negrita. Se me encoge el estómago. Mi nombre en la pantalla, ante catorce personas que lo miran sin saber que me están mirando a mí. Cuatro años poniendo ese nombre en diapositivas, escribiéndolo en planes presupuestarios, presentándolo ante juntas directivas como si fuera un colaborador externo y no el CEO que está frente a ellos sosteniendo el mando.

—¿Puedo un momento?

La voz de Bryce. En medio de la sala, al lado derecho. Ha dejado el bolígrafo sobre el bloc, su sonrisa se ha ensanchado y se recuesta como si tuviera todo el día por delante.

—Ayer vi una circular interna de Plate. La estructura de honorarios de Mercer —deja la frase en el aire durante un par de segundos—. Llamativamente alta. Adrian, ese hombre debe de ser una Cash-Cow —otra sonrisa, amplia, de colega, como si estuviera charlando sobre un socio comercial—. ¿Quién es en realidad? ¿Alguien lo ha conocido alguna vez?

Catorce cabezas se giran. Hacia mí. Hacia Bryce. De nuevo hacia mí.

Capto el mensaje. Bryce no pregunta porque no lo sepa. Bryce pregunta porque lo sabe y porque quiere que yo sepa que él lo sabe. Lanza la pregunta aquí, ante toda la junta directiva, ante trece testigos y una pared de cristal tras la cual se extiende el horizonte de Midtown, no porque necesite una respuesta, sino porque quiere mostrarme lo que tiene en la mano. No es una pregunta sobre estructuras de honorarios. Es su primera amenaza pública, envuelta en un interés profesional, lo bastante sutil para que solo yo vea la hoja del puñal, lo bastante alta para que catorce personas lo recuerden cuando el puñal caiga.

—Mercer tiene un NDA, como todos nuestros críticos principales —mi voz permanece plana. Objetiva. La voz de un hombre que responde preguntas, no la de un hombre cuyo hermano acaba de poner una granada sobre la mesa sin quitarle el seguro—. Si te interesa su estructura de honorarios, habla con Ines.

Bryce asiente. Satisfecho. Como si hubiera obtenido exactamente la respuesta que buscaba, y la respuesta no estaba en el contenido de mis palabras, sino en mi mandíbula, que se ha tensado un milímetro de más al pronunciar el nombre de Mercer.

Garrett, al otro extremo de la mesa, no dice nada. Su mirada va de mí a Bryce y viceversa, y luego asiente. Una vez. Brevemente. No a mí. A Bryce.

Mis dedos se cierran alrededor del mando hasta que los nudillos se vuelven blancos. Padre y hermano. La misma mesa, la misma dirección, y yo estoy en la cabecera como quien dirige una asamblea y, al mismo tiempo, como el acusado. Ese asentimiento no ha sido casual. Garrett no hace nada por casualidad. Acaba de señalar a su hijo menor, delante de toda la junta directiva, que está de su lado, y lo único que me impide dejar el mando sobre la mesa y salir de la sala es el hecho de que levantarme ahora significaría que Bryce ha ganado antes de que la batalla haya comenzado.

—Continuamos. —Paso a la siguiente diapositiva y hablo sobre las previsiones de Plateview, tasas de crecimiento, ciclos de inversión. Mi voz

funciona, mi boca funciona y mi cuerpo permanece erguido a la cabecera de la mesa, porque lleva quince años aprendiendo a mantenerse en pie cuando el suelo se mueve. Los veinte minutos restantes transcurren en ese estado que conozco de las negociaciones en las que la otra parte ha mostrado sus cartas: sigues hablando porque detenerse es mostrar debilidad, y la debilidad es lo único que un Wolfe no se puede permitir.

La sesión termina con apretones de manos y asentimientos profesionales. Catorce miembros de la junta se levantan, recogen documentos, se guardan los bolígrafos en los bolsillos de las chaquetas. Bryce es el primero en levantarse, se abrocha la americana y se dirige a la puerta sin mirarme, un gesto más elocuente que cualquier palabra que haya pronunciado en la última media hora. Otros dos miembros de la junta le siguen, como si tuviera un campo gravitatorio, y ninguno me mira; no sé si es casualidad o si Bryce ya ha hecho un trabajo de campo que aún no soy capaz de ver. Garrett permanece sentado tres segundos más de lo necesario, ordena sus papeles con ambas manos, se levanta y sale de la sala sin saludarme. Ni siquiera una mirada. Treinta años de padre, y el hombre es capaz de salir de una habitación como si no hubiera conocido a nadie en ella.

Después de la reunión

La puerta de mi despacho se cierra tras de mí, y el silencio es distinto al de la sala de juntas. En la sala de juntas era táctico. Aquí es sincero.

Estoy de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, y el horizonte se extiende bajo mis pies, Midtown a media mañana, luz sobre cristal y hormigón. Mi reflejo se superpone tenuemente sobre el cristal, y el hombre que hay en él parece alguien que acaba de sobrevivir a una junta directiva y sabe que la siguiente acabará con él. La caja de los gemelos sobre el escritorio de cristal atrapa la luz. Las iniciales A.W. Dos letras que hace un momento figuraban en la pantalla como E.M., y la distancia entre ambas se reduce con cada hora que Bryce deja pasar.

Dom llama una vez y entra sin esperar respuesta. Ha estado esperando fuera desde que salí de la sala de juntas. Diez minutos. Quince. Ha esperado porque Dom sabe que, tras las reuniones de la junta, necesito quince minutos antes de poder hablar, y respeta eso, desde hace diez años, sin que yo se lo haya pedido nunca.

—Lo has oído —no es una pregunta.

—Lo ha oído toda la planta. —Dom cierra la puerta tras de sí—. No el contenido. El tono.

Me aparto de la ventana. —Quiere que me retire antes de actuar. Me está dando tiempo para reflexionar —me siento en el borde del escritorio. El cristal emite un leve sonido—. ¿Cuánto tiempo crees que tengo?

Dom está de pie a tres pasos de mí, con las manos a la espalda, y su rostro tiene esa expresión que reconozco de las reuniones de crisis: tranquilo, concentrado, sin prisas. El rostro de Dom siempre está tranquilo. Incluso cuando las cifras están en rojo y su jefe acaba de ser amenazado públicamente sin que nadie más que él se haya dado cuenta.

—Una semana. Diez días a lo sumo. Después irá a la prensa si no te retiras voluntariamente.

Una semana. Diez días. Eso suena a un plazo. Los plazos tienen estructura, y la estructura es lo único que me mantiene en pie ahora mismo, porque todo lo demás —Val, el silencio, la carta, las cinco semanas sin una señal— carece de ella.

—¿Y Garrett?

—Le ha dado su aprobación con ese gesto. Ante trece testigos. —Dom se cruza de brazos—. O lo sabe, o Bryce le ha puesto al tanto. El efecto es el mismo.

Trece testigos. Catorce menos yo. Trece personas que han visto a mi padre asentir a mi hermano, y ninguna ha comprendido lo que significaba ese gesto. Exactamente como Garrett quiere. Dirige sus guerras de forma tan silenciosa que los soldados solo se dan cuenta de que han luchado cuando ya todo ha terminado.

—Bien. —Me levanto—. Entonces tengo una semana para prepararme.

Dom me mira, expectante. —¿Para qué?

—Para todo. —Voy hacia el escritorio y dejo el mando. Mis dedos han dejado huellas, marcas blancas que poco a poco se vuelven rojas—. Si Bryce lo filtra, no quiero reaccionar. Quiero actuar. Y tengo un plan.

Dom espera. Tres segundos. Cinco. Luego hace la pregunta que yo no me hago.

—¿Y Val?

El silencio que sigue dura lo suficiente para que Dom lo entienda: la respuesta no llega porque no existe.

—Primero el plan —abro el portátil—. Val después.

Dom asiente, se da la vuelta y se dirige a la puerta. Su mano está en el pomo cuando vuelve a girarse.

—Sabes que eso no es cierto.

Luego sale y la puerta se cierra. Me quedo solo sentado ante el escritorio de cristal, y Dom tiene razón. El plan no va primero. Val no va después. Ambas cosas son a la vez, y simultanear las dos es algo que no he logrado en cinco

semanas, porque la estrategia es un oponente al que conozco, pero Val es una mujer a la que deseo y a la que, aun así, no soy capaz de leer.

Me quedo mirando la pantalla. Calendario, cifras, carpetas. Todo cosas que puedo controlar. La cuenta de Mercer en la otra pestaña del navegador que no abro, porque sé que la bandeja de entrada está vacía y porque las bandejas de entrada vacías hacen más ruido que las llenas. Bryce espera. Garrett asiente. Y en algún lugar de Williamsburg, una mujer quizá haya leído seis frases en papel de tina, o quizá no, y yo no puedo hacer nada salvo prepararme y esperar que el plan que trace esta noche sea lo bastante sólido para ambas cosas.

Capítulo 13 - Val

Al día siguiente

No debería haber abierto el sobre.

Theo me lo trae justo cuando estoy probando el punto de la salsa para el almuerzo; lo sujeta entre dos dedos como si fuera algo que pudiera morder. Papel blanco, sobre firme, y arriba a la izquierda un logo que conozco porque aparece en cada ejemplar de The Manhattan Plate que lleva ocho semanas sobre mi mostrador. Wolfe Media. Debajo, en letra de imprenta: *Personal para Valentina Cortez.*

—Lo ha traído un mensajero. No el correo, jefa. Un tipo de traje —. Theo deja el sobre en el acero inoxidable, al lado de mi tabla de cortar. Su mirada va de mí al membrete y regresa. —¿Quieres que yo...?

—No.

Él asiente. Vuelve a su puesto y oigo cómo su cuchillo vuelve a golpear la tabla, rítmico, tranquilo, como si no hubiera dicho nada. Así es como hace

las cosas Theo. Me trae las cosas que no quiero tener y desaparece antes de que pueda odiarlo por ello.

Aparto el sobre con el dorso de la mano, me concentro en la salsa, vuelvo a probar, añado media cucharadita de sal. Treinta segundos. Un minuto. El sobre yace allí y espera, y es paciente, más paciente que yo, porque sabe que voy a abrirlo, y yo también lo sé.

Mis dedos rasgan el borde antes de que mi cabeza dé el permiso.

Caen dos cosas. La primera es una prepublicación en papel satinado, el próximo número de Plate, y en la portada pone Saltarello en un tamaño de letra que me corta la respiración. Cinco estrellas. Debajo, el nombre del autor, que no es un nombre de autor: Elias Mercer. La segunda es una nota doblada, papel de tina, y conozco la caligrafía porque es la misma que la de la carta que me reenvió Theo y que volví a leer ayer por la noche en la cama, mientras Maggie dormía en el sofá.

—Sé que no quieres verme. Esta es la reseña que escribí antes de lo del bar. Te la entrego antes de que se publique para que sepas que no tiene nada que ver con aquella noche. Es tuya, no mía. — A.

Debajo, un número. Escrito a mano. Su número privado.

Leo la reseña. Una vez, rápido, pasando los ojos por las líneas, y es buena, es aguda, es honesta, y se lee como el Mercer de las últimas ocho semanas, el hombre que se sentaba en mi local, escuchaba y escribía cosas sobre mi comida que yo misma no habría sabido formular. Solo que ahora sé quién sostenía la pluma.

La leo una segunda vez. Más despacio. Se me encoge el estómago y no sé si son los nervios o si forma parte de eso que lleva una semana creciendo en mi interior y a lo que no quiero poner nombre.

A la tercera vez me quedo bloqueada en dos puntos. El primero es una frase sobre el tercer plato, pera con apio; describe el sabor como si no lo hubiera comido, sino vivido, como si comer fuera algo que se hace con todo el cuerpo y no solo con la boca. Escribe: *«El tercer plato es una conversación que Cortez mantiene consigo misma: el apio como pregunta, la pera como respuesta y, entre ambos, un silencio más agudo que cualquiera de los dos».* Leo la frase tres veces, y cada vez duele un poco más porque es verdad.

El segundo punto es la última línea, y me golpea porque no habla de la comida.

—Saltarello no es el mejor restaurante de Brooklyn. Saltarello es una cocinera que nos obliga a preguntarnos si todavía comemos con honestidad.

Dejo la prepublicación sobre el mostrador. Mis manos están quietas, y mi cara está tranquila, y todo en mí está en calma, excepto el lugar tras el esternón que no ha dejado de palpitar desde anoche.

No ha retirado la reseña. No la ha usado, ni como medida de presión, ni como disculpa, ni como entrada a mi vida. Me la ha enviado antes de que se publique para que sepa que no tiene nada que ver con la noche en el Carlyle ni con lo que pasó después. La ha enviado para que sepa que no me ha comprado.

Ese es el problema. Porque odiar desde la distancia era fácil. Tenía un sistema: no pensar en él, no buscar su nombre en Google. Cinco semanas de silencio absoluto, y el sistema ha funcionado, todo lo bien que puede funcionar cuando estás embarazada de un hombre cuyo nombre real has descubierto en una revista. Y ahora sostengo en la mano un gesto que no encaja en mis planes, porque es demasiado grande y demasiado honesto, y porque viene de alguien a quien quiero odiar y no puedo, porque me acaba de demostrar que la reseña me pertenece a mí y no a él.

Necesito una confrontación. Una de verdad. Antes de tomar una decisión. Sobre el niño. Sobre todo. Pasado mañana es la cita para la ecografía y, para entonces, tengo que saber si el hombre que ha escrito esta carta es el mismo que me ha tenido cinco semanas esperando, o si son dos distintos y, si es así, cuál de los dos es el auténtico.

Doblo la nota y la guardo en el bolsillo de mi delantal. El número presiona a través de la tela contra mi muslo, y lo siento durante todo el día, mientras cocino, mientras emplato, mientras recojo, como una moneda que no quieres gastar y no puedes tirar.

A las nueve, después de que se haya ido el último cliente y Theo se haya hecho cargo de la cocina, salgo al patio trasero y marco el número. Suena dos veces. Tres veces. Luego su voz, y suena como sonaba en el Carlyle, justo antes de que todo saliera mal: tranquila, precavida, como si supiera que camina sobre hielo fino.

—Ven. Solo. Después del servicio. A las 24:00.

Cuelgo. Sin saludos. Sin charla trivial. Nada que le permita creer que esto es algo distinto de lo que es.

24:00

Es puntual.

Estoy detrás del mostrador cuando entra por la puerta, y la lámpara sobre la línea de acero inoxidable proyecta una estrecha franja de luz sobre lo que hay entre nosotros: mesas vacías, sillas vacías, la mesa seis vacía al fondo, y el climatizador zumbando, porque siempre zumba, sin importar si hay alguien o no. Theo se ha ido hace una hora. El local está tan silencioso como solo lo está después del servicio, cuando el último cliente se ha marchado, la cocina está recogida y el espacio me pertenece.

Mi territorio.

Adrian no lleva gafas. Tiene el pelo peinado hacia atrás, sin gomina, y se parece al hombre de la portada de Forbes y al mismo tiempo no, porque el hombre de la portada de Forbes no parecía haber dormido mal las últimas cinco semanas. Lleva la camisa abierta por el cuello, sin americana, y sus manos cuelgan a los costados; veo las cicatrices de quemaduras en sus dedos, las mismas que una vez en Saltarello restó importancia llamándolas «estupidez de juventud» y que nunca le creí. Se queda parado a tres pasos del mostrador, no se mete las manos en los bolsillos ni cruza los brazos ni hace ninguna de las cosas que hace la gente cuando quiere protegerse. Simplemente se queda ahí y me mira, y yo lo miro a él, y el climatizador zumba.

—Explícame por qué no debería ir a la policía.

—Porque no he cometido ningún crimen —. Su voz es baja. No insegura, no alta, simplemente baja —. Solo una traición.

No digo nada. Tiene exactamente una oportunidad, y él lo sabe, y yo lo sé, y el silencio entre nosotros es el espacio en el que él tiene que empezar a hablar o marcharse.

Habla.

Mercer ha sido su único espacio honesto durante cuatro años. El único lugar donde podía escribir sin que su nombre envenenara lo escrito. No lo dice como alguien que se justifica. Lo dice como alguien que enuncia un hecho y espera a que lo aplaste. En el Carlyle, a la mañana siguiente, con el servicio de habitaciones, quería decírmelo. Se interrumpe. Sus dedos se mueven a su costado, no mucho, un espasmo, como si buscara algo que no está allí. Forbes se publicó online tres semanas antes de tiempo. Él no lo sabía. Se enteró cuando su móvil empezó a vibrar, y para entonces yo ya estaba en el vestíbulo y había visto la portada.

—Tuviste ocho semanas —. Mi voz suena más tranquila de lo que me siento —. Antes de lo del bar. Antes de aquella noche. Y esperaste.

—Sí —. Traga saliva —. Estaba enamorado y sabía que, en cuanto lo dijera, todo se rompería. De algún modo lo sabía.

Enamorado. La palabra flota en el aire entre nosotros como algo demasiado pesado para la estancia, y mi estómago hace un movimiento que no tiene nada que ver con los nervios y sí con lo que crece en mi interior; pongo la mano sobre el mostrador y aprieto hasta que se me ponen los nudillos blancos porque no quiero que note nada. No ahora. No ante él.

—Te enamoraste de una mujer que no sabía quién eras —. Lo miro —. Eso no es amor. Eso es robo.

Adrian, en voz baja: —Lo sé.

—¿Pero aun así no te vas?

—Me iré si tú quieres —. Hace una pausa. Su mirada sostiene la mía, y en sus ojos, que son de un azul grisáceo gélido y que recordaba distintos en la penumbra del Carlyle, hay algo que no quiero leer —. Es mejor que me vaya ahora, mientras todavía puedo decir: lo siento.

Lo siento. Dos palabras que no cambian nada y lo cambian todo, porque no suenan a excusa ni a estrategia ni a algo que diría un hombre que dirige una empresa y está acostumbrado a controlar situaciones. Suenan a algo que dice alguien que sabe que ha perdido y aun así permanece allí.

—Vete.

Él me mira. Un segundo. Dos. Como si quisiera decir algo y luego desistiera al comprender que cualquier otra palabra sobraría.

Asiente. Una vez. Se da la vuelta. Camina hacia la puerta, sus pasos sobre el suelo son silenciosos, la puerta se abre y se cierra, y entonces me quedo sola; el climatizador zumba y la lámpara sobre la línea de acero inoxidable proyecta su franja de luz sobre el espacio vacío, que hace un minuto no lo estaba.

No debería haberle pedido que viniera. Ha sido un error. Ahora no sé más que antes, salvo que dice que estaba enamorado y que dice que lo siente, y que ambas cosas juntas no bastan y al mismo tiempo son demasiado. No sé a qué viene todo esto. No quiero que vuelva. No quiero que escriba ni que llame. Y no sé si debo hablarle del niño, porque el niño es un hecho y no un sentimiento, y porque los hechos requieren decisiones y ahora mismo no tengo ninguna.

Mi mirada cae sobre la prepublicación que está en el mostrador, donde la dejé esta mañana. El papel satinado atrapa la luz de la lámpara, y la última línea está ahí, con la misma letra que todo lo demás, y dice:

—Saltarello no es el mejor restaurante de Brooklyn. Saltarello es una cocinera que nos obliga a preguntarnos si todavía comemos con honestidad.

Mis manos agarran la página y la rasgan, una vez, de forma limpia; el papel cede como algo que hubiera estado esperando ese momento. Dos mitades. Las miro fijamente y luego las junto, alisándolas, haciendo coincidir los bordes, y las meto en el cajón de detrás del mostrador, junto a la nota arrugada de Mercer que lleva semanas allí guardada.

Tengo la mano sobre el vientre y no me doy cuenta hasta que ya está ahí; no la quito porque está oscuro y nadie me ve, y pasado mañana sabré si esto es real o si mi cuerpo me está contando una historia que no es cierta.

Pero creo que es cierta.

Capítulo 14 —Adrian

A la mañana siguiente

No he dormido.

Llevo con el bolígrafo en la mano desde las cuatro y, sobre el escritorio, se apilan hojas con cifras que he calculado tres veces porque la primera no estaba seguro, la segunda no estaba lo bastante sobrio y la tercera estaba demasiado sobrio como para convencerme de que existe un camino más fácil. Frente a mí tengo un cuaderno que no utilizaba desde hace dos años, porque todo lo que escribo termina en pantallas y desaparece en carpetas gestionadas por Dom. Pero esto no debe estar en una pantalla. Esto debe estar en papel, porque el papel no se puede borrar y porque quiero que permanezca, aunque me duela.

Plate. Mi único espacio honesto desde hace cuatro años. El lugar donde podía escribir sin que mi nombre envenenara lo escrito. El lugar donde se le permitía a Elias Mercer existir sin que Adrian Wolfe le vigilara por encima del hombro. Y ahora estoy aquí sentado, con el café frío, la camisa de ayer y esbozando cómo voy a renunciar a él.

La estructura es sencilla si se eliminan las emociones. Plate se desvinculará de Wolfe Media. Una fundación editorial autónoma. Consejo asesor independiente, sin puesto para los Wolfe, sin dinero de los Wolfe tras la dotación inicial. Anoto las cifras: valor de transferencia, dotación, costes operativos para tres años. Los números están claros. Los números no mienten, ni negocian, ni me miran como alguien que ha esperado cinco semanas sin decir nada.

Si separo Plate de Wolfe Media, Mercer dejará de ser la palanca de Bryce. Ni un seudónimo que pueda airear ante la junta directiva. Ni una cuenta secreta de autor que conduzca al CEO. Y si Mercer ya no existe, dejará de ser el reproche de Val, porque el hombre que escribió su crítica ya no pertenecerá a ninguna empresa que la juzgue.

Estoy renunciando a mi único espacio honesto. Pero le estoy quitando a Bryce la palanca con la que pretende destrozarla a ella.

Mi bolígrafo rasca el papel, la tinta es azul y las letras son más pequeñas de lo habitual porque tengo la mano cansada, y las manos cansadas escriben con más honestidad que las descansadas. Tres páginas. Estructura de la fundación. Independencia editorial. Sin influencia de Wolfe tras el primer día. Lo leo todo y no tacho nada, porque no hay nada que tachar. Es lo que es. Una renuncia que se siente como una amputación y como la única decisión correcta que he tomado en cinco semanas.

Afuera pita un taxi; el sonido llega amortiguado por las ventanas y la ciudad sigue viva, como si no hubiera pasado nada. Para la ciudad, de hecho, no ha pasado nada. Para la ciudad soy Adrian Wolfe, CEO, Penthouse en Tribeca, tercera página de Forbes; y el hombre que a las cuatro de la mañana redacta estructuras de fundaciones sobre papel porque una mujer le ha dicho que se vaya, no existe en ningún titular.

Mi móvil está junto al cuaderno; el número de Hannah lleva en mis contactos dos años, desde que escribió la prepublicación sobre el omakase japonés en Tribeca, que fue mejor que cualquier cosa que mi plantilla fija

hubiera entregado en ese trimestre. Hannah Lim. Sin vínculos con Wolfe, sin obligaciones editoriales, ha escrito dos veces como externa para Plate porque sus textos eran superiores a la media y porque Ines la recomendó.

Marco su número. Suena tres veces.

—Wolfe. —Su voz suena como si acabara de estar haciendo otra cosa y como si mi llamada fuera una interrupción que tolera, pero no agradece. Hannah siempre suena así.

—Saltarello, Williamsburg. Sin previo aviso. Escribe lo que quieras. Sin pautas.

Tres segundos de silencio. Luego: —¿Y dónde está la trampa?

—No hay trampa. Voy a retirar la crítica de Mercer.

—¿Por qué motivo?

Mi mirada cae sobre el cuaderno, sobre las tres páginas que hay allí y sobre el bolígrafo, que ha dejado manchas azules en mi dedo corazón. Mi boca formula la respuesta antes de que mi mente la procese.

—Porque ya no puede ser mía.

Silencio. Cinco segundos. Después: —Estaré en Brooklyn la semana que viene. Envíame la dirección.

—Gracias, Hannah.

—No me las des. —Clic.

Dejo el móvil sobre el escritorio, junto a las tres páginas del plan de la fundación y el café frío, y me recuesto. El techo de mi despacho tiene una grieta que no he mandado reparar en meses porque no me importaba, y sigue sin importarme, pero ahora me quedo mirándola como si tuviera la respuesta a la pregunta de si lo que estoy haciendo es estrategia o capitulación, o ambas cosas a la vez.

Por la tarde

La carta me lleva cuatro intentos.

En el primero escribo demasiado. Dos páginas de explicaciones y justificaciones que suenan a alegato de defensa ante un tribunal que no existe. Arrugo el papel y lo tiro a la papelera al lado del escritorio. En el segundo escribo demasiado poco. Tres frases que parecen un comunicado de empresa, y Val no se merece un comunicado de empresa. En el tercero intento ser honesto, pero la honestidad suena a autocompasión y la autocompasión es lo último que ella necesita de mí.

El cuarto intento tiene seis frases. Las leo tres veces y no cambio nada. El bolígrafo ha dejado una mancha azul en mi dedo índice, justo al lado de la cicatriz de la quemadura, y ambas parecen haber nacido para estar juntas.

Dos de las seis frases: *Plate será transferida a una fundación independiente. Hannah Lim redactará de nuevo la crítica de Saltarello, sin mi conocimiento y sin mi influencia.*

Doblo la carta dos veces, la meto en un sobre sin membrete y no escribo nada encima. Nada de «Señora Cortez». Nada de «Val». Nada que requiera un trato directo, porque los tratamientos presuponen relaciones, y yo no tengo derecho a una relación con esta mujer. Ya no. Quizá nunca.

El sobre descansa sobre el escritorio de cristal, la luz incide sobre él y parece algo que uno guardaría en un cajón y olvidaría; pero yo no quiero

que se olvide. Quiero que ella lo lea. Quiero que entienda que me rindo; no a ella, sino a todo lo demás.

Después del servicio

Tengo la mano sobre el sobre en el bolsillo de mi chaqueta, seis frases en tinta azul que no pesan nada y lo pesan todo a la vez. El trayecto hasta Williamsburg dura veinte minutos, y cada uno de ellos resulta a la vez demasiado largo y demasiado corto. Demasiado largo porque mi cabeza no para de calcular desde que subí al coche, analizando escenarios, formulando frases que no diré; y demasiado corto porque el vehículo se detiene y aún no estoy listo, y nunca lo estaré.

Saltarello se ve como siempre. La fachada está a oscuras, la lámpara sobre la entrada está apagada y el único indicio de que hay alguien dentro es el estrecho haz de luz bajo la puerta. Salgo del coche y el aire huele a asfalto y a los restos de una lluvia que cesó hace una hora.

Theo está en la puerta. Tiene los brazos cruzados, el trapo de cocina colgado del hombro izquierdo y su rostro dice todo lo que su boca calla.

—Una última cosa. Luego me marcharé. Lo prometo.

Theo me mira. Dos segundos. Tres. Luego se hace a un lado y me deja pasar sin decir palabra; la puerta se cierra tras de mí y me encuentro en el comedor vacío, donde el aire acondicionado zumba.

Val está sentada en la mesa seis. La mesa habitual de Mercer. Ahora es su escritorio tras el servicio, su centro de mando, el lugar donde comprueba las cifras que mantienen vivo a Saltarello. Tiene facturas frente a ella, repartidas en un abanico desordenado sobre la mesa, pero sus ojos no están en los papeles. Su mirada está fija en un punto intermedio entre las cifras y la pared, y cuando levanta la vista, su expresión es la misma que la de anoche. Alerta. Cansada. Preparada para algo que no desea.

—Tienes cinco minutos.

Me acerco a la mesa, mis pasos suenan suaves sobre el suelo y dejo el sobre sobre las facturas, entre el recibo de un proveedor y algo que parece una cuenta de la luz.

—Plate se va a desvincular de Wolfe Media. —Mi voz es más baja de lo que desearía—. Fundación independiente. Retiro mi crítica. Hannah Lim, crítica externa, escribirá una propia. Saltarello entrará en la lista, o se quedará fuera, según ella decida. Yo ya no tengo ninguna influencia.

Val coge el sobre. Sus dedos rasgan el papel, más rápido de lo necesario, y lee. Sus ojos recorren las seis frases y su rostro no cambia, lo cual es peor que cualquier reacción, porque la ausencia de expresión significa que se está protegiendo, y Val solo se protege cuando algo la golpea.

Deja el papel sobre la mesa. Lo empuja de vuelta. Hacia mí.

—No necesito tu maldita lista. —Su voz es tranquila y afilada a la vez, como un cuchillo recién afilado que no ves venir—. Necesito una verdad que no tenga que leer en una revista.

Se me tensa la mandíbula. Mis manos cuelgan a los costados y no las cierro en puños, porque eso significaría ira y no siento ira. Solo cansancio y algo por debajo que no tiene nombre y que no ha cesado en cinco semanas.

—Lo sé. Pero esto es todo lo que tengo ahora mismo.

Val me mira. Un segundo. Dos. Luego baja la vista de nuevo hacia las facturas que no está leyendo, su mano descansa plana sobre la mesa y sus nudillos están blancos. Entiendo el gesto: vete.

Me doy la vuelta. Mis pasos me llevan hacia la puerta y, con cada zancada, el espacio a mi espalda se vuelve más grande y vacío, y lo he aceptado. He

hecho lo que he podido. El sobre está sobre la mesa, Hannah llamará, Plate será libre, Val hará lo que Val hace y yo viviré con ello porque no tengo otra opción.

Me detengo en la puerta. Mi mano se apoya en el marco y me giro porque quiero decir algo que no llegaré a pronunciar, porque cualquier palabra ahora sobraría y porque ayer aprendí que el silencio es a veces lo único que se le debe a una persona a la que has herido.

Mi mirada recorre la sala. Pasa por las mesas vacías, por Val en la mesa seis, por su mano sobre los papeles. Y luego sigue más allá, detrás de ella, hacia el mostrador de la cocina.

Allí hay una hoja de papel entre dos hojas de comandas. Un papel blanco, más pequeño que un A4, y en él un logo que no alcanzo a leer, pero una dirección que sí puedo ver porque la letra es lo bastante grande y porque mis ojos enfocan antes de que mi mente comprenda lo que ven. Una clínica ginecológica en Brooklyn. Debajo un nombre: Valentina Cortez. Debajo una fecha: hoy por la mañana.

Y arriba, en mayúsculas, la palabra que lo detiene todo.

Ecografía.

Durante un segundo no hay nada en mi cabeza. Ni cifras, ni fundación, ni carta, ni seis frases en tinta azul. Durante un segundo solo existe esa palabra, que llena todo el espacio de mi mente y expulsa cualquier otra cosa: cada pensamiento, cada estrategia, cada plan que he redactado en las últimas veinticuatro horas.

Hago memoria. El Carlyle.

Mi mano se cierra alrededor del marco de la puerta, la madera presiona mis dedos y ni siquiera lo noto, porque mi cuerpo está haciendo algo que mi

mente aún no ha procesado. Se me corta la respiración. No de forma dramática ni ruidosa, simplemente se detiene, como si alguien hubiera apagado un interruptor.

No me giro hacia Val. Me quedo en el umbral, de espaldas a ella, y mi voz sale antes de que pueda controlarla; y no suena como mi voz, porque mi voz normalmente planifica las frases y esta frase no ha sido planificada.

—¿Estás embarazada?

Silencio. El aire acondicionado zumba. La lámpara sobre la línea de acero inoxidable proyecta su franja de luz sobre el comedor vacío; Val está sentada en la mesa seis y yo estoy en la puerta, y entre nosotros hay diez metros, cinco semanas y una pregunta que lo cambia todo.

Entonces oigo su voz, tan baja que casi no la escucho.

—Sí.

Mi mano se aferra al marco de la puerta. Se me ponen los nudillos blancos y la madera parece ceder, o me lo imagino, y mis piernas se quedan quietas porque han olvidado cómo moverse.

—Eso lo cambia todo.

Capítulo 15 - Adrian

Aproximadamente a la misma hora

Esto lo cambia todo.

Las tres palabras flotan en el aire y no sé si las he dicho para mí o para ella, y no importa porque ya están ahí y no se pueden retirar, y porque Val está detrás de la barra mirándome como si acabara de romper algo que ya estaba roto.

Mi mano se aferra al marco de la puerta. Tengo los nudillos blancos, la madera se me clava en los dedos y no me doy cuenta porque mi cabeza está haciendo dos cosas a la vez: calcular y respirar. Ambas mal. Me aprieto el puente de la nariz y mi respiración es superficial, como si alguien hubiera reducido el tamaño de la habitación a la mitad.

—Escúchame antes de que digas nada. —Mi voz suena objetiva, y la odio por ello, porque ser objetivo es lo único que me queda cuando todo lo demás sería demasiado ruidoso—. Mi padre y mi hermano utilizarán a un niño nacido fuera del matrimonio como arma contra ti en cuanto se enteren.

Garrett ya lo ha hecho con otras mujeres de otros hombres de esta familia. Bryce está esperando algo como esto.

Val se apoya con ambas manos en la mesa. Tiene los ojos oscuros, alerta y cansados al mismo tiempo, y me mira como se mira a alguien que acaba de echar una puerta abajo y ahora explica por qué era necesario.

—¿Qué quieres, Adrian? No te he preguntado por tu historia familiar.

Dice mi nombre como si fuera una piedra que me arroja a los pies. No Mercer. No Wolfe. Adrian. Y aun así no suena como una invitación.

Suelto el marco de la puerta. Mis manos cuelgan a mis costados; no las cierro en puños, ni las meto en los bolsillos, ni hago nada de lo que mi cuerpo me dicta, porque mi cuerpo está ahora mismo frente a una mujer embarazada y no tiene ni una sola idea útil sobre qué hacer con las manos en un momento así.

—Matrimonio. —La palabra sale antes de que pueda pulirla—. Contrato. Manutención. Reconocimiento del niño. —Cada punto una frase, cada frase una bala que disparo al aire con la esperanza de que ninguna regrese—. Dos millones de dólares en un fideicomiso. Una mitad de inmediato en Saltarello como capital. La otra como fideicomiso de garantía para el niño.

Val no se mueve. Ni un parpadeo, ni un suspiro que yo pueda ver. Solo sus manos sobre la mesa, con los dedos ligeramente abiertos, como si se aferrara a una superficie que le pertenece y en la que yo intento entrar con cifras.

—Si estamos casados, no pueden hacer nada. —Se me tensa la mandíbula y sigo hablando porque callar sería peor—. Si no, Garrett os destrozará a ti y a Saltarello en cuatro semanas.

Silencio. El aire acondicionado zumba. La lámpara proyecta su estrecha franja de luz sobre el salón vacío. Estoy a tres metros de ella, y esos tres metros se sienten como una frontera que no tengo permitido cruzar.

—¿Me estás ofreciendo dinero porque has mentido?

Su voz es tranquila. Demasiado tranquila. Como un cuchillo que ya está en la mano y solo necesita una dirección.

—Te ofrezco protección porque yo he causado esto. —Mantengo su mirada y hablo antes de poder pensar, porque pensar significaría elegir las palabras, y las palabras elegidas son lo último que ella quiere oír de mí—. Y te ofrezco el dinero porque lo tengo y tú lo necesitas. Esto no es una compensación. Es una posibilidad.

Val me mira. Dos segundos. Tres. Luego retira las manos de la mesa, se cruza de brazos y la línea de su mandíbula se vuelve rígida; conozco ese gesto porque lo he estudiado durante ocho semanas en la mesa seis sin saber que lo estaba estudiando.

—Eso es una impertinencia.

No digo nada. No hay nada que pueda decir que no sea impertinente, porque todo lo que salga de mi boca esta noche viene de un hombre que ha guardado silencio durante cinco semanas y que ahora se entera de un embarazo y responde con un acuerdo prenupcial.

Val cierra los ojos. Un segundo. Los abre de nuevo. Y entonces dice algo que no esperaba.

—Lo pensaré. Esta noche. Mañana por la mañana tendrás una respuesta.

Mañana por la mañana. No es un no. No es un lárgate. Mañana por la mañana.

Asiento con la cabeza. Una vez. Me doy la vuelta. La puerta se abre, el aire de fuera huele a asfalto y a los restos de algo que no ha llegado a ser lluvia, y me marcho porque ella lo quiere y porque he aprendido que irse es a veces lo único que uno puede hacer bien.

De vuelta en el Penthouse

Estoy sentado al escritorio mirando mi teléfono.

Hay silencio en el apartamento, el tipo de silencio que parece estar escuchando. La pantalla de mi móvil está negra y mi dedo índice descansa al lado, no encima, porque no voy a llamar a Dom. Llamar significaría contarle a alguien lo que acaba de pasar, y no puedo contarlo porque no es mío. No solo mío.

Me levanto, voy a la ventana, vuelvo. Me siento. Me levanto otra vez. Mi cuerpo quiere hacer algo y mi cabeza no tiene nada que ofrecerle aparte de esperar, y esperar es lo que peor se me da. En algún lugar de Williamsburg, Val está ahora sentada con alguien, o está sola, o está durmiendo; no lo sé, y ese no saber me corroe las entrañas, un vacío que crece con cada minuto que pasa.

En su lugar, abro el portátil y escribo un mensaje a mi abogado. Breve, sobrio, sin contexto. Acuerdo prenupcial. Estructura de fideicomiso, dos millones, repartidos. Todas las cláusulas a favor de la otra parte. Que tenga el borrador listo para mañana. Leo el mensaje dos veces, cambio una palabra, lo envío y cierro el portátil. Redacto el borrador del contrato antes de tener su respuesta porque tengo que hacer algo y porque la inactividad se siente como rendirse, y ya me he rendido lo suficiente esta noche.

El «mañana por la mañana» de Val puede ser cualquier cosa. Sí. No. Condiciones en las que no he pensado. O silencio, porque el silencio también es una respuesta y porque Val es buena diciendo con el silencio cosas que otros no logran expresar ni con diez frases.

Me propongo no llamar a Dom. No ahora. Mañana quizás, si hay algo que se pueda planear. Ahora no hay nada que planear, solo un hombre en un Penthouse pidiéndole a una mujer en Brooklyn que se case con él porque le ha arruinado la vida y porque casarse es la única reparación que su cabeza es capaz de producir. Qué dice eso de mí. No respondo a la pregunta porque la respuesta no ayuda.

Me echo hacia atrás y miro al techo, y el techo no tiene respuestas, y no duermo, porque dormir significaría que mi cabeza deja de trabajar, y mi cabeza está trabajando ahora mismo en algo más grande que cualquier cosa que haya calculado jamás.

A la mañana siguiente

Mi teléfono suena a las nueve y cuarto; el nombre de Val aparece en la pantalla y mi estómago hace un movimiento que no tiene nada que ver con el hambre.

—De acuerdo. Bajo mis condiciones.

Su voz es clara, sobria, como si hubiera ensayado las palabras y como si cada sílaba fuera una decisión que ya ha tomado antes de marcar el número. Sostengo el teléfono contra mi oreja y no digo nada porque ella no ha terminado.

Lee en voz alta. Punto por punto, y cada punto impacta, no porque sea injusto, sino porque es justo de una manera que me dice que ha estado despierta toda la noche pensando y que el resultado no es un arrebato de ira, sino un cálculo.

—Seis meses de matrimonio a prueba. Nada de besos, nada de sexo, nada de caricias. Nada en absoluto. Dos millones en fideicomiso como has ofrecido, una mitad para Saltarello, la otra para el niño. El dinero a su nombre, los Abogados de Wolfe no tienen voz ni voto. Yo tampoco.

Relaciones Públicas de Wolfe se mantiene totalmente fuera de Saltarello. Es mi local. En caso de separación tras los seis meses, el dinero se queda con ella y el niño, sin derecho de reembolso. Cualquier cambio en las cláusulas por tu parte significa que me retiro, con el dinero. Y te comprometes a consultar conmigo previamente cualquier paso público relacionado con Mercer.

Siete puntos. Cada uno de ellos un clavo que ella martillea sin elevar la voz, y mi cabeza hace los cálculos mientras mi mano aprieta el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Al llegar al tercer punto —el dinero a su nombre, sin voz ni voto para mí— se me corta la respiración, no porque sea injusto, sino porque es tan malditamente justo que duele. Se ha pasado toda la noche sentada a la mesa de la cocina construyendo algo que es hermético. Contra mí.

Acepta la oferta, pero la acepta a su manera, y su manera es una jaula en la que entro voluntariamente porque la jaula es la única estructura que nos protege a ambos.

—Todo firmado. —Mi voz es tranquila, más tranquila de lo que me siento —. Dejaré que mi abogado redacte el punto tres de forma impecable, por lo demás, como tú digas.

—Adrian. —Pausa—. Si cambias algo, me retiro con el dinero.

—Está bien. No cambiaré nada.

Clic. Cuelga, y me quedo junto a la ventana con el teléfono en la mano, y la ciudad bajo mis pies sigue viva como si nada hubiera pasado.

Llamo a mi abogado. La llamada dura cuatro minutos. Le digo que redacte cada cláusula a favor de Val, y él me pregunta si lo digo en serio; le digo que sí, exactamente así, cada una de ellas. Fecha de la boda: en dos semanas. City Hall, Manhattan. Testigos: Maggie y Theo. Ningún miembro

de la familia Wolfe. Lo anota todo y oigo su bolígrafo sobre el papel, y luego pregunta si debe revisar de nuevo el punto sobre el derecho de reembolso, y le digo que no, que se queda como ella ha dicho. Sin derecho de reembolso.

Cuelgo y exhalo, por primera vez desde ayer por la noche, de verdad, profundamente, como si mis pulmones hubieran estado esperando permiso todo este tiempo.

Por la tarde

Marco el número de Garrett de pie, porque uno no habla por teléfono con mi padre mientras está sentado. Eso lo aprendí a los diecisiete años, y hay cosas que no se olvidan.

—Me caso en dos semanas. City Hall. Con la señora Cortez, del Saltarello.

Silencio. No es el tipo de silencio que significa sorpresa. Es el tipo que significa que alguien está pensando qué herramienta utilizar a continuación. Le oigo respirar, despacio, de forma controlada, y reconozco esa respiración porque es la misma que la suya en la mesa del comedor en Greenwich cuando está preparando la siguiente frase.

—Te dejarás llevar y la presentarás a la familia.

—No.

—Sí. —La voz de Garrett es baja, y en él, lo bajo es más peligroso que lo alto, porque lo alto es una reacción y lo bajo es una decisión—. Querré verla. Y vendréis.

Clic.

Dejo el teléfono sobre el escritorio de cristal, junto a la caja de los gemelos con las iniciales que me pertenecen y que ahora mismo se sienten como si fueran prestadas. Fuera se alza el horizonte de la ciudad, y ese horizonte no ha cambiado, y la ciudad tampoco, y sin embargo aquí está sentado un hombre que hace tres horas ha firmado un contrato matrimonial escrito por una mujer que lo odia.

La puerta se abre. Sin llamar.

Bryce entra y su sonrisa es la de siempre, amplia y tranquila, y tan paciente como si tuviera todo el tiempo del mundo y como si el tiempo fuera algo que utiliza contra los demás.

—Me han dicho que te casas. —Se detiene a dos pasos de mi escritorio y se mete las manos en los bolsillos—. Ha llamado padre. ¿Sabe ella con qué se está casando realmente?

—Más de lo que crees.

Bryce sonríe. No es una sonrisa que transmita calidez, nunca lo ha sido. —O menos de lo que crees.

Se da la vuelta y se va, la puerta se cierra tras él y yo me quedo mirando y mi vista se clava en la puerta cerrada, y en mi cabeza se forma una frase que no es para Val, ni para Garrett, ni para mi abogado.

Bryce lleva meses esperando el momento adecuado para utilizar lo que sabe sobre Mercer. La boda no ha desactivado ese momento. Lo ha desencadenado.

Capítulo 16 - Val

Dos semanas después

El pintalabios de Maggie es demasiado rojo.

Estoy frente al espejo del baño de mujeres del City Hall y le doy vueltas a la barra, como si el color fuera a mejorar si lo miro desde abajo. No mejora. Es el mismo rojo cereza agresivo que Maggie lleva desde que la conozco, y a ella le queda bien porque tiene el rostro para ello, y a mí me queda así porque Maggie insistió y porque me he despertado a las seis de esta mañana y ya no tenía opinión propia sobre nada.

Mi vestido es de color crema. Nada de blanco, porque el blanco sería una mentira, y ya tengo suficientes mentiras para medio año. La tela cae lisa sobre mi vientre, que aún no muestra nada, novena semana, y aun así poso mi mano sobre él, justo antes de apartarme del espejo; es un gesto que me sale desde la ecografía sin que yo lo planee.

Maggie espera fuera, con un vestido azul oscuro que ella ha calificado de apropiado y que yo califico de excesivo, y ambas sabemos que se lo ha

puesto para las fotos que no se van a hacer. O tal vez sí. Depende de lo que Garrett Wolfe haya enviado a su lista de prensa.

—¿Lista? —Maggie me observa con la cabeza ladeada, como si estuviera tasando una acción.

—No.

—Perfecto. Entonces el pintalabios encaja.

Theo está de pie tres metros más allá, apoyado en una columna, y tardo dos segundos en reconocerlo porque, con traje, Theo parece alguien que ha robado un traje y está esperando a que llegue la policía. Gris oscuro, demasiado estrecho de hombros, y le falta su paño de cocina por primera vez desde que lo conozco.

—Lo he comprado como señal de mi humildad —dice, tirando del cuello de la camisa.

—La humildad no te pega, Russo.

Él esboza una sonrisa fugaz y suelta el cuello, y por un momento parece Theo y no alguien que intenta ser otra persona. Eso basta.

Pasos detrás de mí. No me doy la vuelta porque sé quién es, y porque darme la vuelta significaría que estoy lista, y no lo estoy, y no lo estaré, ni hoy, ni en cinco minutos, ni cuando la oficial del registro civil me lo pregunte.

Adrian cruza la puerta y Dom va medio paso por detrás de él; Adrian lleva un traje que parece cortado a medida para este preciso momento, y una corbata que no le he visto nunca, y no lleva gafas porque hace semanas que no las usa, y lleva el pelo peinado hacia atrás, y parece alguien a quien encontrarías en la portada de una revista, y mi estómago pega un vuelco que no tiene nada que ver con el embarazo. O quizá sí. Ya no sé distinguirlos.

Nos miramos.

No decimos nada.

Cierro los dedos alrededor del dobladillo de mi vestido y su mano cuelga a su costado, y entre nosotros hay cuatro metros y un contrato y seis meses y algo que no tiene nombre y que no voy a nombrar, porque nombrarlo significaría que existe. Su mirada recorre mi rostro, el pintalabios, el vestido, y se detiene un segundo de más, y suelto el aire porque me he olvidado de inspirar.

La oficial del registro civil nos hace pasar. Es una mujer de pelo corto con una sonrisa profesional que no sabe nada de contratos y puntos y seis meses de Periodo de prueba.

Dura cinco minutos.

Cinco minutos para algo que debe durar seis meses y que se siente como si fuera a explotar en tres semanas o a no terminar nunca. Ella pronuncia frases que no oigo porque mi cabeza está ocupada intentando que mis manos se queden quietas. Adrian está a mi lado, a medio paso de distancia, y huelo su aftershave, que es el mismo de la Carlyle Suite, y mi cuerpo recuerda cosas que mi mente lleva nueve semanas intentando borrar.

—Sí —digo, y mi voz se quiebra en la primera letra, una grieta que solo oigo yo, o Adrian, porque su cabeza gira un centímetro en mi dirección.

—Sí —dice él. Claro. Tranquilo. Como si hubiera ensayado la palabra.

Alianzas. Sencillas, de oro blanco, elegidas por él, que yo vi por foto y aprobé con una sola palabra: Vale. Él me desliza el anillo en el dedo; su mano no tiembla, pero la mía sí, y él se da cuenta porque sus dedos permanecen un segundo más sobre los míos de lo necesario.

Beso en la mejilla. Contrato, punto dos. Sus labios rozan mi piel, secos, breves, y mi pulso martillea tan fuerte que estoy segura de que la oficial del registro civil puede oírlo. Él se retira y su mirada cruza la mía, y veo algo en ella que no quiero ver, porque hace que esto sea más complicado de lo que ya es.

Listo.

Salimos, Maggie y Theo detrás de nosotros, Dom a un paso de distancia, y al cruzar el vestíbulo, hay un flash.

Me quedo petrificada. Mi mano vuela a mi vientre, por instinto, antes de que pueda retirarla.

Un hombre con una cámara, medio oculto tras una columna; su objetivo nos apunta y se me revuelve el estómago, y lo primero que pienso no es en la prensa sino en el niño, como si una foto fuera algo que pudiera dañar a un embrión, lo cual no es posible, pero mi cuerpo no piensa con lógica.

—Era de esperar —dice Adrian. Con calma. Como si lo hubiera previsto—. Padre lo ha filtrado.

A mi lado algo se mueve. Maggie agarra el vaso de café que lleva en la mano desde el baño, toma impulso y lo lanza. El vaso vuela por el vestíbulo, falla al paparazzo por medio metro y se estrella contra una pared de mármol. El café salpica.

—Muy distinguido, Maggie —dice Theo.

Maggie se endereza la chaqueta y no dice nada, pero su cara lo dice todo.

Saltarello, cerrado

Mesa seis. Mi mesa. El antiguo sitio de Mercer, mi escritorio después del servicio, el lugar donde reviso las facturas, llamo a los proveedores y sumo los números que mantienen en marcha el Saltarello. Hoy hay allí cinco copas y una botella de agua para mí y algo que Theo llama comida y que es mejor que cualquier cosa que haya comido en las últimas dos semanas, porque Theo cocina cuando está nervioso, y hoy estaba lo bastante nervioso para preparar cuatro platos.

Adrian se sienta frente a mí. Dom a su lado. Maggie a mi izquierda, Theo a mi derecha, y la luz entra por las persianas cerradas; el local está en silencio, el aire acondicionado zumba y parece un funeral en el que alguien se ha olvidado de traer el ataúd.

Maggie levanta su copa: —Por la boda más extraña en la que he estado jamás.

—Por la única —dice Theo.

Bebemos. Maggie vino, Theo cerveza, Dom algo transparente que huele a ginebra, Adrian agua y yo agua. Mi estómago se rebela ante el olor del carré de cordero de Theo y respiro superficialmente por la boca hasta que las náuseas remiten; nadie dice nada porque todos fingen que esto es normal, y yo se lo agradezco.

Theo habla de la nueva carta que estamos planeando desde la Inyección de capital, y Maggie le pregunta a Dom si siempre es la sombra de Adrian o si esto es un especial por la boda, a lo que Dom responde que prefiere el término sombra, y Maggie dice que ella lo habría tomado más bien por un guardaespaldas, y entonces Dom sonríe por primera vez desde que lo conozco. Adrian come poco y habla menos, y yo lo observo por encima del borde de mi vaso de agua; sus dedos juguetean con el anillo de su mano, como si aún no se hubiera acostumbrado a que haya algo ahí. Yo tampoco lo estoy. El mío me queda apretado porque tengo los dedos hinchados por la mañana desde el embarazo, algo que nadie me advirtió y que no sale en ningún libro.

Entonces Adrian se levanta.

Mi cuchara se detiene sobre la sopa. Maggie me mira. Theo mira su plato. Dom mira a Adrian, como si lo hubiera esperado y supiera lo que viene.

—Sé que no soy el hombre que tú habrías elegido. —Su voz es baja y me mira a mí, solo a mí; sus manos cuelgan a los lados y no sostiene ninguna copa, porque Adrian Wolfe no necesita atrezo cuando dice algo que siente de verdad—. Intentaré convertirme en alguien de quien no te arrepientas.

Lo miro.

No digo nada.

Mis dedos rodean el vaso de agua y mi pulgar acaricia el borde, y en mi cabeza se forma algo que no es una frase ni un pensamiento, sino algo intermedio que duele de una forma que no esperaba. No de él. No hoy.

A mi lado, Maggie suelta un sollozo. Tose. Agarra su servilleta y se seca los ojos, y luego vuelve a toser fingiendo que se ha atragantado, y nadie la cree, pero nadie lo comenta.

Noche cerrada, Penthouse

Hay dos maletas en el ascensor y los espejos me muestran por triplicado, y cada versión parece más cansada que la anterior. La mujer del vestido crema con el pintalabios de Maggie y un anillo en el dedo que lleva ahí tres horas y se siente como algo que no me pertenece.

El Penthouse de Adrian es enorme. La cocina tiene una encimera de piedra oscura, el salón tiene ventanales por los que resplandece la ciudad y el pasillo tiene cuatro puertas, y a partir de hoy una de ellas es mía.

Habitación de invitados. Cama, armario, ventana a la escalera de incendios, una toalla sobre la cómoda que alguien ha dejado allí, probablemente Adrian, probablemente esta mañana antes de ir al City Hall, y el pensamiento de que se haya acordado de una toalla me impacta más que la ceremonia. Dejo mis maletas y no abro ninguna.

Adrian está en el pasillo y observa cómo abro la puerta de la Habitación de invitados. No dice nada. Lo acepta sin una palabra, sin un gesto, sin cambiar la expresión de su cara, y no sé si eso es fortaleza, indiferencia o una tercera cosa que no soy capaz de leer.

Contrato, punto dos. Nada de sexo. Nada de besos. Nada de toqueteos. Absolutamente nada. Seis meses. Yo escribí las reglas y voy a cumplirlas, y mi cuerpo puede rebelarse todo lo que quiera.

Voy al baño; el pasillo es estrecho entre la Habitación de invitados y su dormitorio, y al volver, ocurre. Adrian sale de la cocina y nos cruzamos en medio, y el pasillo es demasiado angosto para dos personas que quieren mantener las distancias.

Nos quedamos parados. Demasiado cerca. Su brazo casi rozando mi hombro, mi aliento casi en su barbilla, y el aire entre nosotros se vuelve escaso, y ninguno de los dos respira. Levanto la mirada hacia su mandíbula, hacia su boca, y mi cuerpo hace algo que mi mente anula de inmediato, un impulso que empieza en la punta de mis dedos y que detengo antes de que llegue a mi mano.

Adrian es el primero en apartarse.

—Buenas noches, Val.

—Buenas noches, Adrian.

Mi voz suena cansada porque estoy cansada, y su voz suena controlada porque él es Adrian Wolfe y el control es lo único que le queda cuando todo lo demás desaparece.

Cierro la puerta de la Habitación de invitados. Me apoyo contra ella. Respiro.

La cama es blanda, las sábanas están limpias y la pared entre su habitación y la mía es lo bastante fina para que oiga cuando él se mueve. Me tumbo boca arriba y me quedo mirando el techo, pero el techo no tiene respuestas y no me duermo.

A través de la pared oigo que él tampoco duerme. O me lo imagino. Un roce, un crujido, luego nada, luego otra cosa, y mi cabeza crea con eso imágenes que no debería crear.

Una pared. Tres metros de pasillo. Seis meses de Periodo de prueba según contrato.

Me pongo de lado. Mi mano descansa sobre mi vientre, y debajo crece algo que es mitad mío y mitad del hombre tras la pared, y ese hecho es al mismo tiempo lo más loco y lo más real que me ha pasado nunca.

No me duermo hasta las tres.

En sueños, estoy de vuelta en la Carlyle Suite. Su boca en mi cuello. Su mano entre mis muslos. El sonido que hace cuando digo su nombre, profundo y ronco, y mi espalda sobre las sábanas, y su voz en mi oído, y me despierto.

Empapada en sudor. El pulso a mil. Y excitada.

Vaya noche de bodas.

Capítulo 17 - Adrian

Una semana después

Una semana, y ni una sola vez ha pegado un portazo.

Parece poca cosa. No lo es. En este Penthouse, donde cada pared es demasiado fina y cada pasillo demasiado estrecho y cada hora entre las dos y las cinco de la mañana es tan silenciosa que se oye respirar al frigorífico, una semana sin portazos es un maldito logro.

Estoy en la cocina sosteniendo una taza de café que lleva llena tres minutos y de la que no he bebido. El café se está enfriando. Me doy cuenta y, aun así, no bebo, porque Val está sentada a la barra.

Come cereales con almendras saladas.

El cuenco está sobre la piedra oscura, y ella tiene la cuchara en la mano derecha, y lleva el pelo suelto, cayéndole sobre el hombro, y viste una camiseta que no es suya, sino una vieja de color gris que ha cogido de uno de mis armarios, y no digo nada al respecto porque decir algo sería lo primero que haría mal en una semana.

Maggie trajo las almendras. Ayer por la noche, en una bolsa de papel que dejó sobre la barra antes de irse sin mirarme. Maggie, por lo general, no me mira desde la boda. Es una de esas cosas que acepto porque es una de esas cosas que me he ganado.

—Buenos días.

Val levanta la vista. Un segundo, no más.

—Buenos días.

Toda una conversación. Progreso.

Doy un sorbo al café. Frío. Me lo bebo de todos modos, porque tirarlo significaría que tengo que ir al fregadero, y el fregadero está al lado de ella, y el lugar a su lado es un sitio donde mi cuerpo hace cosas que mi cabeza no ha autorizado.

Empuja una almendra con la cuchara hasta el borde del cuenco, la observa, se la come sola. Cada movimiento es preciso, como en su cocina, como en todo lo que hace, y yo me quedo aquí observando a una mujer desayunar y me imagino que esto es normal. No lo es. Nada de esto es normal. Lo normal sería que me levantara a las cinco y media y me fuera a la oficina y no la viera hasta que volviera por la noche. En lugar de eso, llevo una semana levantándome cada mañana a las cinco en esta cocina, media hora antes de que ella despierte, y finjo que el café es el motivo.

Desde la boda, duerme en la Habitación de invitados. Tres metros de pasillo, una pared, el Punto dos del contrato. Nada de sexo. Nada de besos. Nada de toqueteos. Absolutamente nada. He aceptado las condiciones y las cumplo, y eso no me cuesta nada, salvo el sueño, y el sueño es algo que, de todas formas, he olvidado cómo se hace.

Val come sus cereales, y el sonido de la cuchara en el cuenco es lo único en esta cocina que da la sensación de que alguien vive aquí, y yo estoy a tres metros sujetando un café frío y preguntándome desde cuándo sabe Maggie que Val necesita almendras saladas en el desayuno, y por qué yo no lo sé, y si hay cosas que solo se saben cuando no eres el hombre que lo ha arruinado todo.

Dejo la taza. Cojo mi maletín, que está junto a la barra, y me voy sin mediar palabra, porque una palabra más abriría algo que ninguno de nosotros quiere abrir. Al llegar a la puerta del ascensor, no me doy la vuelta. Val mastica. La cuchara tintinea contra el cuenco. El sonido me acompaña hasta el interior de la cabina.

Media mañana, Wolfe Tower

Reconozco los pasos de Dom antes de que abra la puerta. Dos cortos, uno largo, luego la mano en el pomo y hoy hay algo más, una vacilación que percibo porque llevo seis años oyendo a Dom y porque la vacilación en Dom significa que va a poner algo sobre la mesa que no quiero ver.

Deja una tarjeta negra sobre mi escritorio de cristal. Papel grueso, relieve dorado, la caligrafía de Garrett en el interior; no hace falta que la abra para saber qué dice, porque Garrett envía exactamente un tipo de invitación y ese tipo significa que hay que ir.

La abro de todos modos.

—*«Será un placer recibiros a tu mujer y a ti para pasar una velada con Bryce y conmigo».*

A las diecinueve horas. En una semana. Greenwich.

Mis dedos se cierran sobre la tarjeta, el papel cruje y lo rompo por la mitad, una vez, luego otra, y los trozos caen sobre el escritorio de cristal. Dom se

queda delante y no dice nada durante tres segundos, lo cual para Dom es una eternidad.

—No puedes romperla así como así.

—Puedo.

—Él no invita. Él ordena. Si no vas, vendrá él aquí.

Me echo hacia atrás. Se me tensa la mandíbula y me quedo mirando los jirones de papel que yacen sobre el cristal como algo que uno fue una vez y ya no quiere ser. Dom tiene razón. Dom siempre tiene razón cuando se trata de Garrett, porque Dom observa a Garrett desde que lo contraté y porque Dom es el único que ve a mi padre como lo que es: un hombre que envía invitaciones que no son invitaciones.

Greenwich. Piedra e hiedra y dos perros en la puerta de entrada y un comedor en el que las velas siempre están encendidas, sin importar si alguien come o no. El escenario de Garrett. Cubertería de plata, madera oscura, cada frase es una prueba y cada respuesta queda registrada y es evaluada; y Bryce se sienta al lado, sonríe y espera.

Desde la boda, Bryce no ha hecho nada. Ni llamadas, ni visitas sin llamar a la puerta, ni sonrisas en el pasillo. Silencio. Y el silencio en Bryce es lo más peligroso que tiene. Está esperando. Garrett le cede el escenario.

—Quiere verla. —Mi voz es calmada. Demasiado calmada—. Quiere darle la mano y demostrarle que es educado, y luego se pasará toda la noche diciendo cosas que parecen cumplidos y no lo son, y Bryce se sentará al lado y sonreirá.

Dom asiente. Con eso basta.

Me levanto, cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y en mi cabeza se forma algo que no es un plan, sino la ausencia de un plan, y la ausencia es peor, porque significa que reacciono en lugar de actuar, y reaccionar es algo que Garrett me enseñó al obligarme a ello durante treinta años.

—Envíale a Val una copia de la invitación.

Las cejas de Dom se elevan, casi de forma imperceptible. —¿Al Saltarello?

—Al Saltarello.

Mediodía, Saltarello

La mesa seis. Mi antiguo sitio, cuando aún era Mercer y llevaba un cuaderno en el bolsillo interior y unas gafas que no necesitaba, y una vida que era más sencilla porque era una mentira.

Me siento. El aplique de la pared no está encendido porque hay luz de mediodía, el aire acondicionado zumba y el local huele a algo que Theo está cocinando, y todo es como siempre, y nada es como siempre, porque estoy aquí sentado como Adrian Wolfe, esposo, y no como Elias Mercer, cliente.

No pido nada. Me siento, pongo las manos sobre la mesa y espero, y la espera se siente distinta a la de hace meses, cuando me sentaba aquí con un cuaderno en el bolsillo interior y observaba a una mujer que no sabía quién era yo. Ahora lo sabe. Y el saberlo no ha facilitado nada.

Val aparece a los tres minutos. Delantal, pelo recogido y en la mano una tarjeta negra que tiene el mismo aspecto que la que rompí hace dos horas. La deja sobre la mesa, entre nosotros, y se sienta frente a mí; sus ojos están oscuros, alerta y cansados, y conozco esa mirada porque es la misma que la de la noche en que le ofrecí el contrato.

—¿Greenwich? ¿En serio?

—En serio. Preferiría no llevarte.

—Y yo preferiría no ir. —Se echa hacia atrás, cruza los brazos y su mirada sostiene la mía sin parpadear—. Pero esto no va a desaparecer si no voy. ¿Verdad?

—No.

Silencio. El aire acondicionado zumba. En algún lugar de la cocina suena la tapa de una olla y Val está sentada frente a mí. Entre nosotros hay una invitación que no es una invitación, y el silencio dura cinco segundos que parecen cinco minutos; entonces dice algo que me impacta porque no es lo que esperaba.

—Iré contigo. Pero bajo mis condiciones.

Se me curva la boca hacia arriba, por un lado, antes de que pueda evitarlo. —Otra vez condiciones.

—Siempre condiciones. —Se inclina hacia delante y pone las manos sobre la mesa, a izquierda y derecha de la tarjeta; me mira y no es una petición ni una pregunta, sino algo que está entre un aviso y una oferta—. Primero: no soy una representación tuya. Soy tu mujer. No me defiendas. Puedo responder por mí misma. Segundo: nos quedamos dos horas y luego nos vamos, sin importar quién esté hablando todavía. Tercero: tú no conduces. Pedimos que nos lleven.

Tres puntos. Cada uno es un clavo, y ella los martillea con la misma precisión con la que escribió un contrato que me encerró en una jaula en la que entré voluntariamente. Se me relaja la mandíbula por primera vez en todo el día, porque Val Cortez acaba de trazar un plan, y Val Cortez con un plan es lo único en mi vida que no tengo que controlar.

—De acuerdo. Pero el punto uno es negociable.

—Hoy no.

Se levanta. Coge la tarjeta de la mesa, la dobla una vez y se la mete en el bolsillo del delantal. Al llegar al umbral de la cocina se da la vuelta y su mirada roza la mía un segundo; en ese segundo hay algo que ni ella ni yo nombramos, porque nombrarlo significaría que existe, y lo que existe puede romperse.

Luego se marcha y yo me quedo sentado en la mesa seis mirando el hueco donde estaba la tarjeta; el aire acondicionado zumba y de la cocina llega el sonido de un cuchillo sobre madera, rítmico, rápido, y apuesto a que está cortando chalotas, porque Val corta chalotas cuando reflexiona, y conozco ese detalle porque estuve ocho semanas aquí sentado observando sin olvidar nada de aquello.

No ha dicho que no. Ha puesto condiciones. Y no sé desde cuándo las condiciones son lo mejor que alguien me da.

Me levanto, dejo un billete de veinte sobre la mesa por el café que no he pedido y me voy; el billete de veinte es una costumbre de la época de Mercer que no puedo abandonar, y Val lo metería en el bote de las propinas sin decir nada, y ese silencio sería una conversación por sí misma.

Una semana después, Penthouse

La noche huele a lluvia que no llega. El aire en el Penthouse se siente pesado y he abierto la ventana del salón, algo que nunca hago, y el motivo está en la Habitación de invitados haciendo la maleta.

Val está junto a la cama y dobla la ropa con la precisión con la que corta las verduras; yo me quedo en el marco de la puerta observando porque no me ha echado y porque no echarme es lo más parecido que tenemos a una invitación.

Mete dentro un vestido cruzado de color crema que no conozco y que probablemente sea de Maggie, además de unos zapatos que tampoco conozco y algo que va en una bolsa de tela y que desliza con cuidado entre los zapatos.

Luego mete la mano en el cajón de la mesilla de noche. Y guarda un cuchillo en la maleta.

No es un cuchillo de cocina. Es uno estrecho, corto, con mango de madera, que parece pertenecer a una cocina profesional, y que envuelve en un paño de cocina antes de deslizarlo entre el vestido y los zapatos. Con esmero. Como si tuviera que estar ahí.

No digo nada. Abro la boca y vuelvo a cerrarla porque cualquier cosa que pudiera decir estaría mal. Un comentario sería control. Una pregunta sería duda. El silencio es lo único que ella quiere de mí y se lo doy, y me cuesta menos de lo que habría pensado.

Val levanta la vista. Sus ojos se encuentran con los míos y en ellos no hay desafío ni provocación, sino algo tranquilo, algo que sabe a Val, a la Val que se queda sola en su cocina después de medianoche cortando chalotas porque cortar es lo único que acalla su mente.

—Medida de precaución. —Sus comisuras tiemblan—. Nunca he sobrevivido a una cena familiar con multimillonarios sin una hoja a mano.

Empieza en mis hombros. Un temblor que sube hacia arriba, a mi cuello, a mi mandíbula, y entonces me río.

Por primera vez en días.

Capítulo 18 - Val

Poco después

El vestido cruzado queda demasiado bien para alguien que lleva un cuchillo en el bolso.

Negro, de corte cruzado; Maggie lo ha traído sin preguntar y yo me lo he puesto sin discutir, porque me he despertado a las seis con el estómago como si alguien le hubiera metido una esponja mojada, y porque discutir con Maggie sobre ropa es aproximadamente tan productivo como discutir con un muro de hormigón sobre flexibilidad. El cuchillo está envuelto en un paño de cocina entre los zapatos, dentro de mi bolso. No porque crea que lo voy a necesitar. Sino porque sentir el mango de madera bajo mis dedos me recuerda quién soy cuando todo lo demás deja de funcionar. La tela cae lisa sobre mi vientre, que aún no muestra nada, décima semana, y el corte oculta lo que todavía no está ahí; y me pregunto cuánto tiempo funcionará esto antes de que la mirada de Garrett Wolfes atraviese el tejido como un bisturí.

Estoy sentada en el asiento trasero, con la vista fija en la mampara de cristal que me separa del conductor, y mi reflejo me devuelve la mirada, pálido, demasiado serio; y ese reflejo viste de negro y parece una mujer que sabe a

dónde va. Yo no lo sé. Solo sé que Greenwich está al final de este trayecto y que Garrett Wolfe está al final de Greenwich, y que entre aquí y allá hay cuarenta minutos de autopista y un hombre sentado frente a mí al que no miro.

Adrian lleva un traje azul oscuro y una corbata negra, y tiene el pelo peinado hacia atrás; parece lo que es: alguien invitado a casas que podrían ser suyas si se hubiera doblegado lo suficiente. Tiene las manos sobre las rodillas y sus dedos no se mueven, y su mirada se pierde en algún punto entre la ventanilla y el suelo, y no dice nada.

Yo tampoco digo nada.

La ciudad se desliza tras los cristales: puentes, señales de salida, hormigón; el tráfico se vuelve más fluido, la luz disminuye y pasan diez minutos en los que lo único que oigo es el suave zumbido del aire acondicionado, mi propia respiración y el roce ocasional de su manga cuando cambia la posición de la mano sobre la rodilla. Mi estómago da un vuelco lento y aceitoso que no tiene nada que ver con las curvas y sí con el hecho de que mi cuerpo ha decidido considerar los viajes en coche como una ofensa personal desde hace dos semanas, sin previo aviso, sin consultármelo. Me pongo la mano en el vientre, bajo la tela, donde nadie lo ve, y respiro superficialmente por la boca hasta que la náusea remite, diciéndome que esto es normal, que millones de mujeres pasan por ello, que no significa que sea débil y que, a pesar de todo, preferiría estar en mi cocina picando chalotas que sentada en una limusina que huele a cuero y al aftershave de un hombre al que no he besado hace veinte minutos.

Adrian levanta la cabeza.

—Gracias por venir.

Lo miro. Por primera vez desde que subimos. Sus ojos se ven grises en la penumbra de la limusina, y hay algo en ellos que no quiero interpretar,

porque interpretar significaría que estoy buscando, y no busco nada. Estoy sentada aquí porque un patriarca envía invitaciones que no son invitaciones.

—Gracias por decirlo como si hubiera tenido otra opción.

Silencio. El tipo de silencio que suena más fuerte que lo que hubo antes, porque ahora ambos sabemos que el otro está despierto, y estar despierto significa que se podría hablar, y hablar significa decir algo que no se puede retirar.

Me mira. Le sostengo la mirada porque apartarla significaría que él ha ganado, y Adrian Wolfe no va a ganar hoy; ni en esta limusina, ni de camino a casa de su padre. El conductor cambia de carril, la limusina apenas se balancea, pero mi cuerpo sí, y me agarro al tirador de la puerta junto a mí solo por tener algo sólido bajo los dedos. Por fuera pasa volando un cartel de una localidad, demasiado rápido para leerlo, y me pregunto cuántas veces habrá recorrido Adrian este trayecto de niño, de adolescente, como el hijo que aún no necesitaba un seudónimo para protegerse.

—Tu padre te llama, tu hermano quiere destruirte —digo, y mi voz suena más tranquila de lo que me siento—, ¿y a esto lo llamas familia?

—Lo llamo exactamente lo que es. —Se echa hacia atrás. Sus hombros no se relajan ni un milímetro, y lo noto porque leo los hombros como otros leen los rostros, y los suyos dicen: «Sé lo que viene, lo odio y, aun así, voy». —Un Teatro interpretativo.

—Y yo hoy soy una figurante.

—No. —Su mirada cambia. Hay algo duro en ella, algo que no va dirigido a mí, sino a lo que tenemos por delante, y por un segundo parece alguien que entra en una habitación sabiendo que la puerta se cerrará tras él. —Tú hoy eres el primer Guion que ellos no han escrito.

La frase me golpea en un lugar que no esperaba. No en la cabeza. Más hondo. Bajo las costillas, donde mi respiración se ha quedado atascada desde que subí, como algo que no tuviera espacio suficiente. Abro la boca para decir algo, algo mordaz, algo que restablezca la distancia que necesito para cruzar hoy la puerta de Garrett sin temblar.

No digo nada.

Lo miro. Demasiado tiempo. Lo sé porque su rostro cambia; algo en su mandíbula, algo alrededor de sus ojos, una tensión que no estaba ahí antes de que empezara a mirarlo fijamente, y él también lo sabe porque no aparta la vista, y no apartar la vista, tratándose de Adrian Wolfe, significa que está esperando, y la espera de Adrian es más peligrosa que cualquier cosa que pudiera decir.

El pulso me late en el cuello. No rápido. Pesado. Como algo que empuja contra una puerta.

Sé lo que voy a hacer ahora mismo. Lo sé desde que pronunció esa frase, desde que la palabra «Guion» salió de su boca y aterrizó en mi piel como algo cálido que se queda ahí. Mi cabeza dice que no. Punto dos. Seis meses. Contrato. Mi cabeza ha funcionado con fiabilidad estas últimas diez semanas, y ahora, en esta limusina, camino de un hombre que me verá como un riesgo de inversión, mi cabeza dice que no; y la oigo, y la ignoro, porque Val Cortez a veces hace cosas que Val Cortez no se perdona después.

Me inclino hacia delante.

Mi mano agarra su corbata, sin suavidad ni vacilación; tiro de él hacia mí y lo beso. Con fuerza. Una vez. Mi boca contra la suya, y sabe a café y a algo que no quiero nombrar; y pasa un segundo en el que su cuerpo se queda paralizado, un solo segundo de quietud total, y entonces Adrian me devuelve el beso, de inmediato, con hambre, con su mano en mi mandíbula, sus dedos en el nacimiento de mi pelo; mi espalda se arquea hacia delante,

me falta el aire y mi cuerpo recuerda la Carlyle Suite, sus manos, la forma en que pronunció mi nombre, y mi cabeza pierde la batalla.

Dos segundos. Dos segundos en los que la limusina avanza y la carretera desaparece bajo nosotros, y nada existe salvo su boca y mi boca y el sonido que él hace, suave, desde la garganta, ese sonido que conozco porque lo oí en la Carlyle Suite y mi cuerpo lo ha guardado como una cicatriz de fuego.

Nos separamos al mismo tiempo.

Sin aliento. Los dos. Su pulgar sigue en mi mandíbula, un contacto que él no interrumpe, y lo interrumpo yo al recostarme; mi espalda choca contra el respaldo y entre nosotros quedan treinta centímetros y un silencio que suena distinto al de antes. Antes, el silencio era una decisión. Ahora es una confesión.

—El contrato —digo. Mi voz no parece la mía. Demasiado fina. Demasiado entrecortada. Demasiado cercana a lo que acabo de hacer.

—Sí —dice él—. El contrato.

Los dos mentimos.

Yo lo sé. Él lo sabe. Punto dos: nada de besos, nada de contacto físico, seis meses; y acabo de romperlo en una limusina, con el sabor a café en los labios y la marca del agarre de su corbata aún en la palma de mi mano. Val Cortez no rompe contratos, salvo cuando sí, salvo cuando un hombre dice algo que se siente como un regalo en lugar de como una transacción, y la distancia entre el «no quiero» y el «quiero» es tan fina que basta un suspiro para caer a través de ella.

Veinte minutos.

Guardamos silencio. La autopista se acaba, las carreteras se estrechan y aparecen árboles, vallas y propiedades que se hacen más grandes con cada kilómetro, como si la propia tierra quisiera mostrar a quién pertenece. Me quedo sentada en mi lado del asiento trasero, mirando por la ventana y sin tocarme los labios.

Si los toco, admitiré que fue real.

Mi rodilla tiembla. Una vez, brevemente; pongo la mano sobre el muslo y presiono hasta que para. Mis dedos están calientes por su corbata, o eso me imagino; y mi boca me arde, o eso también me imagino; y Adrian está sentado en su lado, mirando por la ventana, con la mandíbula tensa y la mano apoyada sobre el asiento junto a su pierna, con los dedos extendidos como si tuviera que sujetarse.

Me pregunto si a él también le arden los labios. Si él también finge que no es así. Si él también está calculando cuántos minutos faltan para llegar a Greenwich y si esos minutos bastarán para meter lo que acaba de pasar en un cajón que no se vuelve a abrir. En mi cocina estaría picando chalotas ahora mismo. El cuchillo contra la madera, rítmico, rápido, hasta que los ojos escuecen y la cabeza se queda callada. Aquí no tengo chalotas. Aquí solo tengo mis manos en el regazo y el regusto de un beso que, según el Punto dos, no existe.

La limusina aminora la marcha.

Grava bajo los neumáticos. Un sonido que suena a dinero, a entrada señorial y a cosas que las familias compran para no tener que hablar entre ellas. Me habría gustado estar sentada en esta limusina una hora más, porque en esta limusina solo estamos él y yo y un beso que no existe; y fuera espera un hombre que considera a su propio hijo como un informe trimestral.

A través de la ventanilla lo veo. Piedra. Hiedra. Dos perros yacen junto a la puerta principal, grandes, marrones, inmóviles, como si pertenecieran a la

casa igual que la fachada. La puerta está abierta y la luz sale hacia la grava; la propiedad parece algo construido para impresionar y que ha olvidado cómo ser acogedor.

Garrett está bajo el marco de la puerta. Un hombre menudo. Traje gris. Su postura es recta, demasiado recta, como si alguien le hubiera metido una vara de acero por la columna y se hubiera olvidado de sacarla. Y sus ojos son lo primero que veo antes de ver su boca, antes de leer sus manos: gélidos, inquisidores; los ojos de un hombre que no saluda, sino que evalúa. No sonríe. Garrett Wolfe no sonríe al saludar. Sonríe cuando ha encontrado algo que puede utilizar.

Detrás de él está Bryce. Sonrisa amplia, hombros más amplios; y su forma de estar ahí, medio apoyado en el marco de la puerta, medio al acecho, me recuerda a la gente que entra en los restaurantes y cuenta los cubiertos antes de sentarse. Ha estado esperando exactamente este momento. Apostaría mi mejor olla a que es así.

Adrian se gira hacia mí. En voz baja, solo para mí, y su voz suena como si hubiera ensayado la frase durante el viaje y hubiera decidido decirla a pesar de todo: —Él no me recibe a mí. Recibe al próximo informe trimestral.

Agarro el tirador de la puerta. Lo miro. Una vez.

—Entonces yo lo saludaré como la mujer que acaba de ralentizar su informe trimestral.

Grava bajo mis tacones. El aire es más fresco que en la limusina y huele a tierra, a césped recién cortado y a dinero lo bastante viejo como para no oler ya a dinero. Mi espalda está recta. Mis manos cuelgan a los lados; en el bolso llevo un cuchillo que no voy a usar y en mis labios un beso que no existe.

Camino hacia la casa.

Capítulo 19 - Adrian

La sonrisa de Garrett es lo primero que noto.

Está de pie en el umbral de la puerta, con un traje gris y una postura recta como una regla; sus ojos recorren a Val, una vez, de arriba abajo y de vuelta, y luego pasan a mí, y en el medio segundo que transcurre ocurre algo que solo Garrett sabe hacer: una evaluación completa sin abrir la boca.

—Señora Cortez. Por fin. Adrian, deberías haberla traído antes.

—No quería hacerlo.

La frase queda suspendida entre nosotros. Garrett levanta una ceja, apenas perceptible, y se da la vuelta; lo seguimos al vestíbulo y Val camina a mi lado, erguida, con la espalda tan recta como la de él, y sé que lo hace a conciencia, y sé que Garrett se da cuenta, y me pregunto si él comprende que, por primera vez, tiene en su casa a una mujer que no está intimidada, sino furiosa.

Los perros están echados junto a la puerta y ni siquiera levantan la cabeza. Grandes, marrones, inmóviles, como si fueran parte de la fachada. Val pasa

por su lado sin mirarlos, y veo cómo sus hombros se elevan un milímetro y vuelven a bajar, y esa es su versión de respirar y seguir adelante; a mí me ha llevado meses aprender eso.

El vestíbulo huele a cera para muebles y a algo floral que Garrett encarga y que no le gusta a nadie. Piedra bajo nuestros zapatos, los tacones de Val hacen un clic rítmico, y el techo es lo bastante alto como para que los sonidos se pierdan antes de llegar a ninguna parte.

Bryce está de pie junto a la barra del salón. Una sonrisa amplia, las mangas remangadas, como si acabara de desprenderse de algo mucho más importante. Nos estaba esperando. Por supuesto que nos estaba esperando. Bryce siempre espera, y esa espera es lo más peligroso que tiene.

—Val, ¿me permites? —Sostiene una botella en alto, girándola en su mano como si esto fuera un espectáculo—. Adrian ha mencionado que te has pasado a los Mocktails. ¿Embarazo o salud?

Se me cae el alma a los pies.

No físicamente. No de un modo que alguien pueda ver. Pero algo en mi interior se desplaza, una placa tectónica que no se ha movido en treinta años y que ahora se desliza un centímetro, y ese centímetro basta para cuestionarlo todo. No le he dicho a Bryce que Val bebe Mocktails. No le he dicho a nadie que Val bebe Mocktails. Val, Maggie, Theo y yo. Cuatro personas. Y Bryce está aquí plantado preguntando por un embarazo como si fuera una charla de cortesía, y su sonrisa es lo bastante ancha como para que pase un camión por ella, y detrás de esa sonrisa no hay nada más que cálculo.

Lo sabe. O lo intuye. Ambas opciones son malas.

Val se queda petrificada a mi lado. Un segundo, no más, y lo noto porque la observo a ella, porque siempre la observo, y entonces el momento pasa y su

rostro vuelve a estar sereno, y su voz suena como si Bryce acabara de preguntar por el tiempo.

—Salud. No me apetecen los Cócteles de Wolfe antes de que se sirva la cena.

Bryce suelta una carcajada. Breve, demasiado alta. —Buena respuesta.

No digo nada. Mis dedos se cierran alrededor del vaso que Garrett me ha puesto en la mano, un escocés, sin preguntar, y el cristal está frío y tengo los nudillos blancos. Val está tres pasos a mi derecha, con su mocktail en la mano, y su rostro no muestra nada, y precisamente eso me lo dice todo. Acaba de clasificar a Bryce en tres segundos y ha decidido que no merece su energía. Doy un trago que sabe a humo y a las tardes de mi infancia, cuando Garrett se ponía tras esta barra para agasajar a sus socios y Bryce y yo nos sentábamos en la escalera a escuchar, aprendiendo que la cortesía es un arma.

Cena

El comedor tiene el aspecto de siempre. Madera oscura, velas, cubertería de plata, y la mesa está puesta para cuatro, como si esto fuera una cena normal y no lo que realmente es. Garrett preside la cabecera. Bryce a la derecha. Val a la izquierda, a mi lado, y entre el primer plato y el tercero transcurren cuarenta minutos en los que Garrett hace lo que mejor se le da: hacer preguntas que no son preguntas.

—Saltarello... es italiano, ¿verdad? Y usted, señora Cortez... ¿es de...?

Val suelta la cuchara. Tiene las manos apoyadas en la mesa, a izquierda y derecha del plato, y mira a Garrett fijamente, sin parpadear; conozco esa mirada porque la conozco desde que me senté en su restaurante con un cuaderno en el bolsillo interior pensando que podía observarla sin que ella me devolviera la mirada.

—De Queens. Mi madre de Oaxaca. Mi padre de Sonora. Se casaron en una Cocina del Bronx.

Garrett asiente. Lentamente. Su boca forma algo que pretende ser interés y parece un sello de aprobación. —Fascinante.

La palabra queda suspendida sobre la mesa como algo que se podría tocar si uno quisiera, y aplastar. Val ni se inmuta. Val la deja ahí colgada y sigue comiendo, y su calma es tan grande que llena la estancia; Garrett se da cuenta, lo noto en su mandíbula, en la forma en que coloca los cubiertos junto al plato, un milímetro demasiado a la derecha, lo que en Garrett significa que está reflexionando.

Bryce se echa hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Teníamos la esperanza de que Adrian se casara con una mujer que entendiera nuestro mundo.

Val gira la cabeza. Lentamente. Observa a Bryce como si fuera un plato que lleva demasiado tiempo bajo el pasaplatos.

—Entiendo su mundo perfectamente. Simplemente no me gusta moverme en él.

Silencio. Garrett levanta su copa, bebe, la posa. Bryce sonríe. Yo respiro.

Garrett deja la servilleta sobre la mesa. —¿Y el restaurante? ¿Es una afición o una carrera?

—Es una fuente de ingresos. —Val lo mira—. ¿Acaso se pregunta cuál es la diferencia?

Mi boca se curva en una media sonrisa y la reprimo antes de que Garrett la vea, pero no antes de que la vea Val; ella lo capta y algo en sus ojos cambia, un segundo, no más, y luego desaparece. Garrett no sabe si ella acaba de

humillarlo o si lo ha dejado a un lado. Y lo mejor de todo es que no importa. Val ha respondido a la pregunta y, al mismo tiempo, ha demostrado que la pregunta está por debajo de ella. Lo hace igual que cuando corta chalotas. Con precisión. Rápido. Sin mirar.

Las velas parpadean. Los cubiertos tintinean. Garrett habla sobre vino, sobre la finca, sobre cosas que no le interesan a nadie, y el tiempo pasa; Val responde de forma escueta y educada sin revelar nada, y yo me siento a su lado sosteniendo mi copa y diciendo poco, porque decir poco con Garrett es lo único que no puede usar en tu contra.

Una hora.

Garrett se limpia la boca. Deja la servilleta sobre el plato, doblada, con los bordes alineados, y me mira; su mirada es la que conozco desde hace treinta años, la mirada que dice: «He esperado, y ahora hablo yo».

—Adrian, no entiendo qué pretendes con esto. Si es una fase, la acepto. Si es una estrategia, tendríamos que hablar. Si va a haber un embarazo... recomendaría encarecidamente un NDA con la dama antes de que esto llegue a la prensa.

Tengo las manos sobre la mesa. A la derecha del plato, a la izquierda de la copa. Y en el segundo en que Garrett dice «NDA» y dice «la dama» y Val está sentada a mi lado y oigo su respiración, que va un punto más rápida que antes, y los ojos de Garrett pesan sobre mí... en ese segundo ocurre algo que no planeo.

Golpeo la mesa con ambas manos.

La vajilla tintinea. La copa de Garrett se tambalea. Una cuchara se desliza del borde del plato y golpea el tablero con un sonido agudo y seco, y el silencio que sigue es absoluto; mi respiración es pesada y me arden las palmas de las manos sobre la madera, oigo mi propia sangre en los oídos y

entonces hablo, y mi voz suena más calmada de lo que debería tras lo que acaban de hacer mis manos.

—Es mi mujer. Y sí, es la madre de mi hijo. Quien no la respete a ella, no me respeta a mí. Punto.

Garrett se echa hacia atrás. Su rostro no cambia. No entrecierra los ojos. Nada se mueve en este hombre, que es mi padre y que acaba de enterarse de que va a ser abuelo, y nada en su cara muestra algo que no sea cálculo.

—Adrian, mírate. Ella no encaja contigo. Sus orígenes...

—Ella encaja más conmigo que tú.

Las palabras flotan en la estancia. Garrett me mira. Yo miro a Garrett. Y por primera vez en treinta años, soy el que no parpadea.

Bajo la mesa, algo me roza la mano.

Los dedos de Val. Me busca la mano derecha, allí donde descansa sobre mi muslo, y la yema de su pulgar me acaricia el nudillo, una vez, despacio; luego sus dedos se cierran sobre los míos, con firmeza, con calor, y me sujeta. No la miro. Ella no me mira. Estamos sentados el uno junto al otro mirando al frente y, bajo la mesa, me tiene cogido de la mano; los ojos de Garrett están fijos en mi rostro y Bryce mantiene su sonrisa, y nadie se da cuenta.

Dos minutos. No los cuento. Los siento. Su mano en la mía, el calor filtrándose a través de la tela de mi pantalón, la forma en que sus dedos me aprietan el nudillo, con la fuerza suficiente para que lo note pero con la suavidad necesaria para que nadie lo perciba. Luego me suelta. Su mano vuelve a su regazo. Ni una mirada. Ni una palabra.

Mi rodilla tiembla bajo la mesa. Una vez, brevemente. Presiono la mano sobre mi muslo hasta que para y entonces me levanto.

—Nos vamos.

Garrett entrelaza las manos sobre la mesa. —Pues vete.

Val se levanta un segundo después que yo. Nos ponemos los abrigos y veo la mesa, los platos de sopa a medio terminar, la cubertería de plata, las velas que siguen ardiendo como si nada hubiera pasado, y a Garrett, que permanece sentado mirándome como si acabara de vender una acción que él se habría quedado.

Bryce se inclina hacia delante. —Buen viaje, hermano. Buen fin de semana.

Su tono es ligero. Demasiado ligero. Asiento y Val se dirige a la puerta antes que yo; la sigo y en el pasillo está colgado el espejo que lleva en el mismo sitio treinta años, grande, con marco dorado, y me doy la vuelta.

Bryce está al fondo del pasillo. Móvil en mano. Con el objetivo apuntando hacia el comedor. Lo guarda cuando mi mirada choca con la suya y sonríe. Demasiado rápido. Una sonrisa que se coloca como una tapadera, y debajo no hay nada más que la certeza de que ha obtenido lo que quería. Mi frase. Mi voz. «Madre de mi hijo». En vídeo. Antes de que Val pueda controlarlo. Antes de que nadie pueda controlarlo.

Se me revuelve el estómago. No por el escocés. Ni por la mesa. Por darme cuenta de que Bryce ha estado esperando toda la noche, no una respuesta, sino un estallido, y yo le he dado exactamente lo que necesita.

Me doy la vuelta. Salgo. La puerta se cierra tras nosotros y la grava cruje bajo nuestros zapatos; el aire es fresco y huele a tierra y a hierba mojada, y Val camina a mi lado sin decir nada y yo no digo nada, y el silencio entre

nosotros suena distinto al silencio del comedor. Este tiene una mano dentro, la que ha sostenido la mía.

De vuelta en la limusina

Cinco minutos. Diez. La autopista nos absorbe y las luces del carril contrario dibujan franjas sobre el rostro de Val; yo me siento en mi lado y me quedo mirando por la ventana sin decir nada del vídeo porque Val ya ha tenido suficiente por hoy, porque su rostro muestra un cansancio que no tiene nada que ver con el sueño, y porque la parte de mí que quiere protegerla es, de repente, más fuerte que la parte que le debe la verdad.

Val gira la cabeza.

—Acabas de afirmar ante tu padre que estoy embarazada.

—No ha sido ninguna afirmación.

—Lo sé. —Mira por la ventana. Luego vuelve a mirarme—. Pero ahora él también lo sabe.

—Sabe más que eso.

Silencio. Su mirada cambia. Algo en sus ojos se vuelve más alerta, más agudo; el cuchillo escondido tras el vestido cruzado que he sentido toda la noche sin llegar a verlo.

—¿Qué?

—Bryce lo ha grabado.

Val se queda de piedra. Tiene la mano en el tirador de la puerta y sus dedos se cierran alrededor, con fuerza, palideciendo, y se le corta la respiración;

un único sonido entrecortado que en el silencio de la limusina suena como algo que se rompe.

Capítulo 20 - Val

Una semana después

Seis adultos, una niña pequeña y Adrian Wolfe están en mi cocina preparando salmón a la plancha.

En la mía. En la cocina que considero mía desde hace tres semanas, aunque le pertenece a él, aunque todo aquí es suyo: las encimeras, las sartenes, el balcón con vistas a Tribeca; y ahora está ahí, con las mangas remangadas, dando la vuelta a unos lomos de salmón en una sartén que yo nunca he usado, y yo me apoyo en la encimera y observo y no digo nada, porque Val Cortez es una cocinera profesional y las cocineras profesionales no hacen comentarios cuando alguien cocina en su cocina. Aunque no sea su cocina. Aunque le esté dando la vuelta al salmón demasiado pronto.

—Le estás dando la vuelta demasiado pronto —digo.

Adrian no levanta la vista. —Le doy la vuelta cuando la piel está crujiente.

—La piel no está crujiente.

—La piel suena crujiente.

—El salmón no suena. El salmón se queda ahí y espera a que lo dejes en paz.

Levanta la cabeza. Una media sonrisa que reprime, y sus ojos encuentran los míos por encima de la sartén, y por un segundo esto no es una cena con seis invitados y una niña, sino solo él y yo y un salmón al que se le da la vuelta demasiado pronto. Mi estómago da un vuelco pequeño y cálido que no tiene nada que ver con el bebé y sí con la forma en que Adrian Wolfe reprime una media sonrisa.

—Lo dejo en paz —dice. Suelta la espátula—. ¿Contenta?

—Pregúntame dentro de tres minutos.

Detrás de nosotros, en el salón, Nora habla con Julian sobre algo que no alcanzo a oír, y Theo está sentado en el suelo junto al sofá con un trapo de cocina al hombro y Lily en el regazo, que le tira del cuello de la camisa mientras hace ruidos que suenan como el ronroneo de un gato satisfecho. Maggie está junto a la ventana, copa en mano, y se ríe de algo que ha dicho Nora; la luz en el Penthouse es cálida, las voces suenan bajas y todo esto se siente como algo que yo he organizado y que funciona.

He planeado esta cena. Desde la boda y Greenwich y la limusina y el beso y los ojos de Garrett y el móvil de Bryce y todo lo que hay de por medio, no he hecho nada que se sienta como mi vida. Saltarello sigue en marcha. El vídeo no ha aparecido. Adrian dice que Bryce lo está guardando, que sabe lo que planea, pero no cuándo lo hará. Y yo estoy en una cocina que no es mía, observando a un hombre cocinar salmón como si fuera la cosa más normal del mundo, y mi vientre no muestra nada bajo el jersey holgado, semana once, y poso la mano sobre el punto bajo el ombligo un instante cuando Lily suelta un chillido en el salón.

Theo la levanta en el aire. La mantiene a la distancia de sus brazos, observándola con la mirada de un hombre que espera, y Lily le agarra una oreja, y Theo se deja.

—Se me da mejor cuidar niños que cocineros —dice a nadie en particular.

Nora ríe. Julian sacude la cabeza. Maggie se aparta de la ventana y me mira desde el otro lado de la habitación, y hay algo en su mirada que no está bien, algo que no está bien desde hace semanas y que no logro identificar, y entonces sonríe y esa sensación desaparece.

Adrian coloca seis platos en la encimera. Salmón, limón, una ensalada que ha hecho sin consultarme, y pruebo un trozo del borde antes de que se dé cuenta; la piel está crujiente.

No se lo digo.

Comemos en la encimera, porque la mesa del comedor es demasiado grande para lo que pretende ser este encuentro. Sin mantel, sin cubertería de plata, sin Greenwich. Platos sobre acero inoxidable, codo a codo, y Lily en el regazo de Theo, cogiendo trozos de salmón con la mano y dejándolos caer mientras sonríe, como si acabara de inventar el concepto de la gravedad. Nora come con una mano y con la otra sujeta el brazo de Julian cuando él intenta levantarse para rellenar las copas, y le dice: —Siéntate. Aún no he terminado contigo. Observo la escena con la mano sobre mi vientre, por debajo de la mesa; Lily grita de alegría y el sonido me llega a un punto del pecho que aún no sé nombrar.

En el balcón

Nora se apoya en la barandilla, con la copa de vino en la mano, y la ciudad se extiende bajo nosotras; Nora parece una mujer que lo ha visto todo y que, aun así, se sorprende cada vez.

—Yo también odiaba a Julian antes de casarme con él —dice—. A veces ocurre al revés.

Estoy a su lado. El aire es fresco y lo noto en los antebrazos, y dentro oigo a Theo diciéndole algo a Lily en rumano, y a Julian hablando con Adrian de algo que no entiendo.

—No le odio —digo—. Ese es el problema.

Nora gira la cabeza. Me estudia. Sin lástima, sin consejos, solo con la mirada de una mujer que sabe lo que es casarse con un hombre antes de saber si lo ama, y que aun así se ha quedado.

—Entonces no tienes un problema. Solo tienes un contrato.

—Exacto.

Nos quedamos allí. Bebemos. No decimos nada. Y el silencio entre nosotras es ese tipo de silencio que solo existe entre mujeres que no necesitan dar explicaciones porque saben que las explicaciones no cambian nada.

En la mesa

Dentro, Julian está sentado junto a Adrian y, al cerrar la puerta del balcón tras de mí, oigo el final de una frase que Julian pronuncia en voz baja, como si no estuviera destinada a que se escuchara en toda la estancia.

—¿Tenéis un plan por si tu padre escala la situación?

Adrian sostiene su copa. Sus dedos no se mueven. —Pienso en ello todos los días.

Julian asiente. —Bien. Si necesitas ayuda... conocemos abogados.

—Lo sé.

Dos hombres, pocas palabras. Sin apretones de manos, sin palmadas en el hombro, solo un ofrecimiento que queda sobre la mesa como una herramienta que uno coge cuando la necesita y que deja ahí mientras crea que puede apañárselas solo. Adrian me mira cuando me siento y su mirada no dice nada y lo dice todo; pongo mi mano sobre la mesa, a cinco centímetros de la suya, y la dejo ahí.

El móvil de Maggie suena.

En mitad del plato principal. Una vibración sobre la madera, luego el tono, y Maggie mira la pantalla y rechaza la llamada. Su rostro no cambia. Sus hombros sí, un milímetro, una tensión que antes no estaba ahí. Se pone el móvil en el regazo y coge el tenedor.

Sigo comiendo. No digo nada. Cuento.

Un minuto. Quizás menos. El móvil vibra de nuevo. Los dedos de Maggie se cierran alrededor de él y mira la pantalla; esta vez tarda dos segundos más antes de rechazarlo, y esos dos segundos son suficientes para que yo sepa que es la misma persona.

—Maggie. ¿Quién es?

Me mira. Su rostro está tranquilo, demasiado tranquilo, el tipo de calma que conozco de los incendios en la cocina, cuando todo el mundo se queda callado porque gritar no apaga nada.

—Mi jefe —dice en voz baja—. Probablemente una emergencia interna. Temas de analistas con un cliente.

—Cógelo.

—Ahora no. —Suelta el tenedor. Me mira, y en sus ojos hay algo que no sé identificar y que me asusta—. Esta noche te toca a ti.

Maggie no está bien desde hace semanas. Lo sé porque la conozco, porque veo cómo se ríe y la risa llega medio segundo tarde, porque sus mensajes son más cortos y sus preguntas menos frecuentes, y su voz al teléfono a veces suena como si entre dos frases olvidara por dónde iba. Pero hoy está especialmente mal. Y yo estoy aquí sentada y no puedo hacer nada, porque Maggie es una mujer que solo acepta ayuda cuando la pide, y no la está pidiendo.

Nora cuenta una historia sobre Julian y un restaurante de pescado en Brooklyn, Theo corta el salmón de Lily en trocitos, Adrian recoge la mesa y la velada continúa como si nada hubiera pasado.

Antes de dormir

La habitación de invitados huele a sábanas limpias y al perfume que Maggie usa desde que la conozco. Entra mientras me estoy cambiando, cierra la puerta tras de sí y se apoya en ella; su cara es la de una mujer que quiere decir algo que lleva días guardándose.

—Val. Una cosa.

Me paso la camiseta por la cabeza y espero.

—Mi trabajo. No puedo hablar de ello. Pero si me hundo en las próximas semanas... no te asustes. No intentes salvarme. Yo me encargo.

Se me encoge el estómago. No es la náusea. Es algo distinto. Algo frío.

—¿Maggie? ¿Qué pasa?

Sacude la cabeza. Una vez, despacio; tiene los ojos húmedos pero no llora, y eso es peor, porque Maggie llora cuando algo es divertido y no llora cuando algo es grave.

—Val. Prométemelo. Tú ocúpate de lo tuyo. Yo me ocuparé de lo mío. Si necesito ayuda, la pediré. ¿Vale?

La miro. Mi mejor amiga, apoyada en mi puerta, diciéndome que se va a hundir y pidiéndome que no mire. Cada fibra de mi ser quiere preguntar. Quiere indagar. Quiere entender.

—Vale —digo.

Maggie asiente. Se da la vuelta. Abre la puerta y se va, la puerta se cierra y yo me quedo en la habitación de invitados mirando la madera, preguntándome cuándo empecé exactamente a dejar que las personas a las que quiero se marchen sin retenerlas.

Me siento en la cama. Mis manos descansan sobre mis rodillas y hundo las yemas de los dedos en la tela de mi pantalón de chándal hasta que la piel de debajo se vuelve blanca. Maggie me acaba de decir que se está cayendo y me ha prohibido recogerla. Exhalo. Despacio. Cuento hasta cuatro, como hago en la cocina cuando un plato se tuerce y el pánico no soluciona nada. Cuatro segundos. Luego actúo. Solo que aquí no hay nada que pueda hacer, salvo esperar y confiar en que Maggie cumpla su palabra.

A altas horas de la noche

Estoy tumbada en la cama de invitados mirando al techo y no consigo dormir.

A través de la pared oigo algo. Suave. Una pata de silla sobre el parqué, o un cajón, o pasos descalzos que van y vienen por el suelo. Adrian está

despierto. Al otro lado del estrecho pasillo, tras una puerta que no he abierto en tres semanas.

Me levanto. Noto los pies fríos contra el suelo. Salgo al pasillo, que es estrecho y no huele a nada, y llamo a su puerta: dos veces, suavemente; mi corazón late con más fuerza que mis nudillos.

Él abre. Camiseta. Bóxers. Pelo alborotado en todas direcciones y ojos que no están cansados, sino despiertos de una forma que me indica que está durmiendo tan poco como yo.

—¿Val?

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —Mi voz es un susurro; estoy bajo el marco de su puerta con una camiseta que me llega a las rodillas y le miro—. Sin hacer nada. Solo dormir.

—Sí.

Entro. Su habitación huele a él, a jabón y a algo cálido que no quiero nombrar. La cama es más amplia que la mía y las sábanas están frescas cuando me tumbo en la mitad izquierda. Él se acuesta en la derecha. Entre nosotros hay treinta centímetros de colchón, un contrato, un beso en una limusina y todo lo que callamos.

No nos tocamos. Mi rodilla está a tres centímetros de la suya y siento el calor que emana de su lado sin que la piel llegue a rozarse, y es suficiente. Es más que suficiente.

En algún momento mi respiración se vuelve más lenta. En algún momento escucho la suya, rítmica, tranquila, y nuestros alientos encuentran una cadencia que nadie dirige; me quedo dormida y es el mejor sueño que he tenido en semanas.

04:30.

El móvil de Adrian desgarra el silencio. Un timbre que corta la habitación como un cuchillo a través del pergamino; Adrian lo coge y yo, desde mi lado, oigo su voz, soñolienta primero, luego alerta, luego callada.

No lo oigo todo. Pero oigo lo suficiente. Oigo «Bryce». Y oigo «filtrado».

Se me corta el aliento. Mi cuerpo lo sabe antes de que mi cabeza lo procese, y los treinta centímetros que nos separan se convierten de repente en la distancia entre el último momento de paz y todo lo que está por venir.

Capítulo 21 - Adrian

«*ESCÁNDALO: El heredero de los medios Adrian Wolfe = el crítico anónimo más influyente Elias Mercer.¿Se casará con la cocinera a la que encumbra de forma anónima?Las críticas de Saltarello, bajo sospecha de manipulación».*

Leo la línea tres veces y, a la tercera, algo se mueve en mi pecho; se siente como un ascensor al que se le corta el cable. A mi lado, Val respira acompasadamente en la mitad izquierda de la cama, con la cara hacia la pared. Mi móvil brilla en la oscuridad y el haz de luz cae sobre su hombro; retiro la pantalla.

DailyDish NYC. Una foto que ya conozco: Val y yo ante el City Hall, ella con el vestido color crema, yo de traje, y parecemos dos personas que acaban de firmar algo que todavía no comprenden. Debajo, una captura de pantalla de un Mercer-Memo que solo puede proceder de un lugar. Bryce. Por supuesto que ha sido Bryce.

El número de Dom parpadea en la pantalla. Le doy a rechazar, me levanto y me llevo el móvil. Val se da la vuelta en sueños, su brazo se desliza por el hueco donde yo estaba y sus dedos agarran el vacío antes de cerrarse sobre

la sábana. Me quedo de pie sobre ella y observo cómo respira mientras en mi interior corre una cuenta atrás que no tiene nada que ver con los noventa minutos de Dom. Mi cuenta atrás cuenta los segundos que Val aún puede dormir antes de que yo le diga que su restaurante se acaba de convertir en el titular del día.

La puerta del pasillo no hace ruido porque sé cómo cerrarla sin que el pestillo haga clic.

En el salón

Devuelvo la llamada a Dom y lo pongo en manos libres. Su voz suena como suena cuando algo se está quemando y él es el único que tiene un extintor.

—En noventa minutos estará en todas partes en internet. En tres horas, en CNN-Business. Necesitamos una declaración.

—No voy a dar ninguna.

—Tienes que hacerlo.

—No daré ninguna antes de que Val sepa que ha salido a la luz.

Silencio. Tres segundos en los que Dom sopesa si llevarme la contraria y decide no hacerlo. Conozco el sonido de su contención. Suena como un suspiro que no llega a pasar de los dientes.

—Entonces date prisa —dice—. En noventa minutos ya no serás tú quien decida cuándo se entera ella.

Cuelga.

Me quedo junto a la ventana, descalzo, con la ciudad a oscuras bajo mis pies y el móvil en la mano. Vuelvo a desplazarme por el artículo. Alguien debió de hacer la foto del City Hall desde la acera, a través del cristal. No recuerdo el momento, pero la cámara sí lo recuerda. La sonrisa de Val, mi brazo en su cintura... y el titular justo debajo convierte esa sonrisa en una mentira. El pantallazo del Mercer-Memo muestra un documento que escribí hace un año, una crítica de un restaurante en el Lower East Side. La caligrafía de la anotación al margen es la mía, y cualquiera que me conozca lo sabe.

Bryce se ha pasado dos horas con el dedo en el interruptor y luego lo ha pulsado. Sin llamadas previas. Sin advertencias. Sin una última oferta. Ha cumplido como cumple Garrett, y la idea de que mi hermano ahora se parezca más a mi padre que a mí me deja un sabor que no quiero tragar.

Agarro el alféizar de la ventana. Tengo la mandíbula tan apretada que los dientes me rechinan, y me obligo a soltar, dedo a dedo, porque el control es lo único que tengo ahora mismo. El control y noventa minutos. Y a Val, que duerme en la habitación de al lado sin saber que estoy viendo cómo todo por lo que ha luchado aparece en un titular de la prensa sensacionalista.

Vuelvo al dormitorio.

Val ya no está de cara a la pared. Parpadea y su mano tantea el colchón, buscando el lugar donde yo estaba. Cuando me ve en el marco de la puerta, se incorpora; la sábana se le resbala del hombro y sus ojos están alerta de una forma que me indica que ha oído la llamada. No las palabras, pero sí el tono.

—¿Qué pasa?

Me siento en el borde de la cama. Sus rodillas rozan mi espalda a través de la manta. Tengo el móvil en la mano, con la pantalla hacia abajo. Le doy la vuelta y se lo tiendo. Se lo digo antes de que lo lea porque quiero que lo oiga de mí.

—Bryce lo ha filtrado. Hace dos horas. Lo de Mercer ya es público.

La mano de Val coge el móvil. Sus dedos están tranquilos. Sin temblores, sin titubeos, solo el agarre de una mujer que lleva sosteniendo cuchillos desde los quince años y que sabe que temblar es lo peor que le puede pasar a una mano. Lee. Observo su rostro. Sus ojos recorren el texto de arriba abajo y su boca no cambia, su frente no se altera; nada en ella varía, y eso es precisamente lo que me indica lo grave que es la situación. Si Val reacciona, es manejable. Si Val no reacciona, es que está calculando.

Sabe lo que viene. Las reservas de Saltarello cayendo en picado porque ahora cada recomendación de Mercer parecerá un favor del marido. Cuatro años de trabajo —su trabajo, su cocina, sus platos, sus manos— y un blog de cotilleos lo convierte en un titular que hace que parezca que ha ascendido por acostarse con alguien en lugar de por cocinar. Como un montón de mierda cayendo sobre todo lo que ha construido.

—De acuerdo —dice.

Dos palabras. Sin signos de exclamación ni de interrogación. Val Cortez dice «De acuerdo» y esas palabras pesan más que todo lo que he oído en las últimas cuatro horas. Deja mi móvil sobre el colchón, entre nosotros, con la pantalla hacia arriba. El titular brilla en la oscuridad y ninguno de los dos lo apaga.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace una hora.

Asiente. Nada de reproches por no haberla despertado antes. Nada de reproches por el hecho de que Bryce exista. Val clasifica las prioridades como platos en el pase: lo más urgente primero, y la rabia nunca es urgente.

Poco después de las ocho

Val está sentada en la barra de la cocina, con mi móvil junto al suyo. Ha llamado a Theo tres veces y las tres veces ha dado señal sin respuesta. A la cuarta él lo coge. Estoy a tres pasos detrás de ella y lo oigo todo porque Val pone el manos libres sin mirarme, y esa es su forma de decir: estás escuchando. Vas a pasar por esto.

—Theo. Saltarello acaba de salir en la prensa. Dicen que nos han comprado. Esta noche, servicio completo. No se trata a nadie gratis. No aceptes a nadie sin reserva. Vamos a actuar como si hoy fuera un día normal.

La voz de Theo sale por el altavoz y no suena como Theo; suena como alguien que lleva una hora mirando fijamente su móvil esperando que deje de vibrar.

—Jefa, tenemos ocho reservas en lugar de cuarenta. Todo lo demás se ha cancelado. Esta mañana temprano. Todas seguidas. Puede que las otras también caigan. No sé, yo...

—Entonces serviremos esas ocho reservas mejor que nunca. O las que queden.

Silencio. Theo respira. Val espera. Conozco esa espera porque la conozco desde hace meses: la espera de una mujer que toma decisiones antes de que los demás hayan terminado de formular la pregunta.

—Entendido, jefa.

Val cuelga. Se gira hacia mí. Tiene los ojos secos y las manos apoyadas sobre la barra. Veo las cicatrices de las quemaduras en sus dedos, veo los tendones bajo la piel y veo a una mujer que acaba de enterarse de que su restaurante se muere y que, aun así, se mantiene erguida.

—Val. ¿Qué puedo hacer?

—Nada —me mira—. Mantén a tu padre a raya para que no eche más leña al fuego.

—Lo intentaré.

Dos palabras que no son suficientes; yo lo sé y ella lo sabe, pero ninguno dice más porque nada va a cambiar. Cojo mi abrigo de la silla. Val observa cómo me pongo los zapatos, sus ojos siguen mis manos y pienso en sus ocho reservas, en las treinta y dos cancelaciones y en la gente que esta noche debería haber estado sentada en el restaurante de Val y que ahora estará en casa compartiendo un artículo sensacionalista del que se habrán olvidado en tres días, pero el daño permanece. Saltarello no es el tipo de restaurante que utiliza un escándalo como publicidad. Saltarello es el tipo de restaurante que muere cuando muere su credibilidad.

Cuando llego a la puerta, Val no dice nada. Levanta la mano una vez, brevemente, y la vuelve a bajar. El gesto lo es todo y es suficiente.

Wolfe Tower, poco después de las nueve

Bryce está sentado en mi silla.

Es lo primero que veo al abrir la puerta de mi despacho. Ni la mesa de cristal ni el horizonte ni la caja de los gemelos con mis iniciales que está en su sitio como todos los días. Bryce en mi silla, con las piernas cruzadas y el traje sin una sola arruga. Su rostro muestra esa sonrisa que conozco desde hace treinta años, la sonrisa que dice: «He esperado y has venido, exactamente como lo había planeado».

—Buenos días, hermano. Qué día.

—Fuera.

Bryce no se levanta. Se reclina y la silla emite un leve sonido, cuero contra cuero. Tiene las manos en los reposabrazos; sus dedos no tamborilean, no se mueven, solo están ahí, y esa calma es lo más amenazador que hay en él.

—Tengo una oferta. Dimites como CEO. Yo asumo el mando. Mantenemos el Video de Greenwich bajo llave. Vosotros vivís vuestro pequeño Idilio en Brooklyn. Padre apoya la idea.

El pulso se me acelera y lo noto en la garganta. Mis manos cuelgan a los lados; no cierro los puños porque Bryce busca precisamente eso, que pierda el control, el estallido que grabó la última vez.

—Fuera. O hoy mismo te destituyo como COO.

—Entonces mañana le enseñaré a padre el Video de Greenwich.

—Entonces te quedarás sin nada. Solo puedes usarlo una vez.

Algo cambia en la cara de Bryce. No la sonrisa, que permanece, sino algo detrás de ella, un desplazamiento, como si alguien hubiera abierto una cortina un centímetro y detrás no hubiera nada más que un escenario vacío. Se levanta lentamente. Se alisa la chaqueta, un gesto que ha heredado de Garrett, y rodea el escritorio. Durante un momento nos quedamos frente a frente; la distancia entre nosotros es de medio metro, treinta años y todo lo que Garrett ha hecho de nosotros.

—De verdad la quieres —dice en voz baja.

—La tengo. Esa es la diferencia.

Bryce me mira. Dos segundos. Tres. Luego se marcha y la puerta se cierra. El sonido suena a algo que termina, aunque sé que nada termina, no con Bryce, no así.

Cojo el teléfono.

—Dom. Convoca a la junta directiva. Sesión extraordinaria. Orden del día: reestructuración de Wolfe Media.

Dom guarda silencio un segundo. Luego: —¿Cuándo?

—Lo antes posible.

Cuelgo. Me siento en la silla, que todavía está caliente por Bryce, y es lo más asqueroso que he sentido hoy. Me vuelvo a levantar y voy a la ventana. El horizonte se ve como siempre. Cristal, acero y dinero, y en algún lugar allá abajo, en Brooklyn, hay una mujer en una cocina preparando ocho platos que serán perfectos porque Val Cortez no conoce otra forma de hacer las cosas. Y yo estoy aquí arriba intentando remodelar el imperio que la amenaza.

Mi móvil vibra. Un mensaje de texto. Garrett.

«*Llámame. De inmediato».*

Me quedo mirando las dos frases. La voz de Garrett suena a orden incluso por escrito. Tengo el pulgar sobre la pantalla; dejo el móvil en el escritorio, boca abajo, y no le devuelvo la llamada. No ahora. No hoy. Padre puede esperar. Padre puede sentarse en su mansión de Greenwich y esperar hasta que yo esté listo, y si no está dispuesto a esperar, puede llamar a su junta directiva y descubrir que yo he sido más rápido.

Marco el número de Saltarello. Suena tres veces. Theo responde.

—¿Cómo va todo?

—Tres reservas menos que hace un rato —la voz de Theo se quiebra. Hay algo en ella que no había oído nunca, algo que suena a miedo disfrazado de profesionalidad que fracasa—. Pero... se ha desmayado. Hace cinco minutos. Viene la ambulancia.

Mi mano agarra el borde del escritorio. Se me ponen los nudillos blancos y se me corta la respiración, así de repente, como si alguien hubiera accionado un interruptor. El horizonte ante mi ventana se nubla y lo único que oigo es mi propio pulso y la respiración de Theo al otro lado.

—¿A qué hospital?

Capítulo 22 - Val

Estoy ante la encimera de acero inoxidable de la cocina del Saltarello, con el cuchillo en la mano derecha y la izquierda plana sobre la tabla; corto porque cortar es lo que hago cuando siento que el mundo es algo que no controlo. Theo me ha puesto una taza de té que no he tocado. No ha dicho nada. Nunca dice nada cuando corto. Me lee la cara y espera.

He venido en coche a pesar de que Adrian me ha dicho que me quedara en casa. He venido porque en la pantalla aparecían ocho reservas en lugar de cuarenta, porque el Saltarello es mi restaurante y porque no me voy a quedar sentada en un Penthouse que no es mío mientras mi cocina se muere. No he comido nada desde la llamada a Theo. En algún momento, mi estómago ha dejado de rugir y ahora solo hay un vacío hueco bajo las costillas que se hace notar con cada movimiento, un ligero desvanecimiento que ignoro porque ignorar es la segunda cosa que se me da bien, justo después de cortar.

La hoja golpea la tabla. De forma acompasada. Fina. Corto chalotas porque las chalotas siempre funcionan, porque el movimiento está grabado en mis manos desde que tengo quince años y mi cabeza puede desconectar mientras tanto. Pero hoy no desconecta. Hoy echa cuentas. Ocho reservas. Tres menos que hace una hora. Ajuste del alquiler más un treinta y ocho por

ciento. Un titular de prensa sensacionalista que hace que parezca que me he acostado con alguien para llegar arriba en vez de habérmelo ganado cocinando, y treinta y dos personas que no vendrán esta noche porque una captura de pantalla de un Memorándum de Mercer pesa más que cuatro años de trabajo, mis manos, mis platos, mi cocina.

Parpadeo. La encimera oscila. No. No es la encimera. Soy yo la que oscila.

Las chalotas en la tabla se ven dobles. Dos aros donde debería haber uno. Dos hojas donde antes había una. El equipo de aire acondicionado sobre mí se ralentiza, o mi cabeza se ralentiza, o ambas cosas, y la cocina se inclina, muy ligeramente, como si alguien hubiera ladeado el suelo tres grados. Mi agarre sobre el cuchillo se afloja. Déjalo, pienso. Suelta el cuchillo. Mis dedos obedecen, el acero tintinea sobre el metal y la voz de Theo viene de algún lugar a la izquierda, lejos, como si gritara a través del agua, y de pronto todo se vuelve blanco.

En la ambulancia

Luz. Demasiada.

Abro los ojos y encima de mí hay un techo que no es el mío. Blanco. Liso. Un techo del que no cuelga nada, sin manchas de grasa, sin vapor, sin ninguna lámpara montada demasiado baja. El techo de una ambulancia. Tengo la espalda sobre algo duro, mi brazo izquierdo está frío y hay alguien sentado a mi lado sujetándome la mano; conozco esa mano.

Theo. Pálido. Más pálido de lo que lo he visto nunca, y eso es decir mucho para un rumano que ha vivido en Lyon y al que nunca he visto enfermo.

—Val. Mantente despierta. Llegamos en diez minutos.

Tengo la mano derecha sobre el vientre. No sé si la he puesto yo allí o si ha ido sola, pero ahí está, plana, y bajo los dedos no noto nada más que la tela

de mi camisa y el calor de mi propio cuerpo; semana once, y eso tiene que bastar. Tiene que ser suficiente con que mi mano esté ahí y que debajo crezca algo que aún no puedo sentir y que, aun así, está ahí.

La camilla vibra bajo mi cuerpo. Motor. Carretera. Una sirena que no es la nuestra, en algún lugar fuera, amortiguada por el metal y el acolchado. Theo me sujeta la mano izquierda; sus dedos están fríos y firmes, y me mira como si acabara de ver algo que no quería ver nunca. Quiero decirle que estoy bien, pero tengo la boca seca y las palabras no salen, al menos no del todo.

—Theo.

—Sí, jefa.

—No le digas nada a Adrian.

Theo no dice nada. Es su forma de decir que no.

Brooklyn Hospital

La médica no lleva placa con su nombre, o no la veo, o me da igual. Está al lado de mi cama en una habitación individual que huele a desinfectante y al látex de los guantes que acaba de quitarse, y habla con calma, como si me estuviera dictando una receta, como si esto fuera rutina y no mi vida.

—Estrés, sumado al embarazo y a no haber comido nada. Colapso circulatorio. El bebé está bien.

Tengo la mano puesta en el vientre. No se ha movido desde la ambulancia y, al oír la palabra «bebé», mis dedos se cierran ligeramente sobre la tela del camisón del hospital y algo se libera en mi pecho, algo pesado que no había sentido porque estaba demasiado ocupada aferrándome a ello. El bebé está bien. Mi respiración es entrecortada y me escuecen los ojos, pero no lloro,

porque Val Cortez no llora en una habitación de hospital delante de una médica a la que no conoce. Espiro. Despacio. Cuento hasta cuatro, como hago en la cocina. Mis dedos sobre el vientre, el gotero en el brazo y el pitido suave de un monitor a mi lado que me indica que mi corazón late. Y el suyo también.

—Se sentirá mejor enseguida. Se quedará aquí esta noche.

Asiento. La médica se marcha y la habitación se queda en silencio; estoy tumbada en una cama que no es la mía, bajo una manta que pica, y mi vientre bajo mi mano se siente como lo único que me pertenece ahora mismo.

Theo está sentado en la silla junto a la puerta. Le falta el paño de cocina, por segunda vez desde que lo conozco. Tiene las manos entrelazadas entre las rodillas y parece alguien que necesita un momento y no se lo toma.

—Jefa. Maggie viene de camino.

Por supuesto que sí. Maggie siempre se pone en marcha cuando algo se rompe. Maggie organiza antes de que yo pueda preguntar, antes incluso de que sepa qué necesito; en algún momento tendré que dejar de darlo por sentado, pero hoy no.

Maggie llega primero. Un bolso en la mano, agua en el bolsillo lateral, una chaqueta de punto que cuelga en el respaldo de la silla, mi teléfono, que pone en silencio antes de dejarlo en la mesilla de noche. Se sienta en el borde de la cama y me coge la mano; sus dedos están cálidos y no dice nada, porque Maggie sabe cuándo el silencio vale más que las palabras. Bagel no está. Naturalmente que no. Pero Maggie huele a hogar, a su perfume y a algo dulce que ha comido en el taxi, y yo me aferro a eso, al olor, a sus dedos, al hecho de que alguien haya preparado una maleta sin preguntar qué tenía que meter.

Adrian llega antes de que Maggie termine. Debe de haber venido a toda prisa desde la Wolfe Tower hasta Brooklyn; oigo sus pasos por el pasillo antes de verlo, rápidos, demasiado rápidos para un hombre que entiende el control como una forma de vida, y de pronto aparece en la puerta, con la camisa arrugada y el pelo revuelto como lo tiene por las mañanas, no como se lo peina para enfrentarse al mundo. Sus ojos encuentran los míos y en ellos hay algo que no quiero ver porque me hace sentir débil, y ahora mismo no puedo permitirme ninguna debilidad.

—Val.

—Vete.

—No me voy.

—Vete. Si te quedas aquí sentado, mañana saldrá la siguiente foto. Vete o me pondré a gritar a la enfermera.

Silencio. Maggie no se mueve. Theo no se mueve. Adrian se queda en el marco de la puerta; lo miro, y esto no es odio ni una pelea. Esto es una mujer enviando lejos al hombre al que no puede odiar porque su cercanía lo empeora todo. Para mí. Para el Saltarello. Para el niño que llevo bajo mi mano. Él lo sabe y yo lo sé, y ninguno de los dos dice nada más porque decir más no cambia nada.

Adrian se queda inmóvil. Cinco segundos. Diez. Tiene la mano apoyada en el marco de la puerta y le veo los nudillos, blancos, y el tendón de la muñeca, tenso; conozco esa mano, conozco los dedos que hace unas horas daban la vuelta a un salmón en una sartén, que me sujetaron la mano cuando me quedé dormida, y aparto el pensamiento porque ideas como esa no arreglan nada ahora mismo.

Entonces suelta el marco.

—Está bien. Me voy.

Se da la vuelta. Se marcha. Sus pasos por el pasillo se van atenuando hasta desaparecer; la puerta está abierta porque la ha dejado así, y Maggie se levanta y la cierra, con suavidad, vuelve a sentarse en el borde de la cama y me coge la mano.

No dice nada.

Respiro. Una vez. Dos veces. Entonces lo digo.

—Me voy del Penthouse. Mañana.

Maggie me mira. Su rostro no cambia, pero sus dedos aprietan los míos, una vez, brevemente, y esa es su forma de decir: te escucho.

—Sabes que estás haciendo exactamente lo que Bryce quiere. Te estás separando de Adrian. Ante el mundo.

—Me estoy separando de Adrian. No ante el mundo. Ante mí misma.

Maggie no dice nada. Me sujeta la mano, el gotero sigue funcionando y en algún lugar del pasillo alguien pasa con un carrito; el traqueteo de los instrumentos es tan cotidiano y está tan lejos de todo lo que pasa por mi cabeza que me tranquiliza, de una forma tonta y sencilla.

Maggie se levanta. Va hacia la ventana. Se queda allí, de brazos cruzados, mirando algo que no puedo ver desde aquí; conozco su espalda, conozco la tensión de sus hombros que indica que está echando cuentas, igual que yo, solo que Maggie cuenta números y estrategias y yo platos y reservas.

—Está bien —dice sin darse la vuelta—. Recogeré tus cosas.

Cierro los ojos. La manta es áspera bajo mis dedos, las almohadas demasiado planas y el gotero en mi brazo gotea con un ritmo demasiado lento para mi mente y demasiado rápido para mi cuerpo. Mi vientre bajo la mano está cálido y noto mi propio pulso debajo, o imagino que lo noto. Semana once. Un punto en una ecografía que aún no le he enseñado a nadie excepto a Adrian y a Maggie. Un punto que ahora mismo es la razón por la que estaba en una camilla y por la que la médica ha dicho que el bebé está bien; y ese «bien» es la única palabra que cuenta hoy.

—Yo no soy el premio, Maggie. Nunca lo fui.

Los pasos de Maggie se detienen. Un segundo. Quizá dos. Luego continúan, suaves sobre el linóleo, y oigo cómo se sienta en la silla junto a Theo. Ninguno de los dos habla. No hace falta. Y después ya no oigo nada más porque llega el sueño, pesado y sin sueños y sin titulares y sin chalotas, y dejo que venga, porque luchar es ahora mismo lo único que ya no puedo hacer.

Por la noche

La médica me deja marcharme. Me quitan la vía, firmo los formularios y recibo una bolsa con instrucciones que meto en mi bolso sin leer, porque soy cocinera y sé lo que significa comer, solo que se me olvidó hacerlo.

Maggie conduce. Voy en el asiento del copiloto con la pulsera del hospital todavía en la muñeca; las calles pasan de largo y las farolas proyectan franjas sobre el salpicadero. Maggie apagó la radio en cuanto subí y lo único que oigo es el motor, mi propia respiración y el leve crujido de la bolsa con las instrucciones en el asiento trasero. Tengo el móvil en la mano. La pantalla muestra siete llamadas perdidas de Adrian y un mensaje de Theo.

Cuatro reservas canceladas esta noche.

Tengo el pulgar sobre la pantalla. Cuatro menos. Cuatro personas que han decidido que un titular pesa más que un plato. Pero cuatro sí que estuvieron. Cuatro vinieron, se sentaron a las mesas, pidieron y comieron lo que mi cocina les sirvió; pagaron y se fueron, y mañana recordarán que el salmón estaba bueno, o la ensalada, o las chalotas que cortó otra persona porque yo estaba en una camilla.

Escribo.

Lo sé. Pero hubo cuatro reservas. Esas personas se acordarán.

Capítulo 23 – Adrian

24 horas después

Estoy sentado en la barra de la cocina y, enfrente, está la silla en la que Val se comía sus cereales. Cereales con almendras saladas, una combinación que nadie comería voluntariamente, excepto una mujer en la undécima semana que afirma que saben a algo que aún no sabe nombrar. Nunca los probé. Debería haberlo hecho.

La silla está vacía, el cuenco está en el lavavajillas y el paquete de almendras saladas sigue en el estante sobre el fuego porque Maggie no se lo llevó. Maggie vino ayer por la noche a por dos maletas. Se quedó en la puerta, no me miró y dijo: —Ella lo quiere así—, cogió las maletas y se fue. Ni un reproche, ni una pregunta, ni una mirada que exigiera nada. Solo una frase, dos maletas y el sonido del ascensor cerrándose.

Siete llamadas. He llamado siete veces, ha sonado siete veces y siete veces ha saltado el buzón de voz, y no he dejado ningún mensaje porque no existe ningún mensaje que pueda arreglar esto. ¿Qué le digo? ¿Val, he mentido durante cuatro años y ahora tu restaurante está en ruinas, tú has estado en el hospital, nuestro hijo tiene once semanas y yo estoy en una cocina que no

huele a nada y no sé cómo enderezar esto? Eso no cabe en un buzón de voz. No cabe en ninguna parte. Mi móvil está a mi lado en la barra, con la pantalla hacia abajo, y no le doy la vuelta porque sé que no hay nada. Ni una llamada devuelta. Ni un SMS. Ni rastro de Val.

La cocina no huele a nada. Eso es lo peor. Desde que Val vive aquí, la cocina huele a algo: a mantequilla, a ajo, a ese aceite de hierbas que le echa a todo y que yo nunca soporté y que ahora echo de menos. La cocina huele a acero inoxidable, al producto de limpieza que usa mi asistenta y a nada que esté vivo.

Me quedo mirando la silla vacía y pienso en cómo se sentaba Val en ella, con las piernas encogidas, el cuenco sobre las rodillas, y cómo me miraba con esa expresión que dice: Eres raro, pero me quedo de todos modos. Y yo pensaba que eso era suficiente. Pensaba que, si me miraba así mientras comía cereales, entonces era suficiente y no tenía que contarle por qué existe Mercer, por qué he interpretado un personaje durante cuatro años, por qué nunca le mostré al hombre que hay detrás.

Llaman a la puerta.

Tres veces, breves, con los nudillos. Conozco ese toque porque es el único que llega a mi Penthouse por las mañanas sin llamar antes por teléfono. Me levanto y siento las piernas como si hubiera pasado la última noche en el suelo de la cocina, lo cual no es cierto, porque la he pasado en la cama, en el lado de Val, con la cara hundida en su almohada, y eso es tan patético que no se lo contaré a nadie, y menos aún al hombre que ahora está ante mi puerta.

Dom.

Lleva dos vasos de café en la mano. No es el café de la oficina de la torre, sino los vasos de cartón grandes de la cafetería de la esquina, que hace el espresso tan fuerte que solo con verlo en la barra ya te despejas. Me pone uno delante sin preguntar si quiero. Nunca lo hace. Lee mi cara y decide.

Se sienta en la silla de enfrente. La silla de Val. Y pienso: Ahí no. No te sientes ahí. Pero no lo digo, porque en mi cabeza la frase suena a algo que diría un hombre que ha perdido el control, y el control es lo único que aún estoy fingiendo tener.

Dom bebe un sorbo. Deja el vaso. Me mira.

—Adrian. La has salvado y la has destruido. Ambas cosas. Al mismo tiempo.

Mi café está frente a mí. No lo toco. El calor sube en un hilo delgado y lo observo porque es más fácil mirar fijamente el vapor que a Dom.

—Lo entiendo.

—Entonces dímelo.

Silencio. El tipo de silencio en el que se oye el aire acondicionado, el tráfico cuarenta y nueve pisos más abajo y mi propia respiración, demasiado controlada para ser honesta. Dom espera. Se le da bien. Espera como hace todo: con calma, paciencia, con la sutil certeza de que acabaré hablando, porque siempre hablo si él se queda sentado el tiempo suficiente.

—Cuatro años —digo—. Durante cuatro años Mercer fue mi refugio. Pensé que mi nombre real nunca podría ser amado. Adrian Wolfe es el hijo de Garrett. Adrian Wolfe es el CEO que sale en la portada de Forbes y estrecha manos en las recepciones. Y nada de eso se siente como algo que una mujer como Val querría.

Mi voz suena extraña. Demasiado baja. Demasiado plana.

—Val quería a Mercer. Al hombre de las gafas y el cuaderno y las frases que suenan como si alguien estuviera escuchando. Y no me di cuenta de que me quería a mí. No al personaje. A mí. Ella estaba en una cocina en

Williamsburg leyendo mis frases y pensando que el hombre que escribe eso la comprende. Y el hombre que escribió eso era yo. No Mercer. Yo. Pero seguí interpretando al personaje porque el personaje era más seguro que el hombre.

Mi pulgar frota el borde del vaso de café. Una vez. Dos veces. El cartón se ablanda bajo el movimiento.

—No le mostré al hombre. Ese es mi error. Ni la filtración, ni Bryce, ni el titular. Durante ocho semanas decidí lo que ella podía ver de mí, y cuando lo vio todo, ya era demasiado tarde.

Dejo de hablar. No porque haya terminado, sino porque tengo algo en la garganta que se siente como una palabra que no quiere salir, y me escuecen los ojos, y parpadeo una vez y algo cálido resbala por mi mejilla, una sola línea, la izquierda, y no la limpio porque no estoy seguro de si mi mano estaría lo bastante firme.

Dom lo ve. Sé que lo ve porque Dom lo ve todo, y no dice nada. Se queda ahí sentado, con las manos rodeando su vaso, y no dice nada. Un minuto. Dos. Tres. El aire acondicionado zumba, mi café se enfría y mi mejilla se seca, y Dom sigue sentado en la silla en la que Val se comía sus cereales y calla, porque a veces el silencio es lo único que funciona.

Entonces deja su vaso. Su mano descansa plana sobre la barra, con los dedos extendidos, y el gesto tiene algo de definitivo, como si estuviera poniendo un punto final a algo que yo no podía terminar.

—Vale. Ahora escúchame.

Su voz es distinta. No es más fuerte ni más suave, sino más firme. La voz que tiene cuando toma decisiones que no quiero oír.

—No vas a ir a Saltarello. No vas a llamar a Val. No te vas a plantar delante del piso de Maggie. Vas a guardar silencio durante una semana.

—Una semana.

—Una semana.

Miro hacia la ventana. El horizonte está ahí, como siempre, cristal y acero, la misma ciudad que ayer se veía diferente cuando Val todavía estaba aquí, la silla no estaba vacía y la cocina olía a aceite de hierbas. En algún lugar ahí abajo, en Brooklyn o en el West Village, hay una mujer que no quiere verme y yo estoy aquí sentado sin poder siquiera llamar.

—¿Qué hago durante esa semana?

—Trabajar para la Fundación Plate. Preparar tu dimisión. Le vas a construir un mundo al que ella quiera volver, no al que se vea obligada a volver.

Quiera, no se vea obligada. La diferencia entre esas palabras lo es todo; Dom lo sabe, yo lo sé, y saberlo no quita que una semana de silencio se sienta como algo que no podré soportar. Pero Dom nunca me ha dicho nada que fuera erróneo. Ni una sola vez. Y yo llevo seis años sin escucharle, y el resultado está en la cocina y se llama silla vacía.

—Vale.

Dom asiente. Coge su vaso, apura el último trago y la normalidad del gesto es tan absurda en este momento que casi me río. Casi.

Al mediodía vuelven a llamar.

Dom sigue allí sentado. No hemos vuelto a hablar desde aquel «vale». Él abrió su portátil y se puso a escribir correos, y yo me quedé junto a la

ventana mirando una ciudad en la que Val está en alguna parte, y de vez en cuando Dom tecleaba algo, y el sonido del teclado era lo único que hacía soportable el silencio.

Tres golpes en la puerta. No es el toque con los nudillos de Dom. Es más duro. Con más confianza. El toque de alguien que cree que tiene derecho a estar aquí.

Abro.

Bryce está en el pasillo. Traje sin una sola arruga, esa sonrisa que lleva desde hace treinta años como otros llevan el reloj.

—Un minuto.

Debería cerrarle la puerta en las narices. Cada fibra de mi cuerpo me dice: cierra la puerta, da media vuelta, vuelve a la ventana. Pero le dejo entrar porque quiero saber qué quiere, porque Bryce nunca viene sin querer algo y porque al enemigo se le ve mejor en la habitación que tras la puerta.

Entra. Su mirada recorre el Penthouse, la cocina vacía, el café frío en la barra, y veo cómo echa cuentas, cómo lee la imagen que le ofrece el apartamento: Adrian Wolfe, solo, el día después del colapso. Ve a Dom. Vacila medio segundo, luego sigue caminando como si Dom fuera un mueble. Se detiene ante la barra y sus dedos rozan el borde, con ligereza, con indiferencia, como si estuviera inspeccionando una superficie que pronto será suya.

—Te ofrezco un trato —dice—. Tú dimites. Yo tomo el mando. Vendemos el matrimonio como un fracaso. Padre le financiará una fundación a tu hijo. Tú te vas a Londres. Wolfe Media se queda en la familia.

Cada palabra suena como si la hubiera ensayado ante el espejo. Quizá lo hizo. Bryce ensaya frases como otros se anudan la corbata.

—Fuera.

Bryce sonríe. La misma sonrisa que tenía cuando estaba sentado en mi despacho, cuando habló ante la junta directiva, cuando grabó el Video de Greenwich. Una sonrisa que no tiene nada que ver con la amabilidad.

—Padre quería que tu puesto de CEO estuviera ocupado por otra persona. Tú siempre estabas en medio.

—Fuera.

Camina hacia la puerta. Despacio, porque Bryce hace despacio todo lo que pretende que duela. En el umbral se da la vuelta, su sonrisa ha desaparecido y debajo hay algo frío, algo que pertenece a Garrett y que Bryce ha heredado como otros heredan el color de los ojos.

—El Video de Greenwich saldrá en diez días. A menos que aceptes mi trato.

Cierro la puerta. Sin dar un portazo, solo cerrándola. Con control. En silencio. El pestillo hace clic y el sonido resuena con fuerza en el silencio; entonces me quedo ahí parado, con el puño contra la pared y el brazo temblando, y aprieto los nudillos contra el yeso hasta que me duele, hasta que el dolor tapa lo otro, eso que tengo en el pecho que huele a Bryce y a Garrett y a treinta años en una familia que considera la lealtad una debilidad. Diez días. El Video de Greenwich me muestra en el comedor de Garrett, estoy gritando y Bryce filma, y en diez días eso estará en todos los portales de cotilleos y mi cara tendrá el aspecto de la de un hombre que ha perdido el control. Porque lo había perdido.

Pasa un minuto. Quizá más. Mi respiración se calma. Mi puño se abre, dedo a dedo.

Me giro hacia Dom.

—Llama a la junta directiva. Reunión extraordinaria. Adelántala.

Dom cierra su portátil. Despacio. Sus ojos están fijos en los míos y no hay sorpresa en ellos porque Dom nunca se sorprende cuando tomo decisiones que lo cambian todo. Está calculando. Lo veo por la forma en que sus dedos descansan sobre la tapa del portátil, quietos pero listos.

—Tienes muy poco tiempo para finalizar la Escisión de Plate.

Lo miro. Dom me devuelve la mirada. Y en sus ojos hay algo que no veo a menudo, algo que parece el principio de la confianza en una decisión que aún no se ha tomado por completo.

—Pues trabajaré sin descanso.

Capítulo 24 — Val

Tres días después

Vomito en el váter de Maggie, y el carlino está sentado a mi lado y me mira como si yo fuera la cosa más interesante que le ha pasado nunca.

Catorce horas de sueño, y así es como me lo agradece mi cuerpo. Me da vueltas el estómago, tengo las rodillas hincadas en las baldosas frías y Bagel apoya la cabeza en mi pantorrilla, como si esto fuera una experiencia grupal. Las náuseas vienen en oleadas, calientes y ácidas, y me sujeto al borde de porcelana y espero a que pasen. Semana once. Quizá la doce. Mi cuerpo ha dejado de informarme de en qué punto exacto estamos y simplemente va a lo suyo.

Tiro de la cadena. Me levanto. El espejo sobre el lavabo muestra a una mujer que parece haber dormido tres días en un aeropuerto. Sombras bajo los ojos que ningún corrector del mundo podría salvar. Tengo la mano apoyada en el vientre, de forma automática, antes de darme cuenta. Ahí dentro crece algo que me obliga a ponerme frente a un váter al amanecer; un váter que no es el mío, en un apartamento que no es el mío, en una vida que se siente como si alguien hubiera cambiado la receta sin avisarme.

Me acuesto de nuevo. El sofá de Maggie huele al detergente que usa para todo, a Bagel y a hogar, aunque no sea el mío. El cojín es demasiado blando y la manta me raspa los brazos, pero aun así me quedo dormida al instante, como si alguien hubiera accionado un interruptor. En algún momento intermedio me despierto porque Bagel se ha subido a mi pecho y me mira como si tuviera una pregunta urgente. Lo aparto. Se vuelve a subir. Me rindo y sigo durmiendo con un carlino sobre el pecho; así es mi vida ahora, y las hay peores.

Cuando me despierto de nuevo, hay un plato con un bagel en la mesa de centro. Con mucho queso crema, tal y como a mí me gusta. Al lado, una taza de té, frío. Y una nota con la caligrafía de Maggie, que parece el intento fallido de una médica por escribir de forma legible.

Hay sopa en la olla. No te mueras de hambre. Bagel ha desayunado, tú no.

Le doy un mordisco al bagel y mastico, aunque mi estómago protesta, porque soy cocinera y sé lo que pasa si no comes, y porque hace tres días estaba en una camilla y la doctora dijo que el bebé está bien, y ese «bien» estaba condicionado a que yo comiera. Así que como. El queso crema está demasiado frío y el bagel no es del día, y es lo mejor que he comido nunca, porque alguien lo ha puesto ahí sin preguntar si quería uno.

Bagel está tumbado sobre mis pies. Su cuerpo es cálido y pesado y ronca suavemente, y el sonido tiene algo tan absurdo que casi me río. Casi.

Mi móvil está en la mesita auxiliar junto al sofá. Lo cojo y le doy la vuelta. Ni una llamada de Adrian. Ni una sola en tres días. Las siete llamadas perdidas del hospital siguen en la lista, mudas y marcadas, y después, nada. Como si se hubiera rendido. Como si alguien le hubiera dicho que parase.

Tengo el pulgar sobre la pantalla. Deslizo hacia arriba, hacia abajo, hacia arriba. Nada. Ni rastro de Adrian. Ningún SMS. Ningún mensaje de voz. Solo las actualizaciones diarias de Theo, escuetas y objetivas, como partes meteorológicos de un restaurante que se hunde.

Dejo el móvil. Pantalla abajo.

La sopa está buena. No tanto como la mía, pero está buena. Maggie cocina como alguien que lee una receta y la sigue al pie de la letra, y el resultado sabe a orden y al intento de hacer algo bien. Me como dos cuencos porque mi cuerpo por fin ha dejado de resistirse a todo, y porque el niño bajo mi mano necesita nutrientes y no titulares de prensa.

Estoy sentada en el sofá bebiendo el tercer té cuando suena mi móvil.

Theo.

—Jefa.

—Theo.

—Tres mesas hoy. Una de ellas de clientes habituales, las otras dos no los conozco. —Su voz suena como suena siempre cuando me da cifras que no son buenas: tranquila, objetiva, como si estuviera leyendo una lista de ingredientes que se ha quedado corta—. Pero Hannah Lim ha estado aquí.

Me incorporo. Bagel protesta porque mis pies se mueven.

—Hannah Lim.

—De incógnito. Gorra de béisbol, sin placa con nombre, reservó con otro nombre. Pero conozco su cara, y ella sabe que la conozco. —Una pausa—. Ha escrito que volverá.

Mi corazón hace algo que no sé nombrar. Una especie de aleteo, a medio camino entre la esperanza y el reflejo de volver a guardarla de inmediato, porque la esperanza solo me ha tomado el pelo en las últimas semanas.

—¿Eso es bueno?

Theo guarda silencio un segundo. Dos.

—Es lo único bueno.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla. Hannah Lim. La crítica que estuvo en mi restaurante hace semanas y probó cada plato como si estuviera resolviendo un enigma. Adrian la envió entonces. Yo no lo sabía, y cuando me enteré, fue una de las cien razones para estar furiosa. Pero ha vuelto. No por Adrian. Por mi cocina.

Tres mesas. Hannah Lim. No es mucho. Pero tampoco es nada. Dejo el móvil en la mesa de centro y me quedo mirando al techo. Adrian la contrató entonces sin decirme nada, y lo odié por ello, porque decidió qué era lo mejor para mi restaurante sin consultarme. Pero Hannah Lim no es un favor. Hannah Lim es una crítica que no arriesga su carrera para hacerle un favor a nadie. Ha vuelto porque mis platos eran lo bastante buenos. Y eso tiene que bastar, aunque el resto no baste ahora mismo.

Maggie llega pronto. Demasiado pronto. Su bolso acaba en la mesa de la cocina, no en el gancho junto a la puerta, y eso solo ya me dice todo lo que necesito saber, porque Maggie siempre cuelga sus cosas. Siempre. Bagel salta sobre ella, y ella se inclina y le rasca detrás de las orejas, pero sus movimientos son rígidos, tiene los hombros tensos y sus ojos parecen los de una mujer que lleva todo el día tragándose algo que no pasa.

—Maggie. ¿Qué pasa?

Va a la cocina. Enciende el hervidor. Está de espaldas a mí, y la tensión en su nuca es tan evidente que la veo desde el sofá. Coge una taza, la deja, coge otra. También la deja.

—Maggie.

Se da la vuelta. Se apoya contra la encimera con los brazos cruzados. Su boca es una línea fina.

—Directivos de Halberd. Me han retirado de cuatro Mandatos. La semana pasada. Por «conflictos de intereses personales».

Las palabras tardan un segundo en calar. Luego golpean.

—¿Por mí?

—Adrian. —Dice el nombre como si escupiera algo amargo—. Han descubierto que una vez asesoré a su padre y que luego cancelé horas por su culpa.

Se me oprime el pecho. No son las náuseas ni el niño. Es otra cosa. Algo que se siente como un puño que se cierra alrededor de mis costillas desde dentro. Cuatro Mandatos. Eso no es una mala semana. Es la carrera profesional. Es el trabajo de Maggie, que se está agrietando porque ella es mi mejor amiga y yo me casé con un hombre cuya familia lo toca todo y lo rompe todo.

—Oh, no.

—Cortez. Para.

—Maggie, ha sido por mí...

—No. —Su voz no es alta, pero corta—. Yo me encargo. Te lo dije: no me prometas nada. Yo lo soluciono.

El hervidor hace clic. Maggie se da la vuelta, vierte el agua en la taza y sus manos están tranquilas, y eso es lo aterrador, porque las manos de Maggie siempre están tranquilas, incluso cuando su vida se está haciendo pedazos.

Me trae el té, lo deja en la mesa de centro y se sienta en el sillón de enfrente. Bagel salta a su regazo. Ella lo acaricia, mecánicamente, y no me mira.

Mi té se enfría. Sujeto la taza con ambas manos y el calor se filtra a través de la cerámica, pero no me llega. Cuatro Mandatos. En el mundo de Maggie, eso significa cuatro clientes, cuatro proyectos, cuatro bloques de facturación, y si los quitas, queda un agujero en el balance que todo el mundo ve. Maggie es Senior Consultant. Maggie es a quien asignan los casos difíciles, no a la que apartan por una amistad. Pero los Wolfe tienen tentáculos largos. Lo han demostrado. Mi mano izquierda suelta la taza, se posa en mi vientre y siento mi propio pulso bajo los dedos, o me imagino que lo siento, y al niño debajo, que no sabe nada de esto. Nada de mandatos, ni de Halberd, ni de una amiga que pierde su trabajo porque no me abandonó.

Maggie lo ve. Mi mano sobre el vientre. Sus ojos siguen el movimiento y, por un segundo, hay algo en su rostro, algo tierno que aparta de inmediato.

—Si te disculpas ahora mismo, te echo a la calle y duermes debajo de un puente.

—No he dicho nada.

—Lo has pensado. Te oigo.

Silencio. Bagel ronca en el regazo de Maggie, y el té ya no echa humo, y fuera alguien toca el claxon, larga y furiosamente, y el sonido encaja tan bien con todo que casi resulta cómico.

Más tarde. La lámpara junto al sillón de Maggie proyecta un círculo en el suelo y yo estoy sentada en el sofá, con las piernas encogidas y la taza de té fría entre las manos. Bagel se ha mudado, ahora está tumbado en la

alfombra entre nosotras, con las patas hacia arriba, como si el mundo estuviera en orden.

Maggie sale del pasillo. Ha cambiado la blusa de trabajo por una camiseta y parece cansada, pero un cansancio distinto al de hace un rato. No está enfadada. Está más tranquila. Se sienta en el sillón, encoge las piernas y me mira, y su mirada tiene algo decidido, como si hubiera estado madurando una idea.

—Val. Una cosa.

Alzo la vista.

—Ya has hecho todo sola anteriormente. Pero esto no es Marco. Esto no es el montaje de Saltarello. Esto es Adrian y es tu hijo. Esta vez tienes que aprender algo distinto: a quién *quieres* tener a tu lado, no quién se lo *merece*.

Se me corta la respiración. Ni de forma dramática ni teatral. Simplemente se detiene, en algún lugar entre mis costillas, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. Marco. Ha pronunciado su nombre y no lo había vuelto a oír en voz alta desde que lo borré de mi cabeza, desde que decidí que ningún hombre que no supiera lo que hace volvería a entrar en mi cocina.

Quieres. No *merece.*

Siempre he preguntado quién se lo merece. Quién merece estar a mi lado. Quién ha sufrido lo suficiente, demostrado lo suficiente, hecho lo suficiente para ganarse un lugar junto a Val Cortez. Como si mi lado fuera una mesa que hay que reservar. Como si la cercanía fuera algo que se trabaja, no algo que se permite.

Tengo la mano sobre el vientre. Mi té está frío. Bagel resuella en sueños.

—No sé si soy capaz.

Maggie me mira. Sus ojos están tranquilos y claros y no me dan escapatoria.

—Sí. Eres capaz. Pero tienes que decidir si quieres.

No digo nada. Durante mucho rato. La lámpara zumba suavemente, y la respiración de Maggie es acompasada, y en algún lugar en mi interior algo se recoloca, despacio, como ingredientes que por fin aterrizan en la encimera en el orden correcto. Marco no se lo merecía. He dicho eso durante años, y era verdad, y me bastaba como respuesta. Pero Maggie no pregunta si Adrian se lo merece. Pregunta si lo quiero. Y esa es otra pregunta. Una que me asusta más que cualquier cosa que Halberd o el *DailyDish* o Bryce o Garrett puedan hacerme, porque la respuesta no depende de nadie más.

Suena mi móvil.

Mi corazón da un vuelco, un segundo, medio, y mi mirada vuela a la pantalla, y allí no pone Adrian.

Theo.

—Jefa. —Su voz suena distinta a la de hace un rato. Más apagada. Como la de alguien que ya sabe que la noticia que trae no es la que quiero oír—. Las reservas de Saltarello han caído un 95 por ciento.

Aprieto el móvil con más fuerza.

—Hannah Lim ha publicado hoy su crítica en *Plate*. Cuatro estrellas. —Una pausa—. Pero el *DailyDish* tiene un artículo nuevo: «¿Puede una cocinera ser honesta si su marido es el dueño de la revista?». ¿Qué hacemos?

Cierro los ojos. La lámpara zumba. Bagel respira. Maggie está sentada en el sillón y me mira, y siento su mirada sin verla. 95 por ciento. Cuatro estrellas, y no basta. Un artículo, y todo lo que Hannah Lim ha escrito se convierte en una nota a pie de página. Saltarello tiene tres mesas, y mañana quizá dos, y pasado mañana quizá ninguna, y mi hijo crece bajo mi mano mientras mi restaurante muere bajo mis pies.

No sé cómo seguir.

El local está al borde del cierre.

Capítulo 25 — Val

Una hora después

Estoy en el baño de Maggie, agarrada al borde del lavabo.

El agua corre. Fría. Dejo que me cubra las muñecas, luego la recojo con ambas manos y me la echo a la cara, una vez, dos, hasta que la piel se tensa y el entumecimiento remite. El grifo es viejo, el metal bajo mis dedos está gélido, y me quedo ahí parada, respirando; en el espejo sobre el lavabo me mira una mujer a la que no habría reconocido hace tres días.

Ojeras. Labios secos. Un pelo que en algún momento recogí en un moño y del que me olvidé. Pero los ojos están despiertos. Por primera vez desde lo del hospital están despiertos; ni cansados, ni vacíos, ni buscando algo que no sé nombrar.

Mi mano derecha descansa sobre mi vientre. Automáticamente. Como un reflejo que se instaló en la undécima semana y que no quiere cesar. Bajo mis dedos hay calor y tela, y debajo un punto que crece, que no sabe nada de la llamada de Theo, ni del 95 por ciento, ni de que su madre está ahora mismo en un cuarto de baño que no es suyo tomando una decisión.

Miro al espejo. El agua gotea desde mi barbilla hasta mi camiseta.

Sé lo que voy a hacer.

Me seco la cara, cuelgo la toalla de nuevo en el gancho y salgo. Maggie está sentada en el sillón, con Bagel en el regazo, y me mira sin preguntar, porque Maggie nunca tiene que preguntar cuando mi cara ya da la respuesta.

—Necesito mi móvil y mi delantal.

Maggie se levanta. Bagel se resbala de su regazo y aterriza en la alfombra con un resoplido de ofensa. Maggie va al pasillo, coge el bolso que trajo del Penthouse, lo pone sobre la mesa de la cocina y no pregunta nada. Ni qué pienso hacer. Ni si estoy segura. Ni si lo he pensado bien. Coloca encima mi delantal, que estaba doblado en el bolso, y da un paso atrás; así es Maggie. Eso es todo lo que necesita ser.

Cojo mi móvil. Recorro los contactos, pasando de largo de Adrian, de Theo, de Nora, hasta que encuentro el nombre que llevo ignorando un año.

Marisol Vega.

La mujer que hace diez años me enseñó que una cocinera que no habla de su comida no se toma su comida en serio. La que me escribió después de la inauguración del Saltarello para preguntarme si estaría dispuesta a una entrevista. Dije que no. Tres veces. Porque pensaba que mis platos hablaban por sí solos. Porque pensaba que las cocineras pertenecen a la cocina, no a los periódicos.

Pulso llamar.

Tres tonos. Luego su voz, tranquila y directa, como si hubiera estado esperando esta llamada, aunque no fuera así.

—¿Sí?

—Marisol. Soy Val Cortez. Querías una entrevista. Mañana. Saltarello. Antes de la apertura. Pregunta lo que quieras. Responderé con sinceridad.

Silencio al otro lado. Dos segundos. Tres. Oigo cómo respira, y conozco ese aliento, ese breve sopesar que hace Marisol antes de decir algo de lo que ya no puede retractarse.

—Val. Si haces esto, no hay vuelta atrás.

—Lo sé.

Silencio. Luego:

—A última hora de la mañana. Con fotógrafo.

—A última hora de la mañana.

Cuelga. Cuelgo yo. Mi móvil está caliente en mi mano y mi corazón late más rápido de lo que debería; estoy en la cocina de Maggie, fuera alguien toca el claxon, Bagel ronca sobre la alfombra y acabo de hacer algo que no puedo deshacer, y se siente como el primer corte limpio después de días en los que el cuchillo no hacía más que resbalarse.

Maggie se apoya en el marco de la puerta. Con los brazos cruzados.

—Cortez.

—Sí.

—Bien.

Mi apartamento huele a mí.

Estoy en el pasillo, con el bolso en la mano y el delantal al brazo, y el aire me golpea como algo que había olvidado. Hierbas. Algo picante que ha quedado de la última vez que cociné aquí. Una vela en el alféizar cuya cera se ha ablandado con el calor. La cuchara de madera en la olla junto a los fogones, de alguna vez cuando todavía vivía aquí, cuando el Saltarello aún no era un titular y mi nombre solo aparecía en el cartel sobre la puerta.

Dejo el bolso. Voy a la cocina. Es pequeña, más estrecha que la cocina de Adrian en el Penthouse, pero está llena. Tarros con especias en el estante, una tabla de cortar con una muesca que nunca llegué a lijar, la nevera con los tres imanes que me regaló Maggie porque pensaba que las neveras sin imanes se ven tristes. La luz sobre la encimera parpadea una vez al encenderla, luego brilla de forma constante, cálida y amarilla; aspiro, y el aire sabe a hogar.

No a Penthouse. No a mármol y horizonte y a la silenciosa soledad de las estancias demasiado grandes para una sola persona. A hogar. A la cocina donde repasé mi primer menú del Saltarello, sola, con una botella de agua y un bolígrafo y el miedo a que no fuera suficiente.

Me siento frente a la encimera. Saco un bloc y un bolígrafo del cajón. Anoto lo que quiero decir mañana cuando Marisol me haga sus preguntas. Cómo conocí a Adrian. Por qué me casé con él. Qué significa el contrato. Qué significa el niño. Las palabras fluyen rápido, desordenadas, en frases a medias y puntos clave; escribo hasta llenar la página, paso la hoja y sigo escribiendo, y al cabo de un rato tengo cuatro páginas, y lo dicen todo y a la vez nada.

Miro las hojas. Las leo. Las leo otra vez.

Luego las arranco y las hago pedazos. Una vez por la mitad, otra vez más, hasta que los trozos yacen sobre la encimera como confeti tras una fiesta en la que nadie lo ha lanzado.

Improvisaré. Como cuando cocino.

Mi mirada cae en el móvil, que está junto al bloc, con la pantalla hacia arriba. Lo toco. Desfilan las últimas llamadas y ahí están: las siete llamadas perdidas de Adrian, mudas en la lista, con fecha del día del hospital. Después, nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Ni una sola señal de que sigue ahí, y no sé qué significa eso. Si se ha rendido. Si alguien le ha dicho que pare. Si está esperando, como espero yo, sin que ninguno de los dos sepa a qué.

Durante un segundo quiero pulsar su nombre. Un segundo en el que mi pulgar flota sobre la pantalla y mi pecho hace algo que no voy a permitir.

Dejo el móvil. Con la pantalla hacia abajo. Me voy a la cama. El colchón es más duro que el sofá de Maggie y más familiar, y me duermo más rápido de lo que esperaba; lo último en lo que pienso no es en Adrian, sino en el tono de voz de Marisol cuando ha dicho: «No hay vuelta atrás».

Mejor así.

A la mañana siguiente, en el Saltarello

Me ato el delantal a la espalda y me miro en el espejo del aseo del personal. Nada de maquillaje. Con la sudadera de Saltarello bajo el delantal, gris oscuro, con el logo que me hizo imprimir Theo cuando abrimos. El pelo hacia atrás, práctico, como lo llevo en la cocina.

Parezco lo que soy. No alguien que intenta ser algo.

Theo está allí. Está preparando las mesas en la zona delantera, enderezando copas que ya están derechas, y cuando me ve asiente brevemente y no dice nada, y eso es suficiente. Sabe lo que ocurre hoy. Le llamé ayer por la noche, un minuto, treinta palabras: entrevista, mañana, periodista, fotógrafo, normalidad absoluta.

—Jefa.

—Theo.

—El café está listo.

La puerta de entrada se abre. Marisol Vega entra, y tras ella un hombre con una cámara al cuello que escanea la sala antes siquiera de dar los buenos días. Marisol se ve como la recuerdo: erguida, menuda, cuaderno en mano, bolígrafo tras la oreja. Lleva una chaqueta oscura y zapatos planos, y no luce más joyas que un reloj; cuando me ve, su boca se contrae en algo que no es una sonrisa ni tampoco seriedad, sino respeto. O reconocimiento. Algo intermedio.

—Val.

—Marisol. Siéntate.

Nos sentamos en la mesa seis. Marisol pone su cuaderno sobre la mesa, lo abre, y el fotógrafo se posiciona a un lado, en silencio, como quien sabe que debe ser invisible. Theo trae dos vasos de agua y desaparece.

Marisol me mira. Bolígrafo en mano.

—¿Lista?

—Sí.

——*¿Sabía usted que Mercer es Adrian Wolfe antes de casarse con él?*

—Sí. Desde la Noche en el Carlyle. Antes de la boda. Pero no antes de nuestro primer encuentro en el Saltarello.

Marisol escribe. Levanta la vista.

——*¿Se acostó con él sabiendo que era el dueño de la revista que decide sobre su carrera?*

—Me acosté con él sabiendo que era Elias Mercer. En la coctelería no sabía que Mercer y Wolfe eran la misma persona. Me enteré a la mañana siguiente. —Mantengo su mirada—. No por él. Por la portada de una revista.

——*¿Está usted embarazada?*

Mi mano descansa sobre mi vientre. Bajo la encimera. Marisol no puede verla, pero yo la siento; mis dedos sobre la tela y debajo el pulso, el mío o el suyo, no lo sé.

—Sí. Ya lo estaba antes de casarme con él. Nos casamos porque yo era consciente de que la familia Wolfe destruiría a un niño nacido fuera del matrimonio. Tenemos un contrato. Dinero para el niño y para mi restaurante. Seis meses de matrimonio a prueba. Después, yo decidiré.

Silencio. El bolígrafo de Marisol rasca el papel. El fotógrafo toma una foto, con suavidad, y el clic es el sonido más fuerte de la sala.

——*¿Y qué dice a las acusaciones de que el Saltarello ha sido sobrevalorado artificialmente?*

—Hannah Lim nos dio cuatro estrellas hace pocos días. Ella no tiene nada que ver con Wolfe Media. Pero si no os lo creéis: el Saltarello abre esta noche. Hay reservas libres. Venid. Probad. Juzgad vosotros mismos.

Marisol me mira. Durante un largo rato. Luego deja el bolígrafo. Cierra su cuaderno. Se recuesta en la silla y algo en su rostro cambia; lo profesional deja paso a otra cosa y, cuando habla, su voz es más baja que antes.

——*Val. Una última pregunta. ¿Lo amas?*

La estancia se queda en silencio. Más en silencio de lo que ya estaba. Theo en algún punto al fondo, el fotógrafo con la cámara baja y, frente a mí, Marisol, que me mira como si supiera que esta pregunta no pertenece al cuaderno y que, aun así, tiene que hacerla.

Podría decir que no. Podría decir: «Eso no es asunto tuyo». Podría decir: «Pregúntale a él». Podría decir lo que le habría dicho a Marco tiempo atrás, cuando Marco preguntó si lo amaba y yo dije: «Amo a mi restaurante y el resto es negociable».

Pero Marco me dejó cuando el Saltarello se puso en marcha. Y Adrian no me ha dejado. Adrian me dijo la verdad demasiado tarde, tomó decisiones por mí que no le correspondían, arrastró mi restaurante a su guerra. Pero no me ha dejado. Fui yo quien lo echó, y él se fue; su silencio desde lo del hospital no suena al de un hombre que ha dejado de intentarlo. Suena al de un hombre que no sabe cómo quedarse sin empeorarlo todo.

—Amo a un hombre cuyo nombre apenas conozco desde hace unas semanas. Pregúntame otra vez cuando pasen los seis meses.

Marisol asiente. Lentamente. Una vez. Sabe que ese es el titular. También sabe que es la verdad.

Más tarde esa noche

El teléfono de la cocina no deja de sonar.

Theo está tras la barra con el libro de reservas en una mano y el teléfono en la otra, y parece alguien que no sabe si reír o gritar. Hoy tenemos más peticiones de las que tuvimos en todo el mes pasado. Las mesas se llenan, una tras otra, las comandas entran, y mis manos cortan y fríen y emplatan;

el aire acondicionado traquetea sobre mi cabeza y la cocina huele a todo lo que soy, y trabajo, y se siente como respirar.

Theo grita mi nombre desde la sala, pero lo grita con alegría, alegre por primera vez en semanas, y yo sacudo la cabeza y sonrío mientras le devuelvo el grito:

—¡Deja de aceptar gente al llegar a treinta o moriremos!

Y entonces me río. Brevemente. Me sale de las entrañas, inesperado, y me sacude, no mucho, pero lo suficiente para que Theo lo vea y sonría; por un segundo, todo está exactamente donde tiene que estar.

Maggie aparece. Por supuesto que aparece. Está en la puerta con un bagel en una bolsa y una botella de champán —sin alcohol, porque es Maggie y sabe lo que puedo beber y lo que no—. Se sienta a la barra, deja la botella, desenvuelve el bagel, lo pone sobre una servilleta y me mira a través del mostrador, por encima del vapor, el ruido y el caos de una noche propia de un restaurante que está vivo.

—Cortez. Lo estás haciendo bien.

No digo nada. No hace falta.

Mi móvil vibra en el bolsillo del delantal. Lo saco, con la pantalla húmeda por mis manos. Un mensaje. No es de Adrian.

Marisol Vega.

En línea mañana por la mañana. En papel el fin de semana. Titular: «La cocinera que pone en jaque al imperio».

Levanto la vista. Maggie está sentada a la barra dándole un bocado a su bagel, Theo vocea una comanda en la cocina, el local bulle, mi vientre crece bajo el delantal, Adrian calla y el titular ya está escrito; por primera vez en semanas tengo la sensación de que el suelo que piso me pertenece. Echo de menos a Adrian. Lo echo tanto de menos que lo noto en las manos cuando están vacías. Pero no me he alejado de él. He vuelto a mí misma. Esto no es el final. Es el principio de algo que yo misma he elegido.

Doy un sorbo al champán sin alcohol y miro a Maggie.

—Ahora veremos si viene.

Capítulo 26 — Adrian

A la mañana siguiente

Leo la versión online por segunda vez mientras estoy sentado frente al escritorio en la Wolfe Tower:

—Amo a un hombre cuyo nombre conozco apenas desde hace unas semanas. Pregúntame de nuevo dentro de seis meses.

La tinta de impresión está fresca, el papel se siente liso bajo las yemas de mis dedos, y el titular de Marisol Vega corona el conjunto como una sentencia que no lo es: *La cocinera que pone en juego el imperio.* Ayer leí la versión digital, en el móvil, de pie, en el pasillo frente al ascensor, y se me cortó la respiración al llegar a *Pregúntame de nuevo dentro de seis meses*; guardé el teléfono en el bolsillo, regresé al Penthouse y me pasé tres horas mirando al techo.

Ahora estoy en mi despacho, con el escritorio de cristal frente a mí y el horizonte tras el ventanal; la edición impresa dice lo mismo que la digital, pero el papel miente de otra forma. El papel permanece.

Me ha dejado una puerta abierta. No del todo. Una rendija por la que entra la luz, lo justo para ver que detrás hay una habitación. Pero no voy a pretender que se quede seis meses esperando en esa rendija. No en un mundo que he construido yo, donde cada decisión que tome se verá distorsionada por mi apellido. Por Wolfe Media. Por Garrett. Por el peso de un imperio que aplasta todo lo que ella toca.

Voy a devolverle un mundo en el que su decisión sea verdaderamente suya.

No para recuperarla. Sino para que pueda elegir con libertad.

El estuche de los gemelos está en el borde del escritorio, con las iniciales A.W. hacia arriba, y deslizo el periódico sobre él de modo que solo quede visible el margen inferior del artículo: la foto de Val con su delantal, el pelo recogido, sin maquillaje, y su mirada directa a la cámara, como si no tuviera nada que esconder. No lo tiene. Nunca lo ha tenido.

Alargo la mano hacia el teléfono y marco el número del abogado de la fundación. Dom me lo escribió ayer en una nota, sin preguntar para qué lo necesitaba. Dom nunca pregunta. Él deja las notas y espera.

Más tarde ese mismo día

El abogado de la fundación tarda dos horas en ultimar las cláusulas finales de la escisión de Plate. Estoy en mi despacho, con la corbata aflojada, leyendo cada página, cada línea, cada nota al pie. Plate pasa al Editorial Independence Trust, NYC. Independiente. Sin ningún apellido Wolfe en la junta directiva, sin dinero de los Wolfe en la financiación, sin influencia de los Wolfe en la redacción. El archivo Mercer —cuatro años de críticas, notas, borradores, todo lo que Elias Mercer escribió jamás— se entrega a la fundación como material histórico. Transparencia total. Todo el mundo podrá ver lo que escribí y por qué.

Mi seudónimo Mercer ha muerto. Para siempre.

Dom está sentado a la mesa de juntas, en un rincón de mi despacho, escribiendo correos. No ha dicho ni una palabra que no sea de trabajo desde por la mañana, y esa es su forma de decir: "estoy aquí". En los últimos días ha hecho más por esta fundación que yo: ha pospuesto citas, ha interceptado llamadas, ha dado largas tres veces a la asistente de Garrett. Cuando ayer le dije que dimitía, asintió y preguntó: —¿Qué tamaño de fuente quieres para la carta de renuncia?

Firmo el documento de cesión. Mi mano está firme, la pluma raspa el papel, y cuatro años se desvanecen con un movimiento que dura menos de tres segundos. Me duele menos de lo que esperaba. Quizá porque sé por qué lo hago. Quizá porque Mercer nunca fue a quien Val quiso. Ella quería al hombre que estaba detrás. Y el hombre que está detrás ya no necesita un seudónimo.

Mi mirada cae en la segunda página del documento, la cláusula patrimonial, y pienso en el niño. En un niño que va a nacer en una familia que utiliza los apellidos como armas. La fundación también debe asegurar eso: un mundo en el que ese niño no tenga que llevar el apellido Wolfe si no quiere. En el que pueda elegir.

Dejo la pluma.

La puerta se abre. Sin llamar.

Dom levanta la vista. Mira hacia la puerta, luego a mí, cierra su portátil y se levanta sin necesidad de que yo diga nada. Sale. La puerta se cierra tras él, y luego vuelve a abrirse, y Garrett aparece en el umbral. Traje gris, ni un pelo fuera de sitio, esa sonrisa que no tiene calidez y nunca la tuvo. Entra como si la habitación fuera suya, lo cual es irónico porque técnicamente posee el espacio, al menos sobre el papel, al menos mientras el consejo de administración mantenga la propiedad del edificio. Se sienta sin que lo inviten en la silla frente a mi escritorio, deja una tableta sobre la mesa y la gira hacia mí.

—Adrian. Tenemos que limpiar este desastre.

Su voz es tranquila. Siempre lo es. Garrett no grita, Garrett no amenaza, Garrett se sienta en una silla y pronuncia frases que suenan como invitaciones pero se sienten como tornillos de banco.

En la tableta hay abierta una estrategia de relaciones públicas. Cinco diapositivas. Diapositiva uno: *Dar la vuelta a la narrativa de Mercer*. Diapositiva dos: *Cazatalentos en lugar de identidad secreta*. Diapositiva tres: NDA con Val. Diapositiva cuatro: tres meses de periodo de silencio. Diapositiva cinco: Bryce asume la operativa de Plate, Adrian sigue como CEO. Bajo la quinta diapositiva, en letra pequeña, dice: *Imagen salvada.*

—Reinventaremos a Mercer como un mentor que ha descubierto una mano talentosa —dice Garrett. Se echa hacia atrás, cruzando las manos en el regazo. Cada gesto está calculado—. NDA con la cocinera. Tres meses de silencio. Bryce asume la gestión de Plate. Tú sigues siendo el CEO. La prensa se olvida, los accionistas se calman y, en seis meses, ya nadie hablará del tema.

La cocinera. No Val. No tu nuera. No la madre de tu nieto. La cocinera.

Lo miro. Su rostro está liso, controlado, y sus ojos son gélidos; en esos ojos no hay nada que pregunte por su hijo. Nada que quiera saber cómo me encuentro. Nada que pregunte por el bebé, o por Val, o por el hecho de que su hijo mayor lleva días sin dormir. Garrett está sentado en mi despacho hablando de imagen, porque la imagen es lo único que Garrett comprende.

—Te lo haré saber en la reunión.

Mi voz es baja. Más tranquila de lo que me siento por dentro. La reunión... él entenderá a cuál me refiero. La única que importa. La reunión del consejo de administración que Dom ha adelantado para mañana, y de la que Garrett aún no sabe que no seguirá su guion.

Garrett me observa un segundo, dos, y veo cómo calcula, cómo sopesa la frase, cómo busca la trampa y no encuentra ninguna porque no la hay. No una que sea visible para él. Ve a un hijo que cede. Que necesita tiempo. Que al final hará lo que hacen los Wolfe.

—Bien. —Se levanta. Coge la tableta—. No te lo pienses demasiado, Adrian. La prensa no espera.

Se marcha. La puerta se cierra tras él con un suave clic; exhalo lentamente por la nariz, apoyo las manos planas sobre el escritorio de cristal y siento cómo se calma mi pulso.

Garrett cree que el trato está abierto. Que lo crea. Yo ya voy por delante.

Espero tres minutos. Oigo cómo el ascensor se abre y se cierra. Garrett se ha ido.

Dom regresa sin llamar, se sienta en su sitio y abre el portátil. Su rostro no revela nada.

—Helena Vasquez —digo.

Dom gira la pantalla hacia mí. Su número ya está en pantalla.

Helena Vasquez. Ex de McKinsey, luego CEO de Hearst Magazines. Afilada, clara, y habla como piensa: en líneas rectas, sin rodeos. He tenido su nombre en una lista que solo conocemos Dom y yo desde hace años. Una lista con un único nombre.

La conversación dura tres horas. Helena hace preguntas que otros no harían: sobre la estructura de la fundación, sobre la política editorial, sobre la familia Wolfe y sobre si de verdad me voy o si voy a dirigir desde la sombra. Respondo a cada una de ellas. Con honestidad. Por primera vez en mi vida, respondo preguntas sobre Wolfe Media de forma sincera, sin filtrar

las respuestas, sin el sesgo que Garrett me enseñó antes incluso de que aprendiera a articular mis propias frases.

Al final, acepta.

—Siempre y cuando de verdad cedas el puesto y no sea solo un formalismo.

—Cedo el puesto de verdad.

Silencio al otro lado. Luego: —Entonces, cuenta conmigo.

Cuelgo y dejo caer el móvil sobre el escritorio. Miro hacia la ventana. El horizonte está ahí, cristal y acero, y la ciudad a la que no le importa lo que ocurra en este despacho. Acabo de entregar mi propio puesto de CEO. No se siente como una pérdida. Se siente como tener suelo bajo los pies. Por primera vez desde el hospital, hay algo sólido.

Me acuerdo de la amenaza de Bryce. El Video de Greenwich. Dijo diez días, han pasado varios desde entonces y el reloj sigue corriendo. Pero la amenaza pierde su fuerza si me voy por voluntad propia. No se puede chantajear con un arrebato a un hombre que ya está renunciando a su cargo. Bryce lo entenderá demasiado tarde.

Tres días después, tarde por la noche

Estoy sentado en el Penthouse. La mesa de centro está cubierta de carpetas, documentos impresos y una presentación de cuarenta y tres diapositivas que contiene todo lo que el consejo de administración necesita para entender qué estoy haciendo y por qué. Escisión de Plate. Estatutos de la fundación. El currículum y las referencias de Helena Vasquez. Mi carta de renuncia.

Está terminado.

La taza de espresso a mi lado está vacía, el tercero o el cuarto, he perdido la cuenta. Mi barbilla raspa cuando me paso la mano, barba de tres días, y me arden los ojos por la falta de sueño y las demasiadas horas frente a la pantalla, pero mi mirada es clara. Más clara de lo que ha sido en semanas. Dom trajo al abogado, coordinó las citas y, al segundo día, sin decir palabra, dejó una maleta con camisas limpias frente a la puerta de mi despacho y se marchó.

La silla de Val en la barra de la cocina está vacía. He guardado la caja de cereales. Las almendras también. La cocina huele a productos de limpieza y a café, y a nada que esté vivo.

Cojo mi móvil. Escribo.

Val. Mañana por la mañana tengo reunión del consejo de administración. Lo dejo todo. La fundación, mi renuncia, todo. No es por ti. Es por mí. Pero quería que lo supieras de antemano, no por el periódico. — Adrian.

Mi pulgar sobrevuela el botón de enviar. Tres segundos. Cinco. Luego pulso.

La pantalla muestra *Entregado*. No aparece *Leído*. No espero una respuesta, porque no tengo derecho a esperarla. Le he enseñado una puerta. Si decide cruzarla o no, es cosa suya.

Dejo el móvil a un lado. Con la pantalla hacia abajo. No sé si leerá mi SMS. No sé si todavía conserva mi número. Pero ella dijo ante todo el New York Times: *Pregúntame de nuevo dentro de seis meses.* Y yo acabo de responderle.

Por la mañana

Duermo mal.

En algún momento me desplomé en la cama, a medio vestir, con la camisa abierta y los zapatos puestos porque no había motivo para quitárselos, ni nadie que lo notara. La sábana bajo mi cuerpo está arrugada y la almohada huele a mí, no a Val, porque he dejado de dormir en su lado, ya que no sirve de nada más que para sentir un dolor que carece de propósito.

Mi móvil suena.

Me espabilo al instante. El aparato está en la mesita de noche, la pantalla brilla en la oscuridad y el nombre que aparece me sacude como una descarga eléctrica.

Theo.

A mi corazón le falta un latido. Un único y duro latido que se pierde, y en ese hueco está todo: ¿Le ha pasado algo a Val? ¿El bebé? ¿Está ella...?

—Wolfe.

Su voz es tranquila. Escueta. Theo no se anda con rodeos cuando algo es importante.

—Está aquí. Lleva cinco minutos sentada fuera en el coche. Frente a Saltarello. —Una pausa—. Tu coche, con tu chófer.

Me levanto. Mis pies tocan el suelo y busco mi camisa; mis dedos tiemblan con los botones mientras digo: —Voy para allá.

—No. —La voz de Theo es firme—. Quédate ahí. Ella va a verte.

Clic.

Me quedo de pie en el Penthouse, a medio vestir, con la pantalla muerta en la mano. La habitación está en silencio. Mi respiración es lo más fuerte que oigo; apoyo la mano en el marco de la puerta, fuera empieza a clarear y, en algún lugar de esta ciudad, una mujer está en mi coche de camino hacia aquí, y eso es más de lo que me había permitido esperar.

Pero también lo sé: no viene para volver conmigo. Viene con una decisión. Cuál será, no lo sé.

Capítulo 27 — Val

Me despierto y no sé por qué.

Entonces se me revuelve el estómago y lo comprendo.

Llego al baño justo antes de que las náuseas me golpeen. De rodillas sobre las baldosas frías, con las manos en el borde de porcelana, mi cuerpo hace cosas para las que no necesita mi permiso. Semana doce. Mi cuerpo tiene su propio programa y mi cabeza solo puede mirar.

Después, me quedo sentada en el suelo de la cocina. La espalda contra la nevera, las piernas encogidas, la camiseta sobre las rodillas. La luz sobre la encimera está apagada. Solo zumba el frigorífico, un sonido suave y rítmico, como algo vivo que no tiene opinión. El suelo bajo mis nalgas está frío y liso, y estoy sentada aquí porque mis piernas me han traído hasta este lugar y porque levantarme no es algo que pueda hacer ahora mismo.

Mi móvil está a mi lado sobre la madera. Con la pantalla hacia arriba. El SMS sigue ahí.

—Val. Mañana por la mañana, reunión del consejo de administración. Lo dejo todo. La fundación, la dimisión, todo. No es por ti. Es por mí. Pero quiero que lo sepas antes, no por la prensa. —Adrian.

Lo leo otra vez. Por tercera vez. Por cuarta.

—No es por ti. Es por mí.

Conozco esa frase. No las palabras exactas, sino el peso que cargan. Es la frase que quería decir cuando llamé a Marisol Vega. Es la frase que no pude decir cuando estaba en el hospital y le pedí que se fuera. Es la frase que he estado esperando sin saber que la esperaba.

Se rinde. No conmigo. Con todo lo demás.

Mi mano derecha descansa sobre mi vientre. De forma automática, como un reflejo que se ha ido colando poco a poco y ya no se marcha. Bajo mis dedos noto calor y tela, y debajo un punto que crece y que no sabe nada de mensajes de texto ni de reuniones del consejo de administración ni de una madre sentada en el suelo de la cocina que no puede responder.

Sigo sentada. La luz de fuera no cambia, o sí lo hace, muy despacio: un gris que se aclara de forma imperceptible, como algo que se mueve sin que nadie lo vea. Mi pulgar está sobre la pantalla. No escribo. No respondo. No porque no tenga nada que decir, sino porque cualquier respuesta que pudiera teclear sería más pequeña que lo que quiero expresar. Y lo que quiero decirle, tengo que decírselo a la cara.

—Me voy sin responder porque no sé cuál es la respuesta.

No. Me voy sin responder porque la respuesta no cabe en este teléfono.

Me levanto. Tengo las piernas entumecidas por el suelo frío, mis rodillas protestan y me sujeto un momento a la nevera hasta que se me pasa el

mareo. Luego voy al dormitorio. Me pongo unos vaqueros y una sudadera con capucha que huele a mí, a especias y a detergente y a la tela con la que duermo cuando duermo. Nada de maquillaje. Nada de delantal. No soy la cocinera, ni la mujer de la foto del NYT. Solo soy yo.

Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. Cojo las llaves y mi mirada cae en el llavero; ahí sigue colgada: la llave del Penthouse que nunca devolví, entre la llave de mi piso y la de Saltarello, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

Salgo fuera.

Poco después del amanecer

El taxi se para frente a Saltarello y a través del cristal veo a Theo.

Está delante de la puerta con una caja bajo el brazo, un pedido que acaba de recibir. Su paño de cocina cuelga de su hombro, como siempre, y se mueve con la eficiencia tranquila de alguien que ha empezado su día antes que el sol. Cuando el taxi frena, gira la cabeza. Ve el coche. Me ve a mí.

Deja la caja en el suelo y se acerca a la ventanilla. Llama una vez con el nudillo, brevemente.

Me bajo.

—¿Jefa?

Su mirada me recorre. Sudadera, sin delantal, el pelo suelto. Sin maquillaje. Lo registra todo y no dice nada al respecto.

—Voy de camino a ver a Adrian —mi voz suena más tranquila de lo que me siento—. Necesito una cosa del cajón.

Theo arquea las cejas un milímetro. Eso es mucho, tratándose de Theo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La crítica.

No dice nada. Me mira un segundo, dos, y su rostro muestra algo que en otra persona habría sido una pregunta, pero Theo no pregunta. Theo actúa.

Desaparece dentro de Saltarello. Treinta segundos. El aire es fresco y yo espero en la acera con mi sudadera; el taxi que tengo detrás ha dejado el motor en marcha y el conductor mira su móvil. La ciudad despierta, de forma silenciosa y amortiguada, como si supiera que hoy va a pasar algo y aún no hubiera decidido si será bueno o malo.

Theo regresa. Trae en la mano las dos mitades dobladas juntas, alisadas, con los bordes alineados, tal como las guardé en el cajón aquel día. La página de la prepublicación. La reseña de Mercer. Cinco estrellas, Saltarello, escrita por un hombre que se hacía llamar Elias Mercer y que describió mi comida como si fuera una conversación que mantengo conmigo misma.

Las cojo. —Gracias.

Theo asiente. Su mirada sostiene la mía, breve y firme, y hay algo en ella que no necesito nombrar porque ya lo conozco. Es la forma en que me mira cuando sabe que he tomado una decisión, y cuando sabe que la decisión es la correcta, y cuando sabe que no tiene que decir nada porque yo también lo sé.

—Jefa.

—Dime.

—Todo saldrá bien.

Subo al taxi. La puerta se cierra y le doy al conductor la dirección de Tribeca. Arranca y yo me quedo en el asiento trasero sujetando la crítica con ambas manos. Dos mitades que rompí en su momento porque estaba furiosa; porque la reseña era demasiado buena y demasiado honesta, y porque venía de un hombre al que no podía odiar y al que no quería amar.

La leo. En el taxi, en el tráfico de la mañana, mientras las calles pasan a mi lado. Me sé cada frase. La leí cuando llegó, la leí cuando la rompí y la leí después de juntar las partes y meterlas en el cajón, por las noches, cuando Theo se había ido y el local estaba en silencio. Ahora vuelvo a leerla y las palabras son las mismas.

—*"Saltarello no es el mejor restaurante de Brooklyn. Saltarello es una cocinera que nos obliga a preguntarnos si todavía comemos con honestidad".*

Al hombre que escribió eso es al que yo quería conocer. Y lo conocí. Solo que no sabía que usaba otro nombre.

Doblo la crítica y me la guardo en el bolsillo. Presiona contra mi muslo, igual que me sucedió aquel día con su número de teléfono a través de la tela del delantal.

Apenas una hora después

La llave gira en la cerradura, la puerta se abre y el Penthouse huele a café frío y a algo que falta. A una noche que alguien ha pasado aquí sin pegar ojo.

Me quedo en el pasillo. Mis zapatos no hacen ruido sobre el mármol porque llevo zapatillas y no los tacones que solía ponerme cuando vivía aquí. El pasillo está ordenado, demasiado ordenado: no hay chaquetas en el

perchero, ni llaves sobre la cómoda, y el silencio en este apartamento es distinto al de mi casa. Aquí el silencio es algo que ocupa demasiado espacio.

Adrian está en la cocina.

Lleva traje. La corbata está medio suelta, con el nudo a la altura del esternón, como si se lo hubiera aflojado en algún momento y se hubiera olvidado de quitársela del todo. Una barba de varios días, más larga de lo que nunca se la he visto. Tiene los ojos abiertos, despiertos, pero debajo hay sombras que cuentan lo que su rostro calla. No ha dormido. Ni anoche ni probablemente la noche anterior.

Me ve.

—Val.

Mi nombre en su boca. Las letras suenan como una pregunta y una respuesta al mismo tiempo. Me quedo quieta, a tres metros de él, y lo miro mientras él me mira a mí. Pasa un segundo. Quizá dos.

—Quiero saber qué tienes que decir.

Él asiente. Ni rápido ni aliviado. Lentamente, como alguien que sabía que este momento llegaría y que, a pesar de ello, no está preparado. Agarra una silla de la barra de la cocina y la retira para mí; el gesto es tan suave y automático que me provoca algo que no quiero nombrar.

Me siento. Él se sienta a mi lado. No enfrente. Uno al lado del otro, en la barra, como dos personas que miran en la misma dirección porque mirarse a los ojos ahora mismo sería demasiado.

Silencio. La cafetera exprés que tiene detrás gotea, una sola gota que cae en una taza vacía.

Entonces empieza a hablar.

No empieza con una explicación. Ni con una disculpa. Empieza con una chica. Diecisiete años. Él tenía diecisiete. Ella dieciséis, la hija de un competidor, y su risa fue lo primero que escuchó una tarde cuando entró en una oficina en la que no debía estar.

Habla con dificultad. Frases a medias. Pausas en las que sus dedos recorren la barra como si buscara algo que le ayudara a seguir hablando. Esto es nuevo. El Adrian que yo conozco habla con frases completas, de forma precisa y controlada. El hombre que tengo al lado busca las palabras y no las encuentra de inmediato.

Garrett la utilizó. En una cena, delante de gente, delante de su padre. Humilló al padre, forzó el trato, y la chica estuvo sentada a la mesa viendo cómo ninguneaban a su padre; Adrian estaba en esa misma mesa y no pudo hacer nada. Porque tenía diecisiete años. Porque su padre es Garrett Wolfe. Porque los Wolfes no interfieren cuando los Wolfes negocian.

Adrian se detiene. Tiene las manos apoyadas en la barra. Inmóviles.

—Después de aquello, decidí que nunca volvería a amar a nadie que él pudiera utilizar.

No digo nada. Tengo la mano sobre el bolsillo de mi pantalón, sobre la crítica doblada. Él no lo ve.

Sigue contando. Me habla del día en que inventó a Mercer. Estaba sentado en una cafetería del Lower East Side, solo, bebía un expreso y escribió el nombre en una servilleta. Elias Mercer. Así, sin más. Porque necesitaba un espacio que Wolfe no pudiera tocar. Un espacio donde escribir cosas que fueran honestas sin que esa honestidad se convirtiera en un arma. Durante cuatro años tuvo ese espacio, y durante cuatro años nadie miró dentro excepto Dom e Ines.

Y entonces llegué yo. Llegó Saltarello. Y entonces cometió el error de compartir el único lugar que le pertenecía con la única persona con la que quería ser sincero... y no le dijo quién era.

Habla en voz baja. Su mirada está clavada en la barra, no en mí, y su voz no se quiebra, pero es fina, más fina de lo que estoy acostumbrada, y en las pausas oigo su respiración, y esa respiración dice más que las palabras.

Escucho. No hago preguntas. Dejo que hable, frase a frase, fragmento a fragmento, y mi mano sigue sobre la crítica en mi bolsillo; presiono el papel con los dedos y los bordes de la página arrancada se sienten rugosos y familiares.

Cuando termina, se hace el silencio.

La cafetera ha dejado de gotear. La ciudad fuera se ha vuelto más ruidosa: tráfico, cláxones, un martillo neumático en algún lugar. El Penthouse contiene los sonidos del exterior, pero no del todo, y ese zumbido amortiguado de una ciudad que sigue viviendo mientras dos personas están sentadas en la barra de una cocina sin hablar es lo más honesto que escucho ahora mismo.

—No me mentiste porque seas malo —le digo—. Me mentiste porque tenías miedo.

Él no dice nada. Espera.

—Aun así, eso no es una excusa.

—Lo sé.

—Pero lo entiendo.

Silencio. Su respiración se vuelve más lenta. Dirijo la mirada a sus manos sobre la barra y veo cómo sus dedos se relajan, muy ligeramente, como si algo dentro de él hubiera cedido después de haber estado aferrándose todo el tiempo. No mucho. Pero sí lo suficiente.

Mi mano se mueve. Desde mi bolsillo, cruza la barra en su dirección. Se detiene. Se posa en el borde, a cinco centímetros de la suya. Sin tocarla. Todavía no. Pero lo bastante cerca como para que él la vea. Y la ve.

Él no dice nada.

Yo no digo nada.

—A última hora de la mañana es la reunión del consejo de administración —dice entonces. Su voz es más firme que antes. No fuerte, pero sí clara—. Dimitiré como CEO. Plate se convertirá en fundación. Bryce perderá su cargo. Helena Vasquez tomará el relevo. Yo solo mantendré los derechos de voto como accionista.

Lo miro. Su perfil bajo la luz de la mañana que entra por los ventanales, la barba incipiente, las sombras bajo sus ojos. Parece un hombre que se ha desprendido de algo pesado y que se siente más ligero, aunque no menos cansado.

—Esto no es por mí, ¿verdad?

—También lo es —gira la cabeza. Me mira directamente por primera vez desde que he llegado—. Pero también lo hago por mí. Por nosotros dos.

Nosotros.

Dice «nosotros» y no suena a contrato. No a seis meses de matrimonio a prueba, ni a cláusulas ni firmas ni al bolígrafo sobre el cristal en el

despacho de Dom. Suena como una palabra que usa por primera vez y que de verdad siente.

Suelto el aire despacio. Mi mano en la barra, su mano al lado, y entre nosotros esa distancia que se ha ido reduciendo en algún momento sin que ninguno de los dos la cerrara conscientemente.

Entonces me besa.

No. Entonces él se inclina hacia delante y yo salgo a su encuentro; nos reunimos en algún punto intermedio y su boca está sobre la mía, y todo queda en silencio.

Tiene los labios secos. Ásperos por los días sin dormir, y cálidos; su aliento choca contra mi piel un instante, como si se hubiera olvidado de respirar y ahora se acordara. Su mano encuentra mi pelo, sus dedos se deslizan dentro, despacio, como si no estuviera seguro de si se le permite, y yo pongo mi mano en su brazo y aprieto; no con fuerza, pero sí lo suficiente para que sepa que sí, que puede.

El beso es largo. Ni rápido, ni hambriento, ni como en el Carlyle, donde todo sabía a alcohol y deseo y al lado equivocado de una decisión. Este beso es pausado. Boca contra boca, aliento contra aliento, y luego más profundo: su lengua contra mi labio inferior y yo me abro, y él entra con cuidado. Mis dedos aferran la tela de la manga de su camisa y su pulgar acaricia el nacimiento de mi pelo, detrás de la oreja; el contacto envía algo a través de mí que no es electricidad ni calor súbito, sino calidez, una calidez profunda y serena que se siente como llegar a casa.

Nos separamos. Frente contra frente. Su aliento en mi cara, cálido, y sus ojos tan cerca que puedo ver el color, un gris azulado gélido, y en ellos algo que nunca había visto. Miedo. No el miedo calculado de un CEO ante una junta directiva. El miedo desnudo y sencillo de un hombre que no sabe si la mujer a la que acaba de besar se quedará.

Este no es el primer beso. Tuvimos Greenwich. Tuvimos Carlyle. Tuvimos todo lo que vino antes.

Pero es el primer beso sin máscaras. Este es Adrian besando a Adrian. Y yo soy Val, y acabo de permitirme ser besada.

—Adrian.

—Dime.

—Si esto no sale bien hoy... si tu padre te echa del puesto en lugar de dejarte marchar...

—Saldrá bien. Lo tengo todo planeado.

—¿Y si no?

Sus ojos mantienen los míos. Frente contra frente.

—Entonces me habré ido de otra forma. Gane lo que gane hoy, habré ganado. Porque voy a dejar de jugar.

Lo miro. Su mano en mi pelo, mi mano en su manga, y fuera la ciudad, que no se entera de nada y a la que no le importa. Lo miro y lo sé: quizá hoy lo vea por última vez como CEO. Quizá por última vez en este Penthouse. Quizá por última vez como el hombre que ha sido estos últimos cuatro años.

Mi mano se suelta de su manga y se posa en su solapa. La tela está arrugada, suave tras una noche de insomnio, y debajo siento su corazón latir rápido, más rápido de lo que su voz da a entender.

—Ve —le digo.

Él me mira. No pregunta: «¿A dónde vas tú?». No pregunta: «¿Te quedas?». No pregunta nada porque me conoce, y porque sabe que iré a Saltarello, que allí esperaré y que, en algún momento del día, sabré si lo que me acaba de decir es cierto.

Me levanto. Retiro mi mano de su solapa. Camino hacia la puerta y mis pasos sobre el mármol son silenciosos; detrás de mí oigo cómo se levanta, pero no me doy la vuelta. Girarme ahora es algo que no me puedo permitir; no porque no quiera, sino porque entonces me quedaría, y quedarme no es lo que toca ahora.

Al llegar a la puerta, me detengo. Un segundo.

—Estaré esperando.

Capítulo 28 —Adrian

Once rostros. Los cuento mientras entro en la sala, igual que lo cuento todo desde que he dejado de dormir. La sala del consejo, en la planta cuarenta y siete, huele a cuero y al café que alguien ha preparado demasiado cargado, y la luz entra por el ventanal e incide sobre la larga mesa de caoba en la que se sientan once personas que van a votar sobre mi vida.

Me siento a la cabecera de la mesa. Mi silla chirría, un sonido tenue y familiar, y pongo las manos sobre la superficie pulida, planas, tranquilas. Garrett está sentado a mi derecha. Traje gris, ni un pelo fuera de su sitio. Su mirada me roza apenas medio segundo y luego sigue hacia la ventana, como si yo fuera un punto del orden del día que ya ha dado por zanjado. Bryce se sienta al otro extremo como observador del COO sin derecho a voto, con los brazos sobre los reposabrazos y la sonrisa en la cara como un abrigo que le quedara mal. Dom está en la esquina, junto al proyector, con el portátil sobre la mesa auxiliar y las carpetas ante él. No habla. Nunca lo hace cuando importa.

—Antes de pasar al orden del día —Bryce se levanta. Su silla se desliza hacia atrás y su voz suena ensayada, con cada sílaba pulida como los gemelos de sus puños—. Solicito el cese de Adrian Wolfe como CEO por conducta heterodoxa reiterada. Sucesión recomendada: Bryce Wolfe.

Deposita un documento encuadernado sobre la mesa. Dieciséis páginas, lo veo por el lomo. Lo tiene preparado. No de hoy, ni de ayer, sino desde la filtración, quizá desde el Greenwich-Dinner, quizá desde hace años. Garrett asiente una vez, brevemente, y tres miembros del consejo al lado derecho de la mesa asienten con él, coordinados como un coro que ha ensayado sus entradas.

Mi pulso va tranquilo. Más tranquilo de lo que debería.

—Gracias, Bryce —mi voz llena la sala sin necesidad de elevarla—. Antes de votar, escucharéis mi presentación. Cláusula del contrato número catorce: el CEO dispone de treinta minutos antes de cualquier moción de cese.

Silencio. La sonrisa de Bryce flaquea en las comisuras un segundo antes de que logre recomponerla. Garrett gira la cabeza hacia mí y en sus ojos hay algo que podría ser sorpresa, si Garrett fuera capaz de sentirla.

Dom pulsa una tecla. El proyector lanza la primera diapositiva sobre la pared.

Me levanto.

—Mercer es Adrian Wolfe —mi mirada recorre la sala, rostro por rostro—. Lo admito públicamente. De inmediato. Sin estrategias de comunicación, sin lavados de imagen, sin relatos de mentoría. La verdad.

Murmullos. Las sillas chirrían. Alguien en la sección media de la mesa se inclina hacia su vecino. Dom cambia la diapositiva.

—Plate será segregada. Se transferirá a la Editorial Independence Trust, como fundación independiente. Los contratos ya están firmados —dejo que la frase cale. Un segundo. Dos—. Helena Vasquez asume el cargo de nueva

CEO de Wolfe Media. Mi dimisión como CEO se hace efectiva con carácter inmediato.

El clamor viene de la izquierda. Un miembro del consejo se levanta a medias, otro echa mano a sus gafas, y la mano de Garrett permanece plana sobre la mesa, con los dedos extendidos e inmóviles, pero veo cómo se tensan los músculos de su mandíbula, cómo trabaja el músculo bajo su oreja, y eso es lo más ruidoso que Garrett muestra jamás.

En la pantalla de conferencias de la cabecera de la sala aparece el rostro de Helena Vasquez. Profesional, tranquila, con la imagen ligeramente pixelada por la conexión. No dice nada. Espera.

Tercera diapositiva. Mi respiración es constante, mi voz tiene firmeza y sigo hablando, porque detenerse ahora no es una opción.

—Bryce Wolfe vendió la filtración sobre Mercer a DailyDish —miro a Bryce. Su rostro palidece, el color se retira como el agua de una pileta—. Pruebas: historiales de SMS entre Bryce y un reportero de DailyDish, preparados por nuestro equipo legal. Además de un rastro de IP verificado por expertos forenses sobre la subida del vídeo de Greenwich, que conduce directamente a los dispositivos de Bryce.

Dom reparte carpetas. De forma silenciosa y sistemática, pone una delante de cada miembro del consejo, y veo cómo las abren, cómo sus ojos recorren las páginas, cómo se levantan cabezas y las miradas saltan de un rostro a otro, y la sala se queda en silencio de una forma que no tiene nada que ver con la cortesía y todo con la evidencia.

La nuez de Bryce se mueve. Una vez. Sus labios forman algo que no llega a salir, y luego los aprieta, y su sonrisa desaparece por completo, como si alguien le hubiera arrancado una máscara dejando debajo solo piel.

—Niego tajantemente estas acusaciones —su voz de pronto es débil. Más débil que antes, más débil de lo que la he oído nunca.

Desde la pantalla, Helena Vasquez habla. Su voz sale por el altavoz, clara, escueta, sin calidez: —Solo aceptaría el cargo bajo las condiciones propuestas. De lo contrario, no.

Cuarta diapositiva. Votación recomendada del consejo. Helena asume el cargo. Plate se convierte en fundación. Bryce abandona Wolfe Media aceptando un NDA. Adrian dimite.

Garrett se levanta. Despacio, controlado, cada movimiento es una decisión. Su voz es profunda y fría, y llena la sala como algo que tuviera peso propio.

—Adrian. Estás *destruyendo* tu legado.

Le miro. Su rostro, que conozco desde hace treinta años. Sus ojos, que me miran desde hace treinta años sin llegar a verme.

—Lo estoy pasando a buenas manos. Es Bryce quien lo destruye.

Silencio. La boca de Garrett es una línea recta.

El mayor accionista externo se aclara la garganta. Ha visto mis pruebas en los últimos dos días, por teléfono, al alba, y ahora habla, con calma, dos frases que bastan: apoya el plan de Adrian. Las cifras son convincentes, la solución de personal es sólida.

La representante del segundo bloque de inversores se suma. Breve, objetiva. Dice que no tiene motivos para dudar de las pruebas presentadas.

Garrett pierde la mayoría. Lo veo en su rostro, en la forma en que su sonrisa muere, no rápido, sino despacio, en cuestión de segundos, como una luz que

se apaga, nivel tras nivel.

—Votemos —digo.

Siete a cuatro. A favor de mi plan.

La moción de Bryce muere antes de la votación. Helena Vasquez es la nueva CEO. Yo dimito. Plate se convierte en fundación. Bryce abandona Wolfe Media.

Miro a Dom. Un segundo. Su mirada se encuentra con la mía y en ella hay reconocimiento, en silencio, sin gestos, sin asentimientos. Es suficiente.

El ascensor está vacío. Paredes de cristal, tres espejos, y me veo desde cuatro lados: un hombre con un traje arrugado, barba de varios días, sombras bajo los ojos y manos que están quietas aunque no deberían estarlo. Los pisos descuentan y los números brillan en verde sobre la puerta, y en algún lugar entre la planta cuarenta y la treinta suena mi móvil.

Garrett.

Respondo. No digo nada. Espero.

Su voz suena baja. Cada palabra elegida, cada tono controlado, y precisamente por eso suena como veneno dosificado.

—Has destruido a tu hermano, has destruido tu nombre y has destruido la obra de mi vida.

El ascensor zumba. Mi reflejo me mira, desde la izquierda, desde la derecha, desde atrás.

—He traspasado tu nombre, no lo he destruido. Bryce se ha destruido a sí mismo. Y la obra de tu vida nunca fue mi cometido —mi voz es tranquila. Baja. Definitiva—. Adiós, padre.

Cuelgo.

El ascensor sigue bajando. Mi reflejo está ahí, cuatro versiones del mismo hombre, y giro la cara a un lado un segundo porque algo me sube a los ojos que no es tristeza ni alivio. Es el sonido de una puerta que se cierra. Suave. Definitiva. Como un cerrojo que encaja.

Las puertas del ascensor se abren.

Mármol, cristal, el mostrador de recepción de la Wolfe Tower. La luz del mediodía entra por el ventanal y mis zapatos hacen un ruido leve sobre el suelo pulido; doy tres pasos, cuatro, y entonces me detengo.

Val está allí.

Sudadera con capucha, vaqueros, zapatillas. La sudadera de Saltarello asoma por debajo de la chaqueta. Sin maquillaje, el pelo suelto, me mira y mi corazón hace algo que no debe, un latido que se salta y luego vuelve, más fuerte que antes.

—¿Y bien?

—Se ha acabado.

Val asiente. —Lo sé. Dom me ha mantenido al tanto.

Dom. Por supuesto. Dom le ha escrito sin que yo lo supiera, porque Dom siempre sabe lo que necesito antes de que yo mismo lo sepa.

—¿Y ahora?

—Ahora me voy a casa.

No digo nada. Suelto el aire una vez, largo, despacio, y algo en mi pecho se suelta, no del todo, pero sí lo suficiente. Cojo su mano. Sus dedos se cierran sobre los míos, cálidos, firmes, y caminamos juntos hacia el coche. Sin grandes dramas. Sin sollozos. Silencio con peso.

Por la tarde

La chaqueta cuelga de la silla. La corbata está sobre la encimera y yo estoy en la cocina, con las mangas de la camisa remangadas; Val está sentada en su taburete, con las piernas encogidas y la sudadera sobre las rodillas, mirándome.

—Si esto vuelve a pasar, me marcho. Sin contrato. Sin discusión. Para siempre.

No es una amenaza. Es una condición. Percibo la diferencia porque quiero oírla, porque necesito oírla.

—Entendido.

Silencio. Su mirada sostiene la mía y en sus ojos hay algo que reconozco, que vi en el beso de esta mañana, que estaba ahí cuando me esperaba en el vestíbulo: una decisión que ya ha sido tomada.

Me acerco a ella. Se levanta. Nos miramos. Ni una palabra. Mi mano encuentra su cadera, cálida a través de la tela, y Val asiente una vez, despacio, y luego vamos al dormitorio.

La puerta se cierra.

La beso. De forma distinta a esta mañana, distinta a lo del Carlyle. Mi boca sobre la suya, mis manos en sus caderas; ella me agarra de la camisa y tira. Salta un botón y ninguno de los dos reacciona, porque los botones no son algo que importe ahora. Sabe a menta, a Val y a algo que no acierto a nombrar y que se siente como el primer momento de honestidad en semanas.

Le quito la sudadera por la cabeza. Despacio. Mis dedos rozan sus brazos, su piel está caliente, ella levanta los brazos y la sudadera cae al suelo detrás de ella; debajo lleva una camiseta sencilla, la levanto, ella me ayuda y pronto se queda ante mí, en sujetador, vaqueros, descalza, y se me corta la respiración. No porque no la conozca. Sino porque la conozco y, aun así, está aquí.

Val me desabrocha la camisa. Botón a botón, sus dedos están seguros, sus ojos fijos en los míos, y cada botón es una frase que ninguno tiene que decir. La camisa cae. Sus manos están sobre mi pecho, planas, cálidas, su pulgar acaricia mi clavícula y cierro los ojos un segundo porque el contacto me llega a una parte de mí que no tiene que ver con el sexo y sí con el haber llegado a casa.

Le desabrocho el sujetador. Mis dedos en el cierre, un movimiento, y la tela se desliza por sus hombros; miro sus pechos, más llenos que hace semanas, y mi boca busca su cuello, beso el punto bajo su oreja y ella inspira de forma brusca, breve.

—Adrian.

—¿Estás segura?

—Sí.

La subo a la cama. Le quito los vaqueros por las caderas, despacio, ella se eleva hacia mí y deslizo la tela hacia abajo, por sus piernas, y la tiro a un

lado. Luego las braguitas. Engancho mis dedos en la cinturilla, tiro, y Val yace ante mí, desnuda; su mirada es franca y en sus ojos no hay dudas.

Me arrodillo entre sus piernas. Mi boca recorre su vientre, sus caderas, bajando, y cuando mis labios tocan su sexo, gime suavemente; su mano se hunde en mi pelo, sus dedos tiran y la saboreo, húmeda y cálida, mi lengua se desliza sobre ella, despacio, en círculos, y sus caderas se elevan buscándome. La miro. Ella mira hacia abajo, con los ojos oscuros y la boca abierta; dice mi nombre, una vez, en un susurro, y aumento la presión; mis manos están en sus muslos, la sujeto y ella llega al orgasmo con un sonido que recorre todo su cuerpo; sus dedos se aferran con fuerza a mi pelo y me quedo ahí hasta que deja de temblar.

Me incorporo. Me quito los pantalones, el resto, y entonces estoy sobre ella y nuestra piel se toca, por todas partes.

Está ardiendo y mi miembro presiona contra ella; Val me busca, sus dedos rodean mi verga.

Ella me guía y me deslizo en su interior, despacio, centímetro a centímetro, con su aliento contra mi cara. Sus ojos están abiertos, yo la veo y ella me ve a mí.

—Mírame —le digo.

Me mira. Su mano en mi mejilla, sus dedos en mi mandíbula, y me muevo, primero despacio, profundo, y cada embestida es una frase que no puedo decir, y ella la recibe; sus piernas se cierran alrededor de mis caderas.

Luego más fuerte. Mis manos agarran sus muñecas, las presionan contra la almohada por encima de su cabeza, y Val gime con fuerza, arquea la espalda y la follaré más hondo con mi boca pegada a su oreja: —Dime qué quieres.

—Más fuerte.

Se lo doy más fuerte. Mis caderas golpean contra las suyas, la cama se mueve y el aliento de Val sale en breves ráfagas; entonces libera sus muñecas, pone sus manos en mi pecho y presiona, y dejo que me haga rodar sobre la espalda para que ella se suba encima.

Val sobre mí. Sus manos en mi pecho, sus caderas moviéndose; ella marca el ritmo, yo yazgo bajo ella y la miro hacia arriba con mis manos en sus caderas; me cabalga, primero despacio, luego más rápido, con mi verga bien profunda en ella; gime y yo digo: —Joder. Val.

Sus ojos se encuentran con los míos. Frente sudada, el pelo alrededor de la cara, y se mueve de otra forma. Un segundo. Lo veo. Lo siento. Algo en su cuerpo, en la forma en que gira, una cautela que antes no estaba ahí.

Me detengo. Mi mano va a su vientre. La curvatura bajo mis dedos, ligera, apenas visible, pero está ahí. Se percibe.

—¿Estás bien?

Val pone su mano sobre la mía. —Sí. Sigue.

Sigo. Val se mueve, yo me muevo, y mi mano permanece un segundo en su vientre antes de volver a deslizarse a su cadera; Val llega al orgasmo por segunda vez, con los ojos abiertos, con mi nombre en los labios, y yo la sigo segundos después; el orgasmo me golpea con fuerza. Mis manos agarran sus caderas, la miro, ojos abiertos, frente contra frente, y mi respiración se rompe, y la suya también.

Después nos quedamos tumbados el uno junto al otro.

La cabeza de Val sobre mi pecho. Mi brazo rodeándola, mi mano en su vientre, la curvatura bajo mi palma, cálida, tranquila. Duodécima semana.

Un punto que crece y no sabe nada de reuniones de consejo ni de votaciones, ni de un hombre que hoy lo ha dejado todo.

—Esta es mi primera promesa honesta, Val. No volveré a mentir. Tampoco a mí mismo.

Silencio. Su aliento choca contra mi piel, cálido, rítmico.

—Esa es la respuesta correcta.

Tarde en la noche

Val, medio dormida, con la cabeza en mi hombro, con la voz suave y ronca al mismo tiempo:

—Cásate conmigo otra vez. Pero esta vez con confianza en lugar de contrato.

Mi brazo alrededor de ella, mis ojos entrecerrados; sus palabras tardan un segundo en calar.

—Mañana.

—Ya es mañana.

Me río.

El sonido me sorprende. Viene de algún lugar profundo, de un sitio que ha estado cerrado durante semanas, y vibra en mi pecho; Val lo siente porque se acurruca más, presiona su espalda contra mí y mi risa nos recorre a ambos; ella se queda dormida poco a poco, su respiración se hace más honda, más calmada.

Permanezco despierto un segundo más. Mi mirada va a su vientre, luego al techo. Fuera, la ciudad está tranquila, tan tranquila como Nueva York nunca está, pero ahora, en este momento, se siente así.

Hoy lo he perdido todo, todo lo que construí. Y lo he recibido todo, todo lo que quería sin saberlo.

Capítulo 29 — Adrian

Una semana después

El expreso está cargado y el titular es más grande de lo que esperaba.

Estoy sentado en la encimera de la cocina, descalzo, en camiseta, con la taza entre las manos y la tableta apoyada en el frutero que Val puso aquí cuando se mudó. Idea de Val. Mi Penthouse tiene ahora un frutero, un cajón de especias y tres libros de cocina en español que no sé leer. Doy un sorbo y leo.

—*«El hombre que renuncia a su imperio».*

El artículo de seguimiento de Marisol Vega. NYT, sección de gastronomía, tres mil palabras. Lo tiene todo. Los cuatro años en Mercer, las críticas, la Fundación Plate, Helena Vasquez, la dimisión. Ha hablado con Hannah Lim, y Lim defiende como correctas el ochenta por ciento de las valoraciones anteriores de Mercer porque son verificables de forma independiente. Los restaurantes que Mercer elogió han mantenido sus estándares. Los restaurantes que destrozó han cerrado o han cambiado. Las cifras cuadran. El trabajo fue real, aunque el nombre no lo fuera.

Mercer está siendo rehabilitado. No como persona, porque la persona nunca existió, sino como crítico. Como la voz que durante cuatro años escribió lo que otros no querían escribir, y que la mayoría de las veces tenía razón.

Paso el pulgar por el titular. Luego dejo la tableta a un lado.

Duele menos de lo que pensaba. Mercer fue una habitación que construí porque no tenía ninguna otra. Una habitación con la puerta cerrada y un seudónimo en ella, y durante cuatro años escribí allí lo que, como Adrian Wolfe, no se me permitía decir. Ahora la puerta está abierta. La habitación está vacía. Y lo extraño es que no la echo de menos. Ni la habitación. Ni el nombre. Ni las gafas que ya no uso.

Mi expreso humea. La cocina huele al ajo que Val picó ayer antes de irse al Saltarello. Su delantal cuelga de la silla a mi lado. Estoy sentado en mi propia cocina, donde paso más tiempo desde hace semanas que en los últimos cuatro años juntos, y leo un artículo sobre un hombre que ya no existe.

Con eso basta.

Saltarello huele a romero y a pan recién hecho, y Theo está detrás de la barra, con un paño de cocina al hombro, colocando copas cuando cruzo la puerta.

El local está vacío. Mediodía, antes de la apertura. Las sillas están subidas a las mesas, todas menos dos que Theo ya ha bajado. Por la puerta de la cocina oigo a Val, su voz, amortiguada, y el traqueteo de la tapa de una olla, y el olor a ajo y mantequilla flota en el aire, denso y cálido.

—Wolfe. —Theo me mira brevemente y asiente una vez—. La jefa está atrás.

—Lo sé.

Theo coloca una copa en la fila, la gira hasta que queda recta. Su mirada se dirige al libro de reservas sobre la barra. Da un golpecito con el dedo.

—Completo hasta dentro de cuatro semanas.

Me apoyo en el marco de la puerta. —¿Por el artículo?

—No. —Theo sacude la cabeza—. El artículo ha ayudado. Pero vienen porque la comida es buena. Son dos cosas distintas, Wolfe.

Desde la cocina llega la voz de Val: —Theo, la reserva de esta noche, mesa tres, ¿son los de la última vez?

—Lo son, jefa. Y la mesa seis también está llena.

Val aparece en la puerta de la cocina. Delantal, pelo recogido, una mancha en su manga izquierda que parece jugo de tomate. Me ve y arquea las cejas un segundo, luego sonríe.

—Has llegado pronto.

—He leído el artículo.

—¿Y?

—Mercer está enterrado. Con decencia. —Me encojo de hombros—. No necesito más.

Val me mira. Su mirada es tranquila, analítica, y luego asiente una vez y se vuelve a la cocina. —Bien. Entonces no estorbes.

Theo limpia la barra. Me quedo en el marco de la puerta y miro a mi alrededor. El aplique sobre la mesa seis, la línea de acero inoxidable en la cocina, el olor a algo que Val tiene al fuego que no sé identificar y que se siente como un lugar al que no pertenezco y en el que, sin embargo, estoy en el sitio correcto.

El mundo de Val. Estoy aquí como invitado. Es perfecto así.

Más tarde ese día

Mi móvil muestra tres llamadas perdidas.

Bryce. Las tres. Una a primera hora de la mañana, una a última hora de la mañana, otra hace veinte minutos. Sin mensaje, sin buzón de voz, solo los números en la pantalla, mudos y cortados.

Los miro. Dejo el móvil en la encimera de la cocina, con la pantalla hacia arriba, y me bebo mi segundo expreso. Bryce ya no es contenido. Su nombre en mi pantalla es un eco, y los ecos se desvanecen si no les respondes.

Suena el timbre de la puerta.

Abro. Delante de mí hay un hombre con un traje que cuesta más que mi cafetera expreso. De corte estrecho, azul oscuro, maletín de cuero, y su rostro es educado y hermético, una cara que cobra por no mostrar nada.

—Señor Wolfe. Vengo de parte de su padre.

Me entrega un sobre. Contiene un NDA, ocho páginas, y la frase que cuenta aparece en la página tres: *En caso de que hable públicamente sobre la familia Wolfe, presentaremos una demanda.*

La leo. Una vez. Luego voy a la encimera, tomo un bolígrafo y firmo.

Silencio mientras firmo. Solo el rasgueo de la punta sobre el papel, y el abogado espera junto a la puerta, con las manos entrelazadas frente al cuerpo, y sus zapatos no hacen ruido sobre mi mármol.

Ni siquiera voy a hablar de ti, padre. Ya no eres contenido.

Le devuelvo el bolígrafo. El abogado toma el sobre, asiente una vez y se da la vuelta. La puerta se cierra. Silencio.

Mi expreso está frío. Lo tiro y preparo uno nuevo.

Los padres de Val viven en una casa adosada en Queens con un jardín delantero tan pequeño que dos macetas lo llenan, y una puerta de entrada que fue pintada, en algún momento, de un verde que los años han ido borrando. Val está a mi lado en la acera y me sujeta del brazo, y su agarre es firme, más de lo necesario, y sé que está nerviosa porque la conozco y porque sus dedos se clavan en mi manga.

—Mi padre habla más español que inglés —dice ella—. Simplemente di que sí a todo.

—¿A todo?

—Sobre todo cuando te dé algo de comer.

La puerta se abre antes de que llamemos al timbre. El padre de Val aparece en el umbral. Más bajo que yo, hombros anchos, delantal sobre la camisa, y sus manos son manos que han trabajado, manos con callos y uñas cortas. Su mirada va hacia mí, hacia Val, vuelve a mí. Su rostro no muestra nada. Ni calidez, ni frialdad. A la expectativa.

Me mira. Luego a Val. En español, bajo, tranquilo:

—¿Este es el hombre que casi te rompió?

No entiendo cada palabra. Pero entiendo lo suficiente. *Hombre. Rompió.* El hombre que casi te rompió.

Val responde. En español, igual de bajo:

—Y el hombre que se rompió a sí mismo para arreglarlo.

Silencio. El padre de Val me mira, un segundo, dos, y su mirada es tranquila y pesada, y yo la mantengo, porque apartar la vista ahora sería lo incorrecto. Luego asiente. Una vez. Brevemente.

—Comed. —Se da la vuelta, entra en la casa. Por encima del hombro, mitad inglés, mitad español—: Adrian. Te enseño cómo se cocina.

Te voy a enseñar a cocinar.

Val me mira. Sonríe.

Entramos. La casa huele a especias que no conozco y a algo que se cocina a fuego lento en los fogones, y la cocina es pequeña, estrecha, cada superficie cubierta de ollas y cuencos y una tabla de cortar donde hay cilantro. La madre de Val está ante los fogones, de espaldas a nosotros, removiendo una olla y sin darse la vuelta cuando entramos. Es una mujer pequeña de pelo oscuro que lleva recogido, y cuando Val pasa a su lado, le pone una mano en el vientre, brevemente, de pasada, sin levantar la vista, y dice algo en español que no entiendo y que Val responde en voz baja.

El padre de Val me pone ante los fogones. A su lado. Me da una cuchara de madera y señala la olla. Arroz. Me enseña cómo removerlo, despacio, de

abajo arriba, y mis manos no obedecen del todo porque soy ejecutivo y no cocinero, y la cuchara casi se me resbala de los dedos una vez, y el padre de Val lo ve y no dice nada.

Detrás de mí oigo a Val. En voz baja. Su risa, ahogada, como si se esforzara por contenerla y no lo consiguiera del todo.

Remuevo el arroz. El padre de Val está de pie a mi lado, su delantal tiene una mancha que es más antigua que mi presencia en esta casa, y huele a cebolla y a algo dulce que no sé identificar. Corrige mi forma de sujetar la cuchara, una vez, sin palabras, simplemente poniendo su mano sobre la mía para cambiar el ángulo. Luego suelta y asiente. El arroz se pega al fondo porque he removido demasiado rápido, y el padre de Val me quita la cuchara de la mano, raspa la zona, me la devuelve. Sin comentarios. Sin miradas. Como si fuera lo más normal del mundo enseñarle a un multimillonario cómo no dejar que el arroz se queme.

Por primera vez en mi vida estoy sentado a una mesa donde nadie me pregunta por la estrategia. Nadie es Garrett. Nadie me muestra una diapositiva, nadie quiere una votación, nadie mide mi valor por los resultados trimestrales. La mesa es pequeña, cuatro sillas, y mis rodillas chocan contra el tablero, y Val se sienta a mi lado y pone su mano en mi pierna, brevemente, como si dijera: lo estás haciendo bien. El padre de Val me sirve arroz en el plato, demasiado, y me mira hasta que empiezo a comer, y como, y sabe a algo que no conozco y que se siente como una promesa que nadie tiene que pronunciar.

En el Penthouse

Val está tumbada en el sofá, con la cabeza en mi regazo. Sus ojos están medio cerrados y su respiración es pausada, y el cansancio se refleja en su cara, en las sombras bajo sus ojos y en la forma en que tiene su mano apoyada en el vientre, automáticamente, como si ya no se diera cuenta de que lo hace. Semana trece. El abultamiento bajo sus dedos es visible, no mucho, pero está ahí.

—Lo haremos pequeño —dice ella. Su voz es suave, ronca por el cansancio —. Saltarello. Solo la gente que quiera estar allí.

Le acaricio la frente. Tiene el pelo suelto, oscuro sobre mi pantalón, y mis dedos se deslizan por los mechones, despacio.

—Theo. Nora y Julian. Lily. Tus padres. Dom.

Val sonríe sin abrir los ojos. —Y Marisol Vega.

—De acuerdo.

Silencio. La ciudad fuera está amortiguada, un zumbido que se filtra por las ventanas, lo bastante suave para olvidarlo. Mi pulgar acaricia la sien de Val y ella exhala hondamente, y se acurruca más en mi regazo.

—¿Y Maggie?

Val abre los ojos. Mira al techo.

—Maggie no está bien ahora mismo. Halberd le ha quitado cuatro mandatos. —Una pausa—. Pero lleva dos semanas sonriendo como alguien a quien le ha tocado una mala carta.

—¿Quieres que haga algo?

—Maggie me dijo que ella misma se encarga. Respeto eso.

Un largo silencio. Mi mirada recorre el rostro de Val, sus ojos cerrados, la línea de su mandíbula, y luego sigue más allá, hacia la ventana, hacia el horizonte que está a oscuras e iluminado al mismo tiempo.

—Yo también.

Val no dice nada. Su respiración se vuelve más profunda, más tranquila, y al cabo de un minuto se ha quedado dormida, con la cabeza en mi regazo y la mano en el vientre.

Maggie sacó adelante a Val cuando yo no pude. La sostuvo cuando yo la dejé caer. Maggie no va a dejar que la ayude porque Maggie no necesita a nadie que haga las cuentas por ella. Pero puedo observar. Y nunca ha sido mi estilo observar a alguien sin hacer cálculos. Con Maggie tendré que aprender a hacerlo.

Mi mirada vaga hacia el horizonte. En algún lugar ahí abajo, a Maggie le ha tocado una mala carta. No sé quién se la ha jugado, pero tiene que ser alguien. Alguien que hace que Maggie sonría a pesar de que está perdiendo.

Pongo mi mano sobre el hombro de Val. Es tarde. Hay calma.

Mañana es la boda.

Capítulo 30 — Val

A la mañana siguiente

La cocina está en silencio.

Estoy de pie ante la mesa de acero inoxidable, con el delantal sobre el vestido cruzado color crema, puliendo el Santoku con el paño que Theo se dejó aquí ayer. Movimientos lentos, la hoja contra la tela, un sonido que conozco como mi propia respiración. El local está en penumbra. Sin clientes, sin música, solo el suave zumbido del aire acondicionado y la luz que cae de la lámpara de la cocina, bañando el acero inoxidable en rayas pálidas.

Mi vientre se curva bajo el vestido cruzado, ya es visible, ya no se puede ocultar, y tampoco quiero hacerlo. Suelto el cuchillo y paso la mano por encima, una vez, brevemente, y la sensación es cálida, extraña y familiar al mismo tiempo.

Hoy me caso de nuevo. Esta vez por elección propia.

No estoy nerviosa. Eso me sorprende. En la primera boda, en el City Hall, en la novena semana, contrato en lugar de promesa, me lavé las manos tres veces antes de firmar porque pensaba que la tinta en los dedos mojados se correría y que eso sería una señal. No soy supersticiosa. Pero no estaba tranquila.

Ahora estoy tranquila.

Coloco los cuchillos en la barra magnética, uno tras otro, y saco las tablas de cortar: tres grandes, una pequeña. Ocho platos para doce personas. La lista de la compra está sobre la barra, con mi letra, y al lado está la caja con los espárragos que yo misma elegí ayer, porque nadie en mi cocina elige los espárragos excepto yo.

Me ato el delantal con más fuerza y empiezo a preparar el caldo.

Poco después

La puerta se abre. Lo oigo antes de verlo, porque Adrian Wolfe nunca puede cerrar las puertas en silencio, por más que lo intente.

Se queda en el marco. Traje gris claro, la corbata sobre el brazo, lleva el pelo peinado hacia atrás y parece alguien que va a una boda. Porque va a una boda. A la nuestra.

—Has llegado pronto —digo.

—Tú has llegado antes.

Su mirada recorre la cocina, pasa por las tablas de cortar, la caja de espárragos, el caldo que empieza a humear en los fogones. Luego me mira, y en sus ojos hay algo que ya reconozco, ese asombro sereno, como si me viera por primera vez, aunque lleve semanas despertándose a mi lado.

Se quita la americana. Se arremanga la camisa hasta que los antebrazos quedan libres, coge el delantal del gancho junto a la puerta y se lo ata. Sus manos trabajan despacio y veo las cicatrices en sus nudillos, esas que vi en nuestra primera no-cita y que ahora sabría encontrar con los ojos cerrados.

—Espárragos —le digo, deslizándole la caja.

Adrian coge el pelador. Sus dedos lo sujetan mal, demasiado arriba, empieza a pelar y la primera cáscara sale a jirones, gruesa como tiras de cartón.

—Pelas como alguien que ha tenido asistentes para que pelen por él toda su vida —le digo.

—Los he tenido.

—Se nota.

Él sonríe y vuelve a apoyar el pelador. Más fino esta vez, pero todavía demasiado irregular, y las yemas de sus dedos se ponen rojas en las zonas donde pinchan los extremos de los espárragos; se estremece una vez, brevemente, y sigue pelando, porque rendirse no está en su repertorio. Manos de directivo. No manos de cocinero. Aprenderá. O no. Ambas opciones están bien.

Retiro el caldo. Huesos, hortalizas de raíz, pimienta, una hoja de laurel que saco del tarro y rompo entre los dedos. El vapor sube, inspiro y el olor me da estabilidad, pesado y cálido y correcto.

—Demasiada sal —dice Adrian a mi espalda. Ha probado la salsa que he preparado para los espárragos con una cuchara que no ha lavado.

—Poca sal —digo sin darme la vuelta.

—Es demasiada.

—Adrian. Yo soy la jefa de cocina. Tú eres mi invitado a la boda que está masacrando espárragos.

Silencio. Luego su risa, baja, profunda, y me doy la vuelta; ahí está, con el pelador en la mano, peladuras de espárrago en el delantal, y se ve ridículo y, al mismo tiempo, como el hombre con el que me caso hoy.

Me acerco a él. Le quito la cuchara de la mano y pruebo. Demasiada sal. Tiene razón. Nunca lo admitiré.

—Perfecto —digo.

Él deja la cuchara y su mano busca mi barbilla, con jugo de tomate en los dedos, y me besa; saboreo la sal y los tomates y sus labios, y mis manos están sobre su pecho, delantal contra delantal, y el beso es corto y cálido y no es una promesa, sino un hecho.

Me separo, me limpio la boca y vuelvo a los fogones. Detrás de mí, le oigo seguir pelando.

En un momento dado, levanta la vista. —Val.

—Dime.

—Tenías razón. Poca sal.

Me doy la vuelta. Él sonríe.

Vuelvo a acercarme. Le pongo las manos en la cara, con jugo de tomate y todo, y lo beso otra vez. Más tiempo esta vez. Sus manos se posan en mis caderas y siento su calor a través de la tela, y nos quedamos en mi cocina,

entre peladuras de espárragos, tomates y caldo humeante, besándonos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

No lo tenemos. Pero en este momento, lo parece.

Una hora más tarde

Los espárragos están listos. El caldo reposa y la ensalada de tomate está preparada. Las salsas están tapadas sobre la barra y la cocina huele a ajo y mantequilla y al romero que Adrian ha picado antes con demasiada fuerza, porque él también trata a las hierbas como si fueran negociaciones. Nos queda apenas una hora para que lleguen los primeros invitados.

Adrian ya se ha puesto la corbata. Está junto a la mesa de acero inoxidable secándose las manos, el nudo de la corbata está flojo y él sabe perfectamente qué aspecto tiene, porque Adrian Wolfe siempre sabe qué aspecto tiene.

—Adrian.

Se gira hacia mí.

—Val.

Le agarro la corbata. Lo atraigo hacia mí. Despacio, con la tela entre mis dedos; él cede, un paso, dos, sus ojos están fijos en los míos y veo el momento en que lo comprende.

Su boca busca la mía. De forma distinta a la de hace un rato en la cocina, distinta a la de ayer, distinta a la del Carlyle. Despacio. Tan despacio que siento cada aliento entre nuestros labios. Sus manos están en mis caderas y mis dedos aflojan el nudo de la corbata, sacan la tela del cuello y la dejan caer.

Él me desata el delantal. Las lazadas en la espalda, una tras otra, y la tela se desliza fuera de mí; me quedo frente a él en el vestido cruzado y sus dedos encuentran el punto donde se cruza la tela, tira con cuidado y el vestido se abre.

No estoy nerviosa. Ni excitada. Estoy segura.

Mi espalda choca con la mesa de acero inoxidable. Frío. Tan frío que me sobresalto y una risa escapa de mí, de forma incontrolada, y Adrian se detiene, me mira y luego él también se ríe.

—Espera. —Coge su americana, que cuelga de la silla, y la extiende debajo de mí, sobre el acero inoxidable; la tela es suave y huele a él, y el frío desaparece.

—Mejor —digo.

—Mejor.

Vuelve a besarme. Mi cuello, mi clavícula, el hueco entre mis pechos, y sus labios están cálidos, y su aliento choca contra mi piel, y cierro los ojos. Sus manos deslizan el vestido de mis hombros, yo le ayudo, y luego este queda junto a mí sobre la mesa, y sus dedos rozan mi vientre, un segundo, una pausa, su palma plana sobre la curva, y me mira.

Pongo mi mano sobre la suya.

Me desabrocha el sujetador. Besa mis pechos, despacio, su lengua rodea mi aureola y gimo, suavemente, mientras mis dedos se enredan en su pelo. Mi espalda se arquea contra la americana y el acero inoxidable debajo es solo un rastro de frío a través de la tela.

Los botones de su camisa. Los desabrocho, uno a uno, y aparto la tela de sus hombros; su pecho está cálido bajo mis manos y lo atraigo hacia mí,

piel contra piel, y su corazón late contra el mío.

Me baja las bragas. Despacio, por mis caderas, por mis piernas, y me elevo hacia él, y de repente ya no hay nada entre nosotros excepto aire y el sonido de nuestras respiraciones.

—¿Puedo?

—Sí.

Se desliza dentro de mí. Despacio. Tan despacio que siento cada movimiento; mis manos están en su espalda y su frente descansa contra la mía, y respiramos juntos, al mismo tiempo, y él se mueve, profundo, tranquilo, y es distinto a la primera vez en el Carlyle, cuando todo era hambre y rapidez y ardor, y es distinto a la semana pasada, cuando todo era intenso y urgente y estaba lleno de desagravios. Esto es silencioso. Seguro. Como algo que ya no necesita ir a ninguna parte.

Mis piernas se cierran alrededor de sus caderas. Él empuja más profundo, gimo contra sus labios y me besa entre los movimientos, despacio, su respiración es pesada y la mía también.

Se detiene. Me mira. Sus ojos están oscuros y su pelo le cae sobre la frente, y dice en voz baja entre besos:

—Esto es lo más honesto que he hecho nunca.

Mi mano en su mejilla. Mi pulgar acaricia su mandíbula.

—Lo sé.

Vuelve a moverse. Más despacio, más profundo, mi mano se enreda en su pelo y su mano reposa en mi vientre un segundo antes de deslizarse hacia

mi cadera, y llegamos casi al mismo tiempo, tranquilos, con los ojos abiertos, frente contra frente, y mi respiración se rompe y la suya también, y su mano encuentra mi vientre después, se queda allí, plana y cálida, y ninguno de los dos dice nada.

Silencio. Su aliento contra mi piel. Mis dedos en su pelo.

En algún momento nos levantamos. Ducha en el baño del Saltarello, agua caliente, demasiado estrecha para dos, se me acerca por detrás, con las manos en mis caderas, me apoyo contra los azulejos y él entra en mí, y esta vez es más rápido, con más hambre, y nos reímos entre medias porque le entra agua en los ojos y porque mi pie resbala en los azulejos mojados y porque esto no es elegante ni tiene por qué serlo.

Después nos quedamos el uno frente al otro. Le abrocho la camisa, botón tras botón, con los dedos firmes, y él se queda quieto mirándome. Me vuelve a atar el vestido cruzado. Sus manos en mi cintura, la tela se cruza y él aprieta el lazo, con cuidado, y ninguno de los dos dice una palabra.

Las mesas están dispuestas en forma de U. Flores sencillas, manteles blancos que Theo ha planchado esta mañana, y la luz entra por las ventanas y se posa sobre todo como algo que cae por su propio peso.

El oficial del registro civil es un hombre menudo con una voz más grande que él. Está en la cabecera de la U, nosotros estamos frente a él y detrás de nosotros hay sentadas doce personas y un niño pequeño que ahora mismo intenta agarrar el pendiente de Nora.

Maggie está a mi lado. Madrina. Su vestido es azul oscuro y su sonrisa está ahí, pero cansada, y la conozco lo suficiente para ver qué hay detrás. Theo está junto a Adrian, padrino, de traje, con un paño de cocina al hombro, porque Theo siempre lleva un paño de cocina al hombro, incluso en las bodas. Nora está sentada en la primera fila, Julian a su lado, Lily sobre su regazo, y mis padres están junto a ellos; mi padre con una camisa que solo se pone para ocasiones especiales y que le queda corta de mangas. Dom

está a un lado, con las manos juntas delante de él, y junto a él está sentada Marisol Vega. Sin bolígrafo. Sin cuaderno.

Adrian saca un papel doblado del bolsillo del pecho de su americana. Sus manos están tranquilas. Su voz es clara. Lee:

—Val. Durante cuatro años me inventé un nombre para estar a salvo de mí mismo. Durante ocho semanas reservé una mesa en tu restaurante para fingir que me encontraba contigo. Me bastó una noche en un bar para darme cuenta de que te conozco desde la primera degustación. Y he tenido que perder a un padre para encontrarme a mí mismo. No te prometo nada sobre el mañana. Te prometo que hoy ya no mentiré más. Es todo lo que tengo.

Silencio. El paño de cocina de Theo va directo a su ojo, lo presiona contra él y resopla con fuerza, y Maggie se vuelve hacia él y susurra: —Cálmate, Russo.

Yo desdoblo mi papel. Con mi letra, que escribí esta mañana, entre el caldo y los espárragos, con jugo de tomate en el pulgar.

—Adrian. Pensé que hace dos años había decidido no volver a abrir mi cocina a ningún hombre. Me equivoqué: decidí no volver a regalársela a ningún hombre que no la viera. Tú la viste antes de que yo te la enseñara. Tú me viste antes de que yo te lo permitiera. Eso no fue un robo. Fue atención. Una atención muy larga, con una mentira de por medio. La mentira ha desaparecido. La atención permanece. Me caso con la atención, no con la mentira.

Adrian me besa. Aplausos. Los resoplidos de Theo se hacen más fuertes, Maggie pone los ojos en blanco, Nora se limpia la mejilla y mi padre asiente, una vez, brevemente, como si acabara de comprobar algo y lo hubiera dado por bueno.

Marisol Vega llora. Silenciosamente, con las manos en el regazo y su bolígrafo reposando junto a ella en la silla, intacto. No escribe nada.

Por la tarde

La comida está servida. Ocho platos, doce cubiertos por plato, Lily tira pan al suelo y Julian lo recoge, cada vez, sin quejarse, y Nora dice: —Déjalo, Julian, el suelo está limpio —y Theo dice: —No lo está —y Nora se ríe.

Suena el timbre. Justo entre el quinto y el sexto plato.

Un mensajero. Está en la puerta, con un sobre en la mano, inexpresivo. Adrian se levanta, va hacia allí, coge el sobre. Vuelve a sentarse. Lo abre en la mesa y veo cómo sus ojos recorren el papel, dos líneas, nada más.

Lee. Dobla la carta. La deja junto a su plato.

—Esto es todo lo que sabe hacer. Nada más.

No digo nada. Le quito la carta, la doblo de nuevo y me la meto en el bolsillo del vestido. Dos frases: *«Felicidades por el matrimonio. Mi abogado gestionará el modelo de fondo fiduciario para el niño por separado; detalles en la próxima semana».*

Ni un «yo». Ni reconciliación. Pero tampoco guerra.

Adrian bebe un sorbo de agua. Luego se vuelve hacia Theo y le pregunta por el séptimo plato, y la conversación sigue, y la carta desaparece en mi bolsillo como si nunca hubiera existido.

Miro a Maggie. Está sentada junto a Nora y se ríe de algo que ha dicho Julian; come y habla, pero sus ojos recaen en su móvil, que está junto a su plato, con la pantalla hacia arriba, y lo mira, un instante, luego aparta la

vista y luego lo mira otra vez, como si esperara algo que no llega. O que ya está ahí. Conozco esa mirada. Maggie la tiene desde hace dos semanas, esa sonrisa que está fatigada en los bordes.

Maggie dijo que ella misma se encargaría. Lo respeto.

Pero lo veo.

El brunch termina cuando la luz por las ventanas del Saltarello se vuelve más tenue. Se retiran los platos, Theo dirige las operaciones y Nora lleva en brazos a Lily, que se ha quedado dormida con la cabeza en el hombro de Nora. Maggie me da un abrazo largo, fuerte, y no dice nada, y ese nada lo dice todo.

Mi padre estrecha la mano de Adrian en la puerta. La sostiene un segundo de más. Dice: —Buen hijo. Suficientemente bueno para él. Suficientemente bueno para mí.

En el coche, me recuesto. La mano de Adrian descansa sobre mi muslo y la ciudad pasa por la ventanilla; vamos a casa, al Penthouse, una semana de luna de miel sin aviones y sin maletas, solo nosotros y la cocina y el dormitorio y el horizonte que brilla de noche.

—Adrian.

—Dime.

—Una pregunta. —Me giro hacia él—. En la Carlyle-Suite, justo antes de dormirnos… ¿qué me preguntaste?

Él me mira. Su mirada es serena y su boca no se mueve, y el silencio se alarga, un segundo, dos, tres, y la ciudad rueda por la ventanilla.

—Te pregunté si volverías a verme mañana.

A mi corazón le pasa algo. Un latido que se salta y luego vuelve.

—¿Y qué dije yo?

—«Sí, pero tráeme mi pintalabios».

Me río. Él se ríe. Y es esa risa que sale del estómago, esa que le oí por primera vez en el Carlyle Bar y que ahora suena en este coche como algo que ha venido para quedarse.

Su mano busca la mía. Nuestros dedos se entrelazan y su otra mano se posa en mi vientre, ligera, cálida, y yo pongo la mía encima. Fuera, Nueva York se desdibuja en luces.

Nos reímos. El coche avanza. Y mi ciudad es la ciudad correcta.

Epílogo — Val

Un año después

El cuchillo se asienta en mi mano como algo que nunca he soltado.

Pulo la hoja con el paño de cocina, lentamente, con movimientos circulares, tal como me enseñó mi padre cuando tenía ocho años y quiso enseñarme a afilar. En lugar de eso, me pasé dos horas solo puliendo, porque pulir era más fácil que afilar y porque mi padre no era el tipo de hombre que corrige a una niña que ama una hoja. Fuera reina el silencio. La calle aún duerme. En el Saltarello solo está encendida la lámpara sobre la barra, y la cocina huele a reducción y ciruelas, porque en la olla detrás de mí se está cocinando a fuego lento el ragú de corzo.

El mismo ragú.

No lo he incluido en la carta desde hace un año, porque pertenecía a un día en el que todo empezó, y no estaba segura de si quería recuperar el día o solo el plato. Hoy estoy segura. Hoy figura en la carta, entre el calamar y el plato de pera con apio, y está ahí porque yo quiero que esté ahí. Sin más explicaciones.

Entre el mostrador y la barra cuelga un columpio infantil. Pequeño, de madera, con una cinta de cuero apretada con demasiada fuerza alrededor del marco, porque Adrian lo montó él mismo y Adrian monta las cosas como si tuvieran que resistir un terremoto. Del marco del columpio cuelga una cuchara de plata que envió mi padre, sin una palabra, solo la cuchara en un sobre que olía a la Cocina de Queens. La cuchara oscila suavemente cuando alguien pasa por delante del columpio, pero ahora no se mueve, porque no pasa nadie, porque es temprano y hay silencio y estoy a solas con el cuchillo, el ragú y Lucia.

Lucia duerme. Tres meses de edad, pelo negro pegado a la frente, y cuando abre los ojos, son de un azul grisáceo gélido; me sobresalto cada vez, porque miro el rostro de mi hija y encuentro al hombre con el que me casé. Fuiste las nueve horas más largas de mi vida, pienso, y acaricio el dorso de su mano con el pulgar, sin despertarla. Tiene los dedos abiertos, como si en sueños hubiera agarrado algo y lo hubiera soltado. Respira con regularidad. Inspirar y espirar. Inspirar y espirar. Cuento sin quererlo, y solo me detengo cuando me doy cuenta de que mi propia respiración se ha acompasado a la suya.

Suelto el cuchillo. Apoyo las manos en la encimera y siento el acero inoxidable frío bajo las palmas, las cicatrices de quemaduras en mis dedos, el silencio que solo existe en una cocina vacía antes de que empiece el día. Hace un año estaba aquí de pie y no sabía si el Saltarello sobreviviría al mes siguiente. No sabía si el hombre de la mesa seis salvaría mi local o arruinaría mi vida. No sabía que lo uno y lo otro son lo mismo, a veces, si se tiene mala suerte. O buena. Hoy el ragú está en la olla, Lucia respira en el columpio y sé todo lo que necesito saber. Y eso es suficiente.

La puerta se abre.

Adrian entra, con el abrigo abierto, y trae dos vasos de café y una bolsa de papel que huele a pan. Deja mi vaso sobre la barra, negro, y bebe del suyo, con leche, y me pregunto por centésima vez cómo un hombre que ha vivido treinta y cinco años en esta ciudad puede tomar su café como un niño.

Me besa. Brevemente, en la boca, con los labios fríos de la calle, y me sabe a espuma de leche y a algo dulce que ha comido por el camino y no admite.

Luego va hacia el columpio. Se inclina. Besa a Lucia en la frente, con tanta ligereza que ella ni se inmuta, y su mano acaricia su mejilla; su dedo se queda posado un momento en el punto entre la oreja y la barbilla, donde su piel es más suave, y luego la suelta y va hacia la barra para sentarse en el taburete junto a mi café.

Rutina matutina. No hacen falta palabras. Adrian huele a calle y al detergente que usa desde hace un año y que nunca he cambiado, porque huele a él y no al hombre que vestía trajes a medida y se ponía gafas de carey y se escondía tras un nombre que ya no existe.

—Dom ha llamado —dice y bebe—. La Fundación Plate ha publicado su primer informe anual. Hannah Lim es oficialmente la crítica principal. —Deja el vaso—. Uno de los mejores restaurantes del año: Saltarello.

Mi corazón hace algo. No es ruidoso ni dramático. Es algo cálido que se extiende por mi pecho y que no necesito nombrar, porque aún siento el cuchillo en la mano y el ragú huele en la olla y Lucia respira a tres metros de mí.

—Estoy casada con el hombre al que la fundación le dio el dinero. ¿Conflicto de intereses?

—Hannah decidió de forma independiente. NDA, seis cláusulas. Aun así escribió.

—Entonces es real.

Adrian me mira. Con calma, con esa mirada que antes se escondía tras unas gafas de carey y que ahora ya no tiene que ir a ninguna parte.

—Siempre lo fue.

Mercer está muerto. Hannah Lim es real. El Saltarello está en una lista que ningún hombre me ha regalado y ningún apellido me ha comprado. Lo he cocinado yo, plato a plato, noche tras noche, con Theo a mi lado y mis manos sobre la tabla y mis cicatrices de quemaduras y mi ragú y mi terquedad; y Adrian me ha dado suelo firme sin quitarme la obligación de mantenerme en pie. Esa es la diferencia. Siempre lo fue.

—¡Jefa! —la voz de Theo llega desde la cocina, lo bastante fuerte como para casi despertar a Lucia—. La reserva de primera hora de la noche se ha pospuesto una hora. ¡Y nuestro proveedor de pescado vuelve a mentir!

—¡Ya voy!

Adrian se ríe. Suavemente, para sus adentros, contra su café.

—Ve.

Me levanto del taburete y camino en dirección a la cocina. Adrian se queda con Lucia.

La puerta se abre. Esta vez no es Adrian.

Maggie entra. Americana, zapatillas, el pelo recogido y cansada. Más cansada de lo que la he visto nunca, y eso que he visto a Maggie tras trabajar tres días seguidos en un caso y quedarse dormida después en el suelo de mi cocina con un bagel sobre el vientre y una bolsa de patatas fritas vacía junto a la cabeza. Este es un cansancio diferente. Un cansancio que se mete bajo la piel y que no puede borrar con cafeína ni sarcasmo.

Mira a Lucia. Se queda quieta un segundo, dos, y luego sonríe; es la primera sonrisa de verdad que veo en ella en días, y es para mi hija, no para mí.

—Maggie. Siéntate.

Se sienta en el taburete de la barra. Apoya las manos frente a ella, planas, como si tuviera que sujetarse.

—Cuéntame.

—Tengo un problema. Pero…

—¿Qué problema?

Silencio. Prolongado. Los dedos de Maggie sobre el mostrador no se mueven.

—Él.

—¿Quién, él?

—El hombre del que nunca te hablé.

Miro a Maggie. Maggie mira a Lucia en el columpio y vuelve a sonreír, y traga algo que no es una sonrisa.

Entonces Lucia grita. De repente, de la nada, con esa potencia que solo consiguen los bebés que tienen tres meses y no tienen ni idea de que los adultos están intentando hablar de algo importante. Me levanto.

—Lo siento, Maggie. ¿Puedes quedarte y me lo cuentas ahora?

Maggie niega con la cabeza. —No. Te lo diré mañana. Tengo que irme.

Se levanta. Me abraza brevemente y sus brazos aprietan con más fuerza de lo habitual. Siento cómo toma aire una vez, de forma brusca, como si estuviera reprimiendo algo que no debe salir, y luego me suelta y se va. La puerta se cierra tras ella y me quedo allí con mi hija gritando en brazos, preguntándome qué ha sido eso. Quién es él. Por qué los ojos de Maggie se veían así. Por qué sus zapatillas estaban sucias, como si viniera de lejos. Por qué su sonrisa había sido solo para Lucia y no para mí.

Pero Lucia grita y Lucia me necesita, y Maggie ha dicho mañana, y mañana está lo bastante cerca.

Me siento en el taburete. Lucia contra mi pecho, su boca encuentra lo que busca y su llanto cesa tan abruptamente como empezó. El silencio posterior es cálido y pesado y nos pertenece solo a nosotras.

Desde la cocina oigo a Theo maldecir, esta vez en rumano, lo que significa que el proveedor de pescado realmente ha mentido. Adrian se levanta, va a la cocina y oigo su voz, tranquila, y luego el clic de un teléfono; él lo está solucionando. Se encarga de la reserva. Recoge la vajilla. Mi marido, que renunció a un imperio y ahora apila platos porque su hija está mamando, su cocinero maldice y su proveedor de pescado miente.

En la olla reposa el ragú de corzo. La cuchara de plata en el marco del columpio oscila vacía, porque Lucia está fuera, conmigo, y su mano descansa sobre mi pecho, pequeña, cálida y presente.

No podría ser más feliz. Aquí, con las personas a las que amo. En mi cocina. Con Lucia, Theo y Adrian. Es caótico.

Pero es perfecto.

Mi Saltarello. Mi Lucia. Mi marido. Mi vida.